

VIENTO

POR UNA IZQUIERDA ALTERNATIVA

SUR

● **Política, ¿para qué?**. Jorge Stratós, Pietro Barcellona, Emir Sader, Jaime Pastor ● **El mito**

de la madre feliz. Amparo Moreno y Pilar Soto ● **Mariátegui**.

Un marxista romántico. Michael Lowy

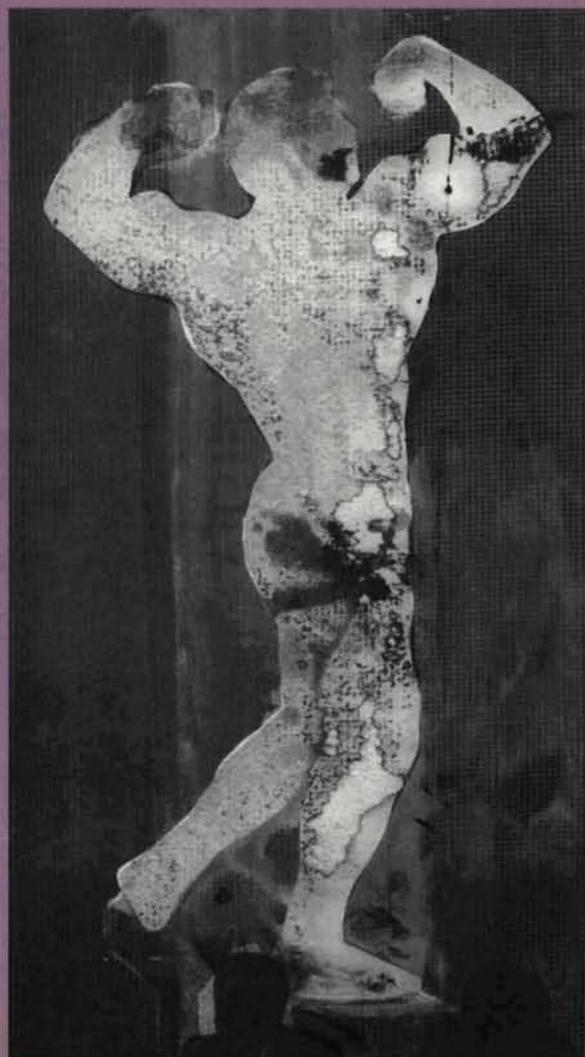
● **Ruanda. Las consecuencias del neocolonialismo "humanitario"**. G. Buster

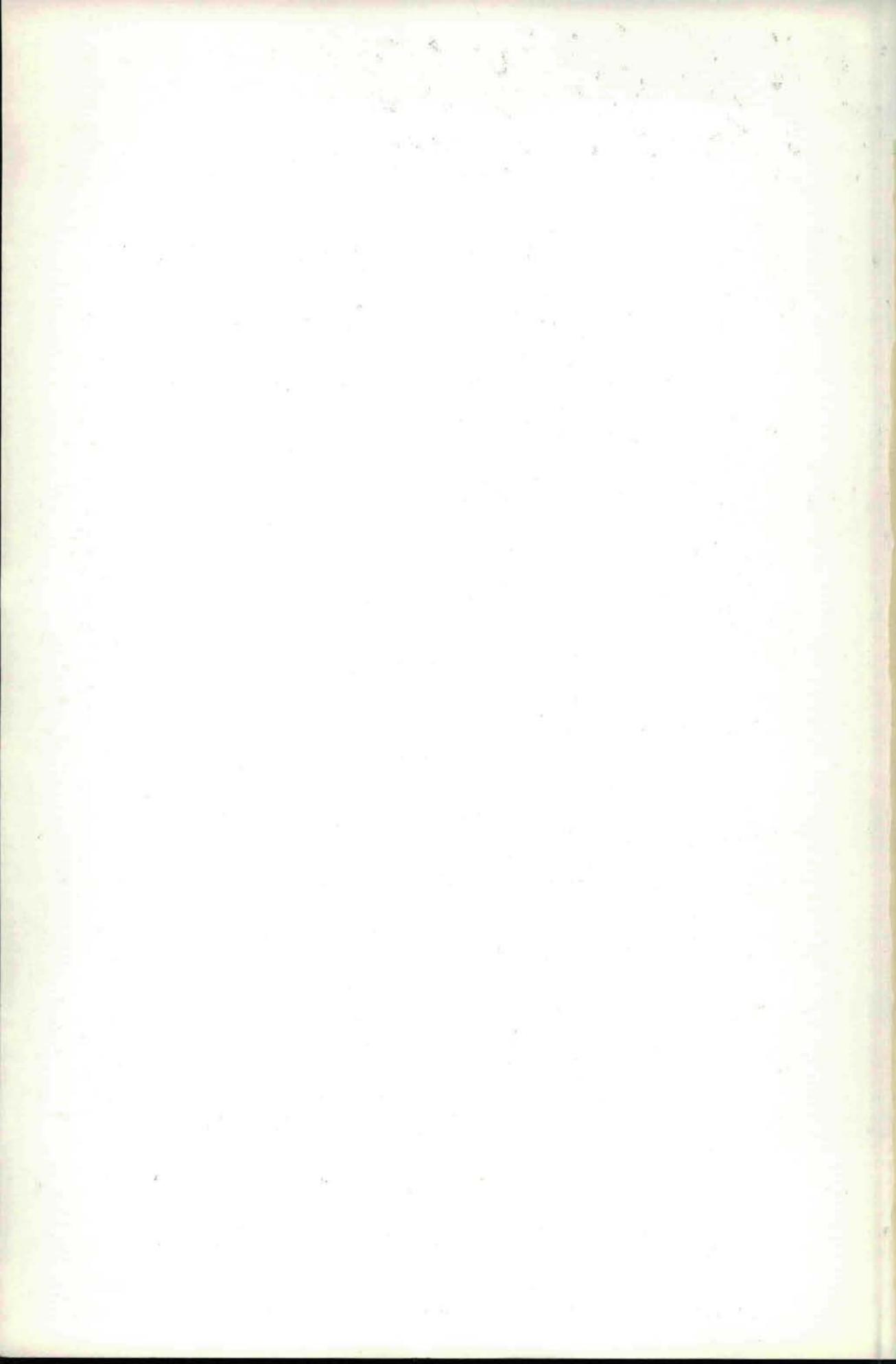
● **Nicaragua. El difícil futuro del sandinismo**. F. Houtart

● **Sudáfrica. ¡Al fin libres!**. Patrick Bond

● **Rusia. Historia de una izquierda**. P. F. Larsen y D. Mandel

● **Demografía y/o feminismo**. Justa Montero





Número 16 / agosto 1994 / 400 pesetas

agenda

Notas sobre la actualidad política en el Estado español. *Txema Retana, José Vicente Idoyaga y José Antonio Fernández 7*

el desorden

Ruanda

Las consecuencias del neocolonialismo "humanitario". *G. Buster 17*

Nicaragua

El difícil futuro del Sandinismo. *François Houtart 29*

Sudáfrica

¡Al fin libres! *Patrick Bond 43*

Rusia

Historia de una izquierda. *P. Funder Larsen y D. Mandel 47*

Conferencia de El Cairo

¿Demografía y/o feminismo?. *Justa Montero 59*

miradas

Fotos de *Iolanda Huzak 65*

plural

Política, ¿para qué?

La idea derechista de la política que comparte la izquierda.

Jorge Stratós 71

La búsqueda del "sentido común". *Pietro Barcellona 78*

Poder, ¿dónde está el poder?. *Emir Sader 81*

Tiempos de transición y autorreforma de la izquierda. *J. Pastor 96*

Memoria

Mariátegui: un marxista romántico. *Michael Lowy 101*

Debates feministas

La madre feliz: el retorno de un mito. *Amparo Moreno y*

Pilar Soto 107

subrayados

"La explosión del desorden" de Ramón Fernández Durán. *José Galante 119*

"Diàlegs a Barcelona" de Wilebaldo Solano y Llibert Ferri.

"Petita historia d'Andreu Nin" de Ernest Benito y Pilarín Bayés. *José Gutiérrez Álvarez 121*

"La memoria en donde ardía" de Miguel Bonasso. *D.Pereira 122*

"España y la ayuda oficial al desarrollo: los créditos FAD" de Carlos Gómez Gil. *G. Buster 123*

"Mujeres, Derecho Penal y Criminología" de Elena Larrauri. *Begoña Zavala 125*

Propuesta gráfica de *Rosa Silva Calle*

Director: Miguel Romero
Diseño: Jérôme Oudin &
Susanna Shannon
Maqueta: Escala 7

Redacción:

Apartado de Correos 50.522
28080 - Madrid
Tel.: (91) 530 75 38
Fax: (91) 527 96 52
Modem: (91) 530 75 38
Correo electrónico: Viensur
@nodo50.gn.apc.org

Administración y suscripciones:

Aribau 16. Principal 2ª
08011 - Barcelona.
Tel.: (93) 302 60 90
Fax: (93) 317 98 38

Imprime:

J. P. Arts Gràfiques

DL: B-7852-92
ISSN: 1133-5637

Han colaborado en este número:

Pietro Barcellona

Catedrático de Instituciones de Derecho Privado en la Universidad de Catania. Ha publicado recientemente en castellano *Postmodernidad y comunidad*, Ed. Trotra, Madrid, 1994.

Patrick Bond

Es economista. Trabaja con asociaciones comunitarias y sindicatos en Sudáfrica y Zimbabwe.

José Antonio Fernández

Es electricista. Herido en el atentado de ETA del 29 de julio en Madrid.

François Houtart

Militante de diversas organizaciones belgas de solidaridad con Centroamérica.

Iolanda Huzak

Fotógrafa. Autora en colaboración con Jô Acebedo del libro *Crianças de Fibra* sobre los niños trabajadores en Brasil.

José Vicente Idoyaga

Es profesor de la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad del País Vasco. Militante de Zutik!

Poul Funder Larsen

Corresponsal de INPRECOR en Rusia.

Michael Lowy

Director de investigación del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS) y profesor de la Escuela de Altos Estudios de Ciencias Sociales de París.

David Mandel

Especialista en el estudio de la ex-URSS, ha escrito numerosos textos dedicados, especialmente, al pasado y presente del movimiento obrero.

Amparo Moreno

Profesora de Psicología en la Universidad Autónoma de Madrid.

Emir Sader

Ha publicado numerosos trabajos de sociología política sobre América latina, en especial sobre su país, Brasil. Es miembro del Consejo de Redacción de la revista teórica del PT, *Teoría y Debate*.

Rosa Silva Calle

Es pintora y realizadora de videos.

Pilar Soto

Profesora de Psicología en la Universidad Autónoma de Madrid.

Jorge Stratós

Analista político filosófico. Utiliza también el seudónimo de Pablo Ródenas.

Durante un tiempo, que parece ya interminable, la izquierda se ha batido en retirada, perdiendo posiciones que creía conquistadas para siempre en las instituciones y el aparato del Estado. Una de las consecuencias de este cambio desfavorable en la correlación de fuerzas ha sido la anemia paulatina del funcionamiento democrático del Estado de Bienestar. Expulsada de la política, la izquierda esta redescubriendo simultáneamente la auténtica naturaleza del Estado como terreno esencial de organización del poder de clase de la burguesía y que su propia fuerza reside ante todo fuera, en los procesos de autoorganización social. Resistir ha sido la consigna de este período y nuestra barricada los movimientos sociales.

Pero reconstruir un proyecto de hegemonía alternativa al desorden existente exige repensar como avanzar de nuevo y ocupar posiciones en la política, reinstaurar en su seno la democracia como autogestión de los intereses de la mayoría, unificar los distintos movimientos sociales en un proyecto global y disputar la utilización instrumental a su favor del Estado que lleva a cabo la burguesía, como si de un derecho divino se tratase. Este es el panorama que intenta explorar el *Plural* de este número: Política, ¿para qué?. **Jorge Stratós**, reconstruyendo la genealogía de la idea misma de lo político desde su nacimiento en el Renacimiento para reivindicar la necesidad de una ruptura y el desarrollo de una cultura propia de la izquierda, desde una matriz pacifista y solidaria. **Pietro Barcellona**, explora ese nuevo “sentido común” de defensa de los intereses de la mayoría de nuestro Planeta, que choca frontalmente con una pretendida regulación ciega del mercado mundial capitalista. **Emir Sader** plantea el problema en concreto, con la urgencia de prepararse para una posible victoria de Lula en las elecciones presidenciales brasileñas de este año. Y por fin, **Jaime Pastor** hace balance de la situación en el Estado español y del desafío que tienen tanto Izquierda Unida como la izquierda social para encontrar una respuesta correcta a la pregunta formulada. Los tradicionales descabros del correo nos han impedido contar con dos artículos previstos de **Luciana Castellina** y **Frieder Otto Wolf**. Esperamos disponer de espacio para publicarlos en el próximo número.

La brisa y la calma veraniegas han sido turbadas este año por las inconvenientes escenas televisivas de Ruanda. En la remota periferia del proyectado “nuevo orden mundial”, en menos de dos meses, han perecido a machetazos medio millón de personas, otro millón ha muerto de cólera y disentería y cerca de tres millones se han convertido en refugiados. Semejante barbarie ha ocurrido además en uno de los modelos “ejemplares” de evangelización católica y de aplicación de los programas del Banco Mundial. La solidaridad que ha despertado esta catástrofe demuestra el potencial que

existe y la capacidad de movilización de las ONGs, pero también los peligros de manipulación de esta razón humanitaria por la razón de Estado. En este caso, a manos de la política exterior francesa, como pone de manifiesto el artículo de **G. Buster**.

El sandinismo es quizás el ejemplo más reciente que tenemos de una respuesta desorientada a la pregunta Política, ¿para qué? **François Houtart** analiza los debates del reciente congreso del FSLN y como intenta aprender de sus propios errores la izquierda nicaragüense. El FSLN ha reunido en su seno antes corrientes con visiones estratégicas diferentes. El problema es si las diferencias políticas e ideológicas que han aparecido en estos 4 años no responden también a una diferenciación social de los propios militantes del Frente, como consecuencia de la política económica neoliberal del Gobierno de Violeta Chamorro, convirtiéndose, más que en un partido, en una alianza interclasista, donde conviven dos culturas. De cara a las elecciones de 1996 la nueva dirección tendrá que optar entre seguir siendo la expresión de los intereses de las masas populares, subordinando a ellas la de los miembros de la organización que pertenecen a otras clases, o orientarse a la creación de un espacio de centro, con otras fuerzas políticas del país, con la esperanza de estar representado directamente en el gobierno.

Un balance similar en la intención, pero muy distante geográficamente, es el que intentan **Poul Funder Larsen** y **David Mandel** de la izquierda rusa, después del derrumbe de la URSS. En el número 15 de *VIENTO SUR* publicamos ya la primera parte de su estudio, centrado entonces en las organizaciones sindicales. Ahora pasan repaso a la trayectoria de las organizaciones políticas que buscan defender los intereses de los trabajadores rusos frente a la "terapia de choque" neoliberal. Las organizaciones de orientación "comunista" surgidas de la descomposición del PCUS han sufrido un proceso de descomposición y reestructuración que les ha permitido la formación de la fuerza de oposición más importante a Yeltsin. Pero siguen prisioneros de un nacionalismo populista que refleja más que un proyecto de futuro la ilusión de conservar el pasado de grandes sectores de la población que intentan sobrevivir con sus pensiones o de los magros salarios de las grandes empresas públicas amenazadas por la reestructuración neoliberal. La izquierda democrática rusa ha llevado a cabo durante estos años un combate por el "sentido común" democrático y socialista contra la nostalgia imposible de la herencia estalinista y la descomposición social provocada por la reinserción neoliberal de Rusia en la economía mundial, sin haber podido todavía ligarse a una base social propia.

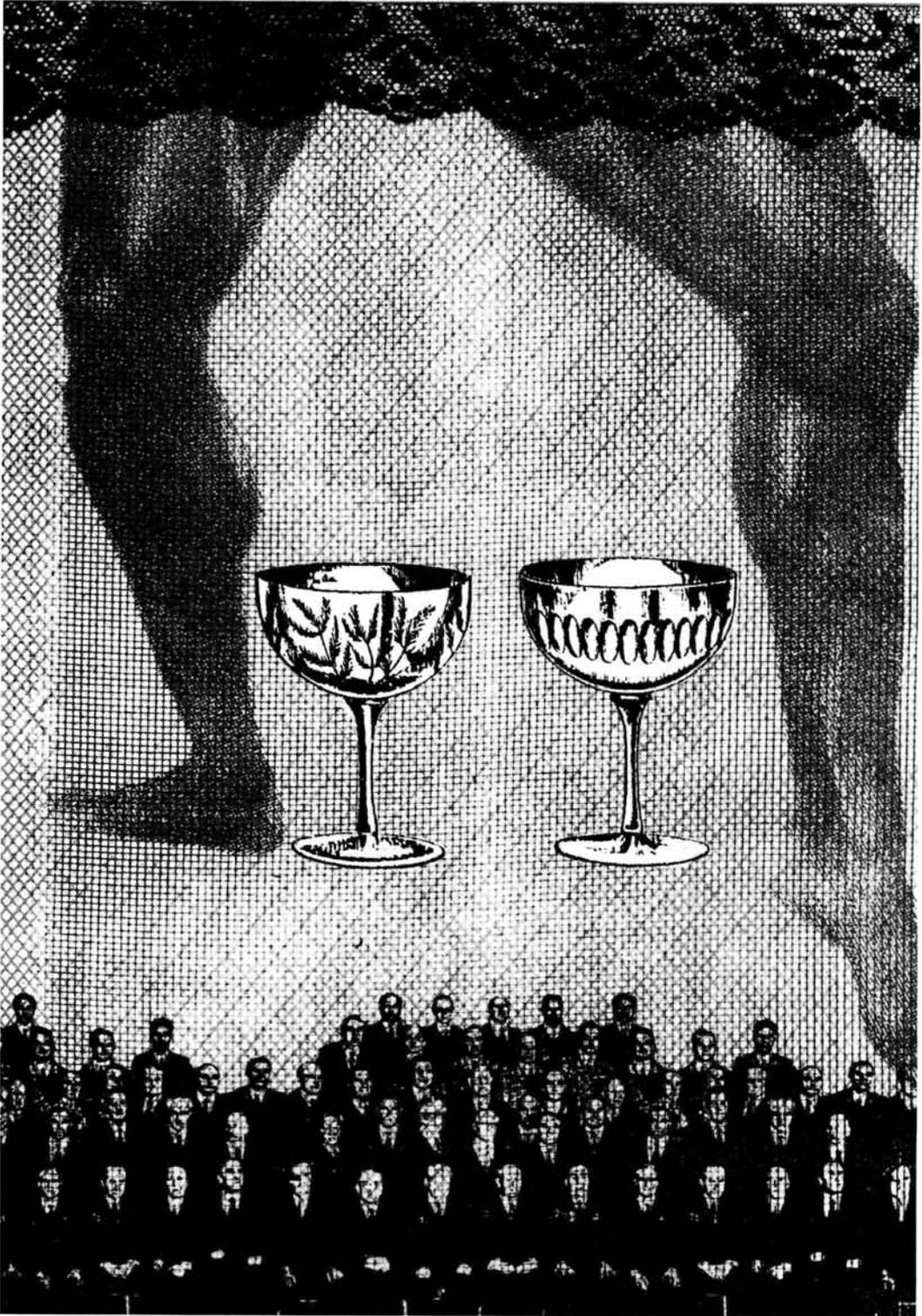
La izquierda está tan en ayunas de éxitos que es normal que se sobrevaloren, o se interpreten de una manera más o menos distorsionada, las muy escasas experiencias de victorias, aún parciales, de luchas populares. La experiencia de Palestina es un ejemplo; la de Sudáfrica, otro. **Patrick Bond** es un notable economista sudafricano comprometido desde hace largos años en los movimientos sociales de la región. Su artículo pone en relación las ilusiones y

la realidad, desvelando el precio que el CNA ha tenido que pagar por el final del *apartheid* y las enormes dificultades que está encontrando para sobrevivir la antaño poderosa izquierda del CNA.

La Conferencia de El Cairo sobre Población y Desarrollo convocada por la ONU se ha convertido en un campo de confrontación ideológica sin precedentes. **Justa Montero** intenta desbrozar este complicado tema en el que se enfrentan por un lado el Vaticano y los *mullahs* unidos y por otro un malthusianismo neoliberal, siendo la primera víctima los derechos de las mujeres. Más que nunca, parece imprescindible una demografía feminista. Los debates feministas que publicamos en el nº 14 (que está agotado, lo que sentimos comunicar a los y las lectores que nos lo piden) reclamaban otras aportaciones que tenemos voluntad de seguir publicando. **Pilar Soto y Amparo Moreno** se han atrevido a reanudar la discusión sobre uno de los mitos considerados universales, por no decir inherentes a la condición humana: la maternidad feliz. Es un trabajo realizado con rigor científico y, por consiguiente, reconociendo el lugar de la ideología en la ciencia. Así nos ayuda a comprender la relación actual entre el regreso del mito y las ideas académicas, y los intereses sociales y políticos dominantes.

La izquierda peruana tuvo la suerte de contar entre sus fundadores a un pensador tan original como fue José Carlos Mariátegui, durante tanto años denostado y olvidado por la doctrina estalinista oficial de los Partidos Comunistas latinoamericanos. **Michael Löwy** nos devuelve esta parte de nuestra herencia que combina marxismo y romanticismo.

Para terminar queremos destacar una de las notas de la *Agenda*. Floren Aoiz, portavoz de Herri Batasuna, ha explicado que el atentado mortal contra el general Veguillas en la Plaza de Ramales de Madrid había sido tan importante en la estrategia de ETA como el que acabó con Carrero Blanco. Todo un éxito pues. Nosotros damos la palabra a nuestro amigo **José Antonio Fernández**, herido en el atentado, en el que resultó muerto su compañero César García. Víctimas del *éxito*...



agenda

18-19 de junio. Se reúne en Bilbao Gogoa, una iniciativa para el encuentro de la izquierda vasca.

Lo días 18 y 19 de junio se celebraron en Bilbao unos encuentros bajo el nombre de Gogoa y el lema "una iniciativa para el encuentro de la izquierda vasca". ¿Un nuevo partido político?, ¿un proceso de fusión entre algunas fuerzas políticas existentes? Nada de eso, la iniciativa va, de verdad, de lo que expresa: promover la idea de un agrupamiento general de la izquierda vasca.

Plurales y radicales. Era ésta una iniciativa que venía madurándose entre personas bastante dispares dentro de la izquierda social y política de Bizkaia. Y la procedencia de las algo más de 270 personas que celebraron estos encuentros, amplió esta pluralidad.

Había personas de varios colectivos cristianos de base, vinculadas en su mayor parte al trabajo en el movimiento obrero entre núcleos de marginados sociales (Itaka, Pastoral Obrera, JAC, HOAC.); gentes de colectivos y asociaciones como Euskalerriko *Eskautak*, Bizitzeko, y otros; militantes de agrupaciones políticas organizadas como Zutik, Ekaitza (corriente en EB-IU), Bilgune (exEE), colectivo Hamaika;algún/a concejal/a de ayuntamiento (Ortuella, Ermua); activistas de distintas corrientes sindicales y de buena parte de los movimientos sociales existentes, partícipes del movimiento euskaltzale, miembros de varias revistas de izquierda alternativa, animadores socioculturales...

Como se decía en el manifiesto de convocatoria, "el pluralismo ideológico y la heterogeneidad de opiniones definen una característica básica del grupo de trabajo que configuramos". El símil de la variada fauna del Arca de Noé se repitió en varias intervenciones.

Esta pluralidad se realizaba desde un espacio común, desde una aspiración unitaria a "un cambio radical de nuestra sociedad". Tanto en el citado manifiesto de convocatoria como en las ponencias que se discutieron, se desgranaron los rasgos fundamentales de esa concepción de un proyecto de izquierda para Euskadi: una oposición frontal al modelo económico y más allá de esto al mismo

modelo de civilización existente; una defensa neta del derecho a la autodeterminación; una voluntad expresa contra la represión y el militarismo; un compromiso abierto con el reparto de trabajo, el feminismo o la ecología.

Pero las sintonías existentes y los rasgos de definición general recogidos en el manifiesto delimitaban algo más el pensamiento de Gogoa: el rechazo al “modelo totalitario de transición al socialismo ensayado en los países del Este”; la crítica a la democracia parlamentaria y la oposición a las políticas socialdemócratas; una visión negativa de “las políticas de concertación social practicadas por los sindicatos” y una afirmación sobre “la crisis de legitimidad social de los ensayos de lucha armada”.

Si hubiera que destacar dos ideas-fuerza de entre las que se manifestaron en los encuentros, la primera sería la oposición a delegar la solución de los asuntos públicos en manos de las instituciones o los partidos, un llamamiento a ejercer soberanía, a ocupar el territorio de lo político y la segunda la voluntad de otorgar un lugar prominente a los valores éticos en la acción política. Bastantes de los debates se vincularon a esta segunda idea: el reparto de la riqueza en el mundo y la consiguiente exigencia de control y disminución del consumo en Occidente; las políticas industriales guiadas por el reparto de trabajo; la solidaridad como enseña de la acción política de izquierda; el reconstruir formas de asociación colectiva como prioridad...

Lo más interesante de Gogoa es, a mi entender, el proyecto que se ha marcado: promover iniciativas de diálogo, crear comunicación dentro de toda la izquierda social y política.

Apuesta por la unidad. Gogoa no es, pues, una nueva sigla política y “no pretende sustituir a ninguna organización social o política” ya que entiende que todas ellas tienen una “razón de ser y una función complementaria con las otras” para “realizar una función colectiva de transformación de las conciencias y de movilización social”. Gogoa es colectivo de disparejas personas unidas por la voluntad de trazar iniciativas de reflexión conjunta (y lo que se pueda de actividad) entre esos mundos de la izquierda social y política que hoy no se comunican y ni siquiera se conocen.

Nunca se había planteado hasta ahora la creación de un grupo organizado y estable de presión e iniciativa en este terreno. Ahí está el valor y, también, la dificultad de Gogoa para el futuro. El valor, porque significa pasar de la proclamación sobre la unidad de la izquierda (o de un ocasional debate sobre el tema) a formar un colectivo cuya razón de ser es promover iniciativas que vayan en esa dirección y lo hagan, además, no sólo sobre referencias a partidos políticos, sino al conjunto de la izquierda social. La dificultad, tanto porque el sectarismo tiene murallas muy sólidas, como porque el riesgo de que Gogoa mismo termine apareciendo como una nueva sigla política es evidente.

Sería bueno si en próximas iniciativas Gogoa logra que se amplíe el número y la diversidad de personas que se integran en ella (la escasa presencia en este primer momento, de gentes de lo que habitualmente se denomina *izquierda abertzale* es evidente) y será mejor aún si convierte en realidad esa aspiración de crear un terremoto en las actitudes anquilosadas de la izquierda y generar dinámicas de encuentro. En todo caso, la experiencia merece la pena.

José Vicente Idoiaga

HKA nº 49/julio de 1994

7 de julio. Txupinazo en la cárcel de Pamplona: el director castiga con doce fines de semana de aislamiento a los insumisos presos.

[Me lo chivó al oído Pepe Beunza (el abuelo de los insumisos) en los instantes previos al juicio por presunto delito de quebrantamiento de condena y después de pasar ocho meses de condena en el maco: "Nada Txema, de condena en condena hasta la Victoria Final". Acababa de salir en libertad el seis de julio, una fecha desleal para el preso de Pamplona, y me enfrentaba, justo quince días después, a una petición fiscal de dos meses de prisión por la desobediencia a las normas penitenciarias del tercer grado del pasado 13 de diciembre. Fue aquel día cuando iniciamos la estrategia del plante, conscientes de que la regresión de grado sería inmediata. También decíamos adiós a muchos de los llamados "beneficios penitenciarios". Sin embargo, cuando la pasma nos detuvo y volvimos a ingresar en la cárcel, con las horas de nevera y el cacheo, la impresión fue menos dura que la primera vez, perdido como estaba el miedo a lo desconocido.

Te asombra, haciendo largos en el patio de la prisión, esa doble sensación de protagonista y ausentes que tenemos los insumisos presos.

La Historia con mayúsculas, –en este caso, el acoso y derribo del servicio militar– se hacía con nuestro concurso. El debate suscitado a partir del plante así lo demostraba: editoriales en los diarios de cabecera de ministros y ministrales, reconocimiento definitivo de la insumisión como una práctica de desobediencia civil por parte de los corifeos del poder y un auge inesperado de la objeción legal, que daba al traste con toda la operación de mercadotecnia militar puesta en marcha con el envío de tropas y objetores a Bosnia.

Sin embargo, la historia doméstica, esa del día a día, tan tonta y entrañable, transcurría a nuestras espaldas, allí tan cerca. Podríamos poner en jaque al Ejército pero no incidir en el discurrir cotidiano de esos pequeños conflictos personales (que tanto abundan) que hacen la vida diaria en nuestro entorno. Siempre las noticias y las decisiones quedaban pospuestas hasta la vista del fin de semana o a remolque y deriva del retraso del correo. La incomunicación era impotencia, sólo paliada por el transcurso colectivo de la vida carcelaria. Pero recordábamos tanto a los amigos de Albacete, Valladolid, Cantabria....] Son reflexiones torcidas de patio taleguero o producto, sin más, de una mala digestión del bacalao de la prisión. Así que paso.

Ganamos. Los primeros meses de segundo grado pasaron rápido en Iruña. Al impacto causado por el plante se unió el pulso mantenido con instituciones penitenciarias (dirección y funcionarios que a partir de ahora denominaremos *boquis*) sobre el derecho a realizar asambleas. Con la terquedad de la ola y la sordera logramos imponer, por cansino, nuestro funcionamiento. Nos levantaban de un rincón, pues ocupábamos otro. Que en el patio no; a la sala de televisión. Ganamos. Y así pudimos valorar los regalos que nos hacían los mandos de las COE de Mallorca, o los listillos de la sección sueldos de la BRIPAC, mangando calderilla, en golosas asambleas que en prisión sabían a triunfo.

El debate sobre la mili, que quiso ser apagado con la concesión del tercer grado, se encrespaba a partir del plante y la grieta abierta por la insumisión se convertía en boquete en plena línea de flotación, por donde se escapaban a raudales porcentajes de remplazo. Y por si fuera poco, los propios mandos del Ejército español se empeñaban en dar al traste con esa ejemplar campaña publicitaria que se rodó a costa de la guerra en Bosnia y ponían a la institución castrense en su sitio: a la altura del barro. (El deterioro de lo militar es como la gravedad: uniformemente acelerado).

Por entonces llevábamos ya cuatro meses de prisión en segundo grado desde el plante y preparábamos una huelga de hambre que quiso ser nuestra aportación al movimiento antimilitarista para que el debate no decayera. Pero no se pueden elegir los días del parto. Preparamos la acción a conciencia y, bajo el lema: "No des de comer a los Ejércitos", anunciamos la protesta, que habría de durar quince días, en favor de la abolición del servicio militar obligatorio, un día antes de que estallara el escándalo anunciado de la podredumbre del aparato de Estado. Roldán y Rubio nos hurtaron la publicidad que con tanto desgaste personal (no es moco de pavo una huelga de hambre de quince días) estábamos reclamando.

Pero el esfuerzo, agudizado por un clima boreal de hielo y sabañones, tuvo sus recompensas. El colectivo de insumisos salía fuerte (el anunciado bajón del tercer mes estaba de baja y no habría de llegar sino a cuentagotas y con retraso) y la solidaridad organizada en el exterior (en esos días hasta la historia doméstica contaba con nosotros), se sumaban a nuestro optimismo y al descrédito militar.

Comenzaba Mayo, ese mes de las flores que para nosotros era de insumisión y revuelta, y volvían las temperaturas agradables. Era tiempo de transición y de debate a la espera del verano. Llegaban noticias del nuevo Código Penal y bullían ideas sobre cómo continuar la desobediencia. Entre tanto, dos nuevos plantes engordaban el colectivo, que pasaba a contar con más de cincuenta miembros, y las asambleas se convertían en liturgia carcelaria que los *boquis* solo pretendían obviar.

Salí de la cárcel el seis de julio a las siete de la mañana. Quisieron hurtarme (y no pudieron) el encuentro solidario. Volvía a dominar la historia con minúsculas, pero el *coco*, esa víscera extraña que unas veces es corazón y otras estómago, se me iba con insistencia para adentro. A las doce estalló la fiesta y el txupinazo insumiso, que me pillaron a contrapié y a destiempo. Más tarde supe que la dirección de la cárcel, tan devotas de San Fermín como se muestran las autoridades, había impedido el acceso al patio de los presos en tan señero día. Hubo protesta teñida de farra sanfermina y rechufla, y hubo *boquis* comiéndose los higadillos sin tartera. Les han impuesto a los insumisos, que ese mismo día yo dejaba dentro, una sanción de 12 fines de semana de aislamiento en celdas.

Hoy mientras escribo he tenido la osadía de comprar el ABC por placer. El jefe del Ejército, general Jose Faura, dice que le molesta mucho la insumisión y que hoy en día todo vale contra la milicia. Incluso se permite criticar ese reglamento de la mili recién sacado de la manga de García Vargas como un emplasto. Es evidente que el servicio militar obligatorio está hoy más tocado que hace ocho meses. *Chapeau*. Sus rictus de preocupación y genio son nuestras sonrisas.

Por los que continúan dentro, que siguen pagando un peaje personal muy duro para evitar esas *operaciones turquesas* en las que los mismos que entraron,

adiestraron y armaron a los matarifes ruandeses pretenden ahora dirigir intervenciones humanitarias que palien el desastre provocado por sus aventajados alumnos y estimados clientes.

Txema Retana

29 de julio. Atentado con coche-bomba de ETA en Madrid. Mueren el general Veguillas, su chófer Joaquín Martín y el trabajador de Los Ballets de Madrid, César García.

[Entre los numerosos heridos en el atentado tenemos dos amigos, José Antonio Fernández y Emilio Carvajal, con los que llevamos muchos años de brega, en todas las luchas. En la solidaridad con Euskadi, por ejemplo.

Hemos hablado con Jose al día siguiente de su salida del hospital, todavía convaleciente de quemaduras y metralla. Hablamos en plan colega, con unas cervezas delante. No se trataba de hacer teoría, de escribir resoluciones o artículos, con todo ese cuidado por evitar "malentendidos" que hemos utilizado (¿inútilmente?) durante todos estos años, cuando queríamos expresar nuestro rechazo por los coches-bomba. Se trataba solamente de charlar, de compartir lo que le pasa por la cabeza a un amigo que es del rollo, peleón y buena gente, cuando sufre un atentado de ETA, en el que queda malherido y le matan a un compañero].

Lo primero que me pasó por la cabeza es que era yo el que estaba allí. Estamos acostumbrados a leer en la prensa que ha habido atentados de ETA o de quien sea, pero nunca te imaginas que te puede ocurrir a tí, que seas tú el que esté allí.

Y después, enseguida, me digo: ha sido un coche-bomba. O sea un tío ha aparcado el coche justo al lado de donde estábamos nosotros currando, a seis o siete metros. Nos ha visto perfectamente y se ha ido a buscar un sitio seguro desde donde darle al botón. Entonces piensas, ¿cómo este tío ha tenido la sangre fría para volar ese coche, viéndonos a nosotros allí trabajando?

Porque yo siempre, la verdad, ante los atentados de ETA, pues siempre... empezando por el Hiperacor, me decía: bueno será lo clásico, ponen una bomba, avisan, pero al Gobierno le interesa que haya allí una masacre y no toma las medidas y aquello explota. Claro luego, conforme va habiendo más atentados de estos, te empiezas a plantear si será o no así, pero en fin, sigues pensando que ellos ponen una bomba contra un jefe militar, pero procurando que haya el menor daño posible para la gente, para la población civil, teniendo un cuidado...

Pero a raíz de esto me he dado cuenta de que no es así...Está muy clarito que tal como estábamos situados, porque estábamos en plena "línea de fuego", en línea recta nuestro camión y el coche-bomba, y el coche del militar lo echaban encima de nuestro camión, y la calle era muy estrecha...Total, estaba claro que los cuatro que

estábamos allí trabajando podíamos morir; esto hubiera sido, además, lo más lógico.

Entonces, como yo no creo que activen el coche con un temporizador o algo así, nos estaban viendo al apretar el botón. Y el tío apretó el botón sabiendo que podía cargarse a todo el que pasaba por allí, además, digamos, de su "objetivo militar".

Cuando a uno le toca vivir algo así, te cambian cosas por dentro. Tampoco demasiadas...Yo he estado trabajando en Euskadi, he subido mucho allí a fiestas, a movilizaciones, a los Aberri Eguna y a los Egin Eguna, a los días del euskera en Navarra y a mogollón de cosas...y tengo bastantes amigos vascos...Y, pensándolo un poco, me decía: pero bueno, me cuesta trabajo que una gente que ha nacido en Euskadi, que es una tierra bastante bonita, con sus valles, su gente...no sé, su cultura, su forma de ser, su organización, también, cómo se volcaron cuando lo de las riadas, por ejemplo...Me parece mentira que haya allí gente con tan pocos escrúpulos a la hora de relacionarse con otros pueblos, como puede ser el nuestro.

He cambiado sobre todo en una cosa: antes pensaba que ETA estaba haciendo lucha armada, pero hoy por hoy, pienso que lo que están haciendo no se puede llamar así. Estés a favor o en contra de ella, no se puede llamar lucha armada a estos bombazos. Incluso, no sé, esto es complicado, pero a mí no me extrañaría nada que los hilos negros que mueven los Estados estuvieran infiltrados dentro de ETA. Porque es un poco raro. Recordando, por ejemplo, las primeras elecciones europeas, la campaña de Txema Montero, donde HB sacó miles de votos fuera de Euskadi, y eso pudo ser un punto de referencia para extender la solidaridad con Euskadi en el resto del Estado. Y resulta que inmediatamente viene Hipercor, precisamente en Catalunya que es donde creo que se habían sacado más votos fuera de Euskadi. Entonces te planteas que si alguien está haciendo lucha armada y para conseguir sus objetivos, la independencia o lo que sea, necesita una buena solidaridad en el Estado, además de ampliar su apoyo en su pueblo, pues cómo pueden actuar así. Y después de Hipercor vino la salvajada de Zaragoza, en una casa cuartel donde viven familias enteras...y en fin, todos los coches-bomba que son el "aquí te pillo, aquí te mato"...Y cada vez más HB va perdiendo más fuerza y parece ser que les da exactamente lo mismo...En fin, a mí no me extrañaría nada que hubiera infiltraciones, como ha habido en otras organizaciones y en otros momentos...

[Déjame que te corte un momento, Jose. Estos días, en relación con lo tuyo, algunos colegas me han hablado también de esto de las "infiltraciones" en ETA. Y les he discutido bastante fuerte. Les he dicho que, de ser así, las cosas serían más sencillas: "hay coches-bomba porque hay infiltrados". Todo parecería más coherente.

Seguro que hay algunos "infiltrados" en ETA, pero eso no explica los coches-bombas. El drama del movimiento abertzale, y en alguna medida de todos nosotros, de la izquierda radical del Estado español, desde hace muchos años, es que quienes deciden poner los coches-bombas, quienes aprietan el botón y quienes miden el éxito de las operaciones en términos de terror, aunque no les guste llamarlo así, no son "agentes del enemigo". Son gente que podemos

encontrarnos en fiestas, en manifestaciones, tomando potes en lo viejo de Bilbao o Donosti, gente con la que hablamos y compartimos muchísimas cosas que nos importan, con los que podemos coincidir, pues no sé, sobre la solidaridad internacional, o la insumisión, o movidas ecologistas... en el rechazo al capitalismo, en considerar una parte imprescindible de nuestros objetivos la defensa del derecho a la autodeterminación...En fin, gente que está, como se decía antes "en nuestro lado de la barricada". Y resulta que, dentro de gente así, vive también ese desprecio por la vida humana, esa aberración según la cual puede lograrse la emancipación de un pueblo provocando el terror en otro pueblo...Esto es lo que a mí me subleva, y cada día más...].

Pues sí, posiblemente sea así. Pero es que cada uno somos como somos... y yo me sentiría tan incapaz de cepillarme a una persona inocente por cualquier objetivo...Por ejemplo, una Euskadi independiente, si alguna vez se llega a lograr, si es eso lo que quiere la mayoría del pueblo vasco, y en cuyas raíces esté no sólo la lucha popular, los torturados, asesinados, presos del pueblo vasco, sino también las víctimas inocentes provocadas en otros pueblos...pues sería un mal presagio para esa joven nación independiente...

En el fondo, lo que ETA está haciendo es formar otro Estado, pero empezando por lo malo, por el "brazo militar", por el terror...

Claro no son fachas...pero los métodos...Qué más te da que te mate un facha o uno de ETA..A mí qué más me da que estas heridas que tengo me las hubiera hecho un facha, una banda de skin-head o el comando no se qué...El caso es que se han cargado a un compañero, con veinticuatro años, además un chaval majísimo, que lo han matado...con todo el morro...

Es lo que decía yo el otro día en la tele: yo estoy en contra de la pena de muerte, no por razones filosóficas, sino porque el Estado no tiene derecho a decidir sobre la vida de la gente...Pero sí me hubiera gustado pillar por banda al que apretó el botón.

[¿Te has imaginado alguna vez durante estos días que te lo encontrabas cara a cara? ¿Hubieras intentado hablar con él?].

No, eso no me lo he imaginado. Lo que tengo claro es que soy incapaz de matar a nadie.

Si alguien me dijera que es que como están en guerra, como el Ejército español es un ejército de ocupación...Yo no discuto esto, pero si están en guerra, ¿por qué no la hacen en Euskadi? Porque allí también hay coches militares por las calles, ¿no? ¿Por qué allí no ponen coches-bombas? ¿Es que la gente del Estado somos de segunda división y el pueblo vasco de primera? Porque lo que hay que ver es si están luchando contra el Estado opresor o se están echando encima al pueblo español...Si eso es una estrategia militar...

Porque en fin, si esto fuera como la situación de los kanakos que están a miles de kilómetros de Francia y fueran allí a poner bombas, que no lo hacen, pues podrías decir: bueno cuando consigan la independencia a fin y al cabo van a estar a 5.000 kilómetros de distancia...Pero aquí, intentar conseguir la independencia poniendo

coches-bombas en pueblos que van a ser tus vecinos...es completamente absurdo. Con eso no van a conseguir nada, lo tengo muy claro.

Lo que sí me he imaginado es qué pasará cuando vuelva allí y me encuentre con los colegas. Por ejemplo, suelo subir todos los años a la *Maritxu Kajoia* que son unas fiestas que hay en Arrasate, muy cachondas, que están veinticuatro horas enteras todos los bares abiertos. Cada año celebran de coña un "milagro" de la Virgen que se inventa la gente más bronca del pueblo... A mí me invitan a una comida de confraternización mis colegas del pueblo, que son gente de HB, y bueno si subo este año, discusiones desde luego va a haber, porque seguro que algunos tratarán de justificar esto...En fin, ya veremos...

Hace poco me llamaron unos amigos de Euskadi, gente enrollada, para invitarme a subir allí, a restablecerme un poco, y me decían: "Bueno, no nos atrevemos a decirte que subas...". Como si yo tuviera algo contra Euskadi o contra los vascos, cuando por supuesto no tengo nada de nada contra ellos...Sí lo tengo contra los métodos de ETA, que es una estrategia realmente terrorista, no en el sentido en que lo dice el Gobierno y los medios de comunicación, que son los que menos derecho tienen a hablar así...Pero la verdad es que provocan el terror en la población civil y al Gobierno no creo que le preocupen mucho a estas alturas los atentados...

Ahora siento tristeza...Porque yo quiero mucho a Euskadi, a mí me gusta mucho el País Vasco. En general todo el Norte, Galicia, Asturias...Yo creo que la "patria", así entre comillas, es el pueblo, el valle, la casita, tu gente, tu lengua, tu cultura...no una bandera.

A mí me gusta mucho el campo, lo verde...Y me pongo cardíaco cada vez que huelo las fábricas esas de celulosa, o Lemóniz...te da rabia, aunque yo no haya nacido allí, que destrocen una tierra tan bonita y que la gente no pueda vivir a gusto allí, en su monte, con su río...o lo que sea.

A mí me da un poco de envidia la gente que vive en los pueblos, que hay mogollón de pueblos bonitos, no sólo en Euskadi, claro, también en otros sitios, en Andalucía...Y pienso que ojalá un día la gente pueda vivir así, sin fronteras, respetándose unos a otros...Y me resulta triste pensar que pueda haber alguien...No sé, me resulta tan sumamente difícil pensar que el tío éste que apretó el botón pueda ser de uno de esos pueblos de Euskadi, que se dé una vuelta disfrutando de su valle, estando con su gente...Me resulta difícil imaginarme a alguien así con ese remordimiento de conciencia...Me resulta difícil aceptar que hay en Euskadi gente con tan pocos escrúpulos.

No sé, a lo mejor tengo demasiado idealizada la Naturaleza...Pero me resulta difícil pensar que alguien pueda venir de sitios tan bellos y ser tan cafre. Tan asesino.

[Según informa la prensa hoy día 14 de agosto, en una manifestación por la independencia celebrada en Donosti se ha oído el slogan siguiente: "Contra la represión, coches bomba solución".

Al principio, uno se escandaliza: "¿será posible?". Pero luego se da cuenta de que éste tampoco es tan diferente de otros gritos considerados combativos y radicales: "ETA, mátalos", por ejemplo. O aquel otro que hace unos años fue muy apreciado en algunos ambientes de la izquierda radical: "Comando España, en Madrid dales caña".

Y entonces uno piensa que ésta es una historia vieja, que no ha empezado en los coches-bomba, y de la cual la gente de la izquierda alternativa no hemos sido simples espectadores. Habrá que hacer cuentas con ella, como con tantas otras experiencias e ideas del pasado. Con serenidad, sin autocensuras. No vaya a ser que, como viene ocurriendo en tantos otros campos, después de lavar al bebé, le echemos por el desagüe junto con el agua sucia, sucísima. M. R.]

César y Jose

Sabino Cuadra Lasarte

He pasado el fin de semana en Madrid –¡qué calor!–, invitado por unos colegas a unas Jornadas sobre –¡qué sofoco!– "Marxismo y ecología" y "Situación de la izquierda hoy". Ambos temas me interesaban, así como también conocer y salsear un poco en un marco en el que participaban unas ciento cuarenta personas procedentes de todo el Estado.

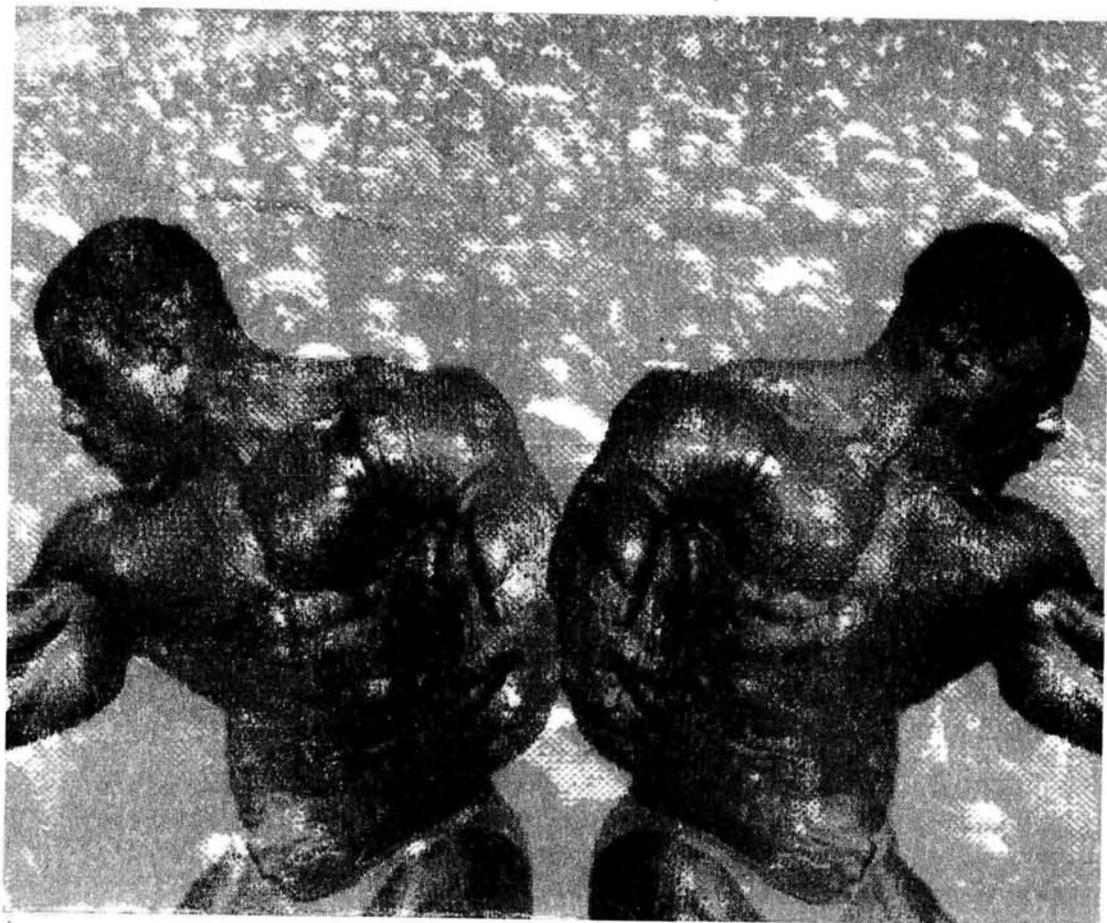
El sábado por la noche –la ecología, manda– estaba previsto hacer una fiesta para relajar los cuerpos y las mentes machacadas por la dura ponencia. Pero –siempre surge un pero–, de repente se nos avisó que quizás se suspendería, pues Jose, el encargado de traer la megafonía, estaba en el hospital, herido por la metralla del atentado del viernes. Su amigo César, a quien había ofertado el ayudarle a descargar el camión de la empresa en la que trabajaba y ganarse así mil duros, había corrido peor suerte; su cuerpo destrozado había terminado colgado del balcón de un primer piso.

Jose es un recalcitrante amigo de Euskadi. Ninguna de sus fiestas, ambientes y rojeríos eran desconocidas para él. Tampoco el desarrollar todo tipo de solidaridad política o electoral con Euskadi en la difícil Madrid. Lo de ahora fue una casualidad. También lo de su amigo y lo de los demás que andaban por allí. Tan casual como que no hubiese pasado nada o que hubiera pasado el doble. Son cosas que ocurren cuando un coche bomba estalla en la parte vieja de una ciudad.

Alguien trajo por fin la megafonía y la fiesta se hizo. De todas formas, no hubo mucho ambiente. Los asistentes a las Jornadas, venidos de todo el Estado, eran un poco como Jose y, claro, no estaban de humor. Lo están perdiendo.

Acabo de leer el comunicado de ETA sobre el atentado de Madrid y no se decía nada de César, ni de Jose, ni del resto de la lista. Es por eso que he escrito esto, pues también ellos merecían un espacio. También ellos existen, ¿o no?

EGIN, 6 de agosto de 1994



el desorden

Ruanda

Las consecuencias del neocolonialismo "humanitario"

G. Buster

La sensibilidad posmoderna occidental se ha asomado a nuevos niveles del horror televisivo, después de la guerra de Bosnia, con las escenas de los asesinatos a machetazos de tutsis en Ruanda, los campos del cólera de Goma y las fosas comunes de kilómetros de extensión, abiertas por las tropas francesas para sepultar a las víctimas de la catástrofe humanitaria. Tan injusta como la matanza es la explicación étnica que se nos ofrece, reduciendo sus causas a atributos raciales que identifican a las víctimas con los verdugos, y que, sobre todo, exculpa a los nuevos sujetos de la "modernidad".

La crisis política

Después de dos años y medio de guerra civil en el norte de Ruanda entre el Frente Patriótico (FPR) y las Fuerzas Armadas (FAR), el Gobierno de Juvenal Habyarimana se vio obligado a negociar un alto el fuego y la reforma política de la dictadura del Movimiento Nacional Republicano por la Democracia y el Desarrollo (MNRDD), en enero de 1993 en Arusha, Tanzania.

La guerra había provocado el desplazamiento de mas de 650.000 personas, la conquista de una importante franja del norte del país por el FPR —cuya ofensiva había sido detenida solamente gracias a la ayuda de consejeros militares franceses, presentes desde octubre de 1990—, y una agudización de la ya grave crisis fiscal del

Estado y su deuda externa. Bajo la presión de Francia y de los Gobiernos de Uganda y Tanzania, la dictadura del MNRDD inició en 1992 una tímida apertura política con la legalización de cuatro pequeños partidos de oposición de mayoría hutu y su integración en el Gobierno: el Movimiento Democrático Republicano (MDR), el Partido Socialdemócrata (PSD), el Partido Liberal y el Partido Demócrata-Cristiano.

El objetivo de estas reformas era exclusivamente establecer un marco creíble para las negociaciones con el FPR, de mayoría tutsi. El FPR se había organizado en Uganda, tras la victoria en aquel país del Ejército Nacional de Resistencia de Yoweri Museveni —en cuyo seno habían combatido los principales dirigentes del FPR—, reclutando entre los más de 400.000 tutsis que se habían tenido que exiliar entre 1959 y 1973, huyendo de las campañas de limpieza étnica hutus. Bajo la influencia de Museveni, uno de los principales nuevos dirigentes progresistas africanos de los años 80, el FPR intentó superar en su programa el estrecho marco de una definición étnica tutsi para plantear una reconstrucción democrática y pluriétnica del Estado ruandés, que evitase la crisis alimentaria y sanitaria a la que parecía condenado el país, en parte por los programas de ajuste estructural del Banco Mundial.

Los Acuerdos de Arusha establecían la creación de un Gobierno de unidad nacional, con cinco carteras para el MNRDD y el FPR, cuatro para el MDR, tres para el PSD y el PL y una para el PDC, y un reparto proporcional en un Parlamento de transición. Las cuotas acordadas permitían asegurar una mayoría hutu en el nuevo Gobierno, pero rompían el monopolio político del MNRDD ante la posible coalición de las oposiciones hutus y tutsi.

Los Acuerdos duraron exactamente dos días. Su anuncio provocó la denuncia del secretario general del MNRDD, Mateo Ndirumutse, que el 23 de ese mismo mes obligó al presidente Habyarimana a destituir al ministro de Asuntos Exteriores y jefe de la delegación oficial en Arusha, Bonifacio Ngulinzaira, y al primer ministro y dirigente del MDR, Dismas Nsengiyareme. Mientras tanto, los sectores extremistas del MNRDD y sus aliados de la Coalición para la Defensa de la República, movilizaron a sus milicias *Interahanwe* (los que luchan juntos) e *Impuza Mugambi* (los que sólo tienen una idea), organizadas por la Guardia Presidencial y sus asesores franceses, para crear un clima de terror contra los partidarios de los Acuerdos de Arusha, provocando a golpe de machete varios cientos de víctimas en todo el país.

El 8 de febrero, el FPR lanzó una nueva ofensiva en el norte, ocupando la ciudad de Ruhengeri y doblando en dos días el territorio bajo su control. Más de 1 millón de personas huyeron hacia la capital, Kigali, o a Uganda y Tanzania, según fueran hutus o tutsis. La ofensiva del FPR fue condenada por los EE UU y Francia, que envió a la capital dos compañías más. El FPR anunció el 10 de febrero un alto el fuego a condición de que el Gobierno pusiera fin a las matanzas de tutsis y opositores hutus y se retiraran las tropas francesas. El Gobierno solo aceptó estas condiciones el día 21, ante la presión de la Organización para la Unidad Africana (OUA), reiniciando las negociaciones de Arusha el 1 de marzo, aunque la violencia se mantuvo.

En agosto de 1993 se consiguió un nuevo acuerdo de Arusha: se crearía una zona desmilitarizada entre los contendientes, que se extendería a Kigali —bajo vigilancia de un Grupo de Observación Militar (GOM) de la OUA y 2.500 tropas de Naciones Unidas (UNAMIR)—, ambas partes procederían a la desmovilización

paralela de fuerzas y se formaría un único Ejército bajo un Gobierno transitorio de unidad nacional. En medio de graves tensiones, los acuerdos de paz comenzaron a ponerse en práctica, con la llegada de los observadores extranjeros y el estacionamiento en la capital de 600 soldados del FPR.

A pesar de las presiones internacionales, tampoco esta vez los acuerdos llegaron a durar un año. El 6 de abril, el avión en el que viajaba el presidente Habyarimana, acompañado por el presidente de Burundi, Cyprien Ntaryamina —elegido en enero de ese año en el marco de un proceso de acuerdo nacional similar al que tenía lugar en Ruanda—, fue volado por un cohete cuando aterrizaba en Kigali.

El asesinato de ambos presidentes a manos de los sectores más extremistas del MNRDD opuestos a Arusha —como fue reconocido por el dirigente del MDR, Faustin Twagiramungu— desencadenó una nueva oleada de asesinatos en masa por las milicias, planificados y dirigidos desde la ya tristemente famosa Radio de las Mil Colinas, que intentó ocultar la eliminación criminal de toda oposición a la dictadura presentando los hechos como un conflicto étnico entre la mayoría hutu y la minoría tutsi. Mientras las milicias acababan en la calle a machetazos con miles de personas, la Guardia Presidencial hizo un trabajo más selectivo, que incluyó a la primera ministro, Agathe Uwilingiyimana, el ministro de Asuntos Sociales, Edouard Ntatsindwa y al presidente del Tribunal Constitucional, Joseph Kavarunganda, 10 observadores belgas de UNAMIR y los 600 soldados del FPR. Hay testimonios directos de que la Embajada de Francia en Kigali se negó a dar asilo a algunos altos cargos del Gobierno procedentes de la oposición, al mismo tiempo que mantenía reuniones con los sectores del mismo implicados en las matanzas.

El 9 de abril, el presidente del legislativo, Theodore Sindikubgabo, anunció la formación de un nuevo Gobierno, que debería integrar junto al MNRDD a los partidos de oposición hutus, cuyos dirigentes estaban siendo asesinados, con el objetivo inmediato de alcanzar un nuevo alto el fuego. Según los observadores internacionales, el número de víctimas civiles superaba ya las 20.000, en su mayoría tutsis. El día 12, el FPR denunció al nuevo Gobierno como el principal responsable de las matanzas, exigió su inmediata dimisión y reinició la lucha en todos los frentes, apoyado por sectores de la oposición hutu. Sus tropas se encontraban ya en los alrededores del aeropuerto de Kigali y UNAMIR tuvo que negociar con él la evacuación de la población extranjera, mientras el Gobierno provisional del MNRDD huía a la ciudad de Gitarama, a 50 kilómetros hacia el Este.

La respuesta de la ONU

A diferencia de Bosnia, cuando el número de asesinados se acercaba a los 200.000 y el de refugiados superaba el millón y medio, a pesar de haber creado el 14 de abril una Oficina de Emergencia para Ruanda y dotarla de fondos, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas votó por unanimidad, el día 22 de abril, la resolución 912 reduciendo las tropas de UNAMIR de 2.500 a 270 efectivos.

¿Cómo fue posible semejante decisión criminal de la ONU? Bélgica había retirado sus tropas el día 14 y Francia se encontró ante el hecho de que cualquier ayuda humanitaria que llegara a Kigali, el único aeropuerto abierto en

la zona, suponía negociar y reconocer la legitimidad del nuevo gobierno del FPR y la oposición hutu, condenando al ostracismo al gobierno del MNRDD, su principal aliado en el conflicto: A pesar de la oposición inicial de EE UU, y chantajeando a Butros Ghali como único país con capacidad logística en la zona, gracias a sus bases en Zaire, Francia consiguió imponer el voto unánime de la Resolución 912 en el Consejo de Seguridad. Las demás potencias, en el reparto que se está efectuando de zonas de influencias en el “nuevo orden mundial”, simplemente reconocieron la prioridad de Francia en la zona, a expensas de las víctimas.

El secretario general de la OUA, Salim Ahmed Salim, criticó duramente la resolución como un nuevo ejemplo de doble moral, y pronto se sumaron las principales ONGs con tradición en la zona, como OXFAM, y el Comité Internacional de la Cruz Roja. Para evitar que la ayuda alimentaria y sanitaria se convirtiera en un estimulante más de la huída de los miles de refugiados, aterrorizados por las matanzas, había que hacer llegar ésta al interior de Ruanda, a través del aeropuerto de Kigali, y no situarla en la frontera de los países limítrofes, en especial, el Zaire de Mobutu Sese Seko, con el objetivo de favorecer allí una reorganización de las FAR y las milicias del MNRDD.

El 29 de abril, cuando ya era evidente que se estaba provocando la “mayor crisis humanitaria de esta generación”, según el presidente Clinton, Butros Ghali dirigió una carta al Consejo de Seguridad pidiéndole reconsiderar su anterior decisión y dotar a una nueva UNAMIR II de las tropas y los medios logísticos que le permitieran recuperar su “credibilidad”. La resolución 918 tardó en ser adoptada, por unanimidad, ¡18 días!, el 17 de mayo. Las tropas de UNAMIR II alcanzarían los 5.500 efectivos, en su mayoría tropas africanas a las que los países occidentales dotarían de medios logísticos. Su despliegue dependería de una nueva decisión del Consejo de Seguridad, tras un informe de Butros Ghali especificando su mandato y un acuerdo de las partes! A la espera de ello, y por presiones de EE UU, el único refuerzo que se enviaría a Kigali serían 150 observadores desarmados y un batallón de Ghana para tomar el aeropuerto, bajo control del FPR a partir del 22 de mayo.

La indignación de las ONGs presentes en la zona estaba más que justificada: los aviones canadienses volaron hasta el 5 de junio a Kigali y el FPR permitió a UNAMIR el libre acceso al aeropuerto hasta que los observadores de la ONU cancelaron los vuelos alegando que podían ser atacados por las FAR. La hipocresía a la que se estaba llegando era increíble. Mientras el FPR aceptaba negociar con los representantes del Gobierno del MNRDD en los cuarteles de UNAMIR en Kigali el 30 de mayo, acordando evacuar a los civiles de la capital y reanudar negociaciones para un alto el fuego el 2 de junio, las FAR hicieron buena la profecía y comenzaron a disparar contra los aviones y las tropas de UNAMIR en el aeropuerto. El FPR denunció la resolución 918 como una mera maniobra dilatoria, tomó todo Kigali y avanzó hacia Gitarama, obligando al gobierno del MNRDD a huir a Kibuye el día 29 de mayo.

A finales de mayo, la situación humanitaria era ya catastrófica, con más de un millón y medio de refugiados en Uganda, Burundi y Tanzania y otro millón y medio desplazado de sus hogares dentro de Ruanda, empujados a abandonar sus casas por la Radio de las Mil Colinas, que seguía incitando al asesinato de tutsis, como ocurrió

con miles de prisioneros en Gitarama. Tanzania cerró sus fronteras el 1 de mayo, pero Burundi las mantuvo abiertas —a pesar de los enfrentamientos entre milicias hutus y tutsis que estaban teniendo lugar en su territorio— por la presión de EE UU, que organizó en el aeropuerto de Bujumbura la terminal de su puente aéreo humanitario. En Uganda, el Gobierno declaró el estado de emergencia en los tres distritos del lago Victoria el 22 de mayo, ante el peligro de una epidemia de cólera por la descomposición de más de 40.000 víctimas arrojadas a sus aguas después de haber sido despedazadas a machetazos por las milicias del MNRDD. Pero lo peor estaba aún por venir, como consecuencia de la Operación Turquesa.

La Operación Turquesa

A pesar de que el 25 de mayo Butros Ghali había reconocido públicamente que las matanzas habían sido planificadas por el MNRDD y su Gobierno, Francia decidió unilateralmente frenar la ofensiva del FPR hacia el oeste de Ruanda, interponiendo a sus tropas y dando tiempo al MNRDD a reorganizar su Ejército y milicias, desplegando desde el Zaire 2.000 soldados, a la espera de la llegada de las tropas de UNAMIR II.

El Consejo de Seguridad no conoció el plan francés hasta el 17 de junio, cuando las unidades de la Operación Turquesa se encontraban ya en Goma y Bukavu dispuestas a cruzar la frontera entre Zaire y Ruanda. El día 22, tras el informe positivo de Butros Ghali —en una nueva demostración de la total dependencia del Secretario General de la ONU de las grandes potencias— fue aprobado un mandato especial para las tropas francesas, que no se integrarían en UNAMIR II, conservando sus mandos una total independencia.

Las fuerzas de la Operación Turquesa recibieron la orden el 3 de julio de disparar contra el FPR si éste entraba en una “zona humanitaria segura” establecida en el suroeste de Ruanda. Para esta operación, que pretendía salvar a los verdugos de sus víctimas, Francia envió a sus mejores especialistas en acción humanitaria: unidades de choque del 13º Regimiento de Dragones Paracaidistas, del 1º Regimiento de Infantería de Marina, de la 13ª Semibrigada de la Legión Extranjera, del 11º Regimiento de Artillería de la Infantería de Marina...

El aparato logístico desplegado por Francia hubiera bastado para situar en el terreno a las tropas de UNAMIR II africanas, que esperaban en sus países el patrocinio de los países occidentales, y probablemente hubiera sido de bastante utilidad para transportar ayuda humanitaria al interior de Ruanda y a los campos de refugiados limítrofes. Pero ésta no era la tarea de Francia, como puntualizó su ministro de Asuntos Exteriores, A. Juppé, a Médicos del Mundo: “Nuestra tarea es crear una zona segura... ahora es necesario una movilización internacional para hacer frente a uno de los mayores desastres que ha conocido la humanidad” (*Le Figaro*, 8 de julio de 1994).

En la “zona humanitaria segura”, en la que según el Gobierno francés no se toleraría la “infiltración de elementos armados y toda actividad militar quedaba prohibida”, se reagruparon el Estado Mayor de las FAR, las milicias y trece de los diecinueve ministros del autoproclamado Gobierno provisional del MNRDD, bajo la dirección del primer ministro, Jean Kambanda, que pudo declarar a *Le Monde*

que: "Francia no tiene derecho a prohibir a las autoridades ruandesas establecerse donde quieran en Ruanda". El jefe del Estado Mayor, general Augustin Bizimungu declaró al mismo periódico que su objetivo era reagrupar a sus tropas y asegurarse que el FPR "reinaría sobre un desierto". La Radio de las Mil Colinas siguió emitiendo desde la zona de seguridad francesa, llamando a proseguir las matanzas de tutsis y opositores al régimen, mientras que en Cyangugu los soldados de las FAR desvalijaban los depósitos de la Cruz Roja Internacional.

La única razón de la Operación Turquesa era evitar una completa victoria del FPR, mantener la legitimidad del Gobierno criminal del MNRDD y asegurar a través de él el mantenimiento de la influencia francesa en unas negociaciones con el FPR. La debilidad de esta política es que sólo se podía mantener con la complicidad de la comunidad internacional y un cierto equilibrio militar sobre el terreno. Ambas condiciones desaparecieron rápidamente cuando la crisis humanitaria se convirtió en catástrofe incontrolable.

El 17 de julio, el control del FPR era total, con la excepción de la zona de seguridad francesa, y proclamó un alto el fuego unilateral y la formación de un Gobierno de unidad nacional, presidido por el dirigente del MDR, Faustin Twagiramungu. El MDR recibía además las carteras de Asuntos Exteriores y Justicia. Los otros tres partidos de oposición hutus ocupaban otros seis Ministerios y el FPR se reservaba ocho de un total de diecisiete.

Era evidente que el poder estaba en manos del FPR —la única estructura social organizada que quedaba en pie en Ruanda con excepción del MNRDD en los campos de refugiados y las FAR al otro lado de la frontera zaireña— y en especial del vicepresidente y ministro de Defensa, el general Paul Kagame. Pero precisamente por ello, las señales políticas adquirirían todo su valor: la aplicación de hecho de los Acuerdos de Arusha, con exclusión de quienes los habían violado, el fin de las discriminaciones étnicas y el llamamiento al reasentamiento de la población huida, canalizando desde Kigali y el nuevo Gobierno la ayuda humanitaria.

A finales de julio, dos millones de personas habían huido del país empujadas por el miedo a unas represalias que los verdugos del MNRDD daban por seguro que afectarían a toda la población hutu, utilizando a su favor por segunda vez la política de limpieza étnica que habían aplicado en los tres últimos meses. La catástrofe humanitaria de Goma, con testigos directos de las ONGs y de la prensa internacional, hizo imposible mantener la ficción que el Gobierno francés pretendía, con la ayuda de la dictadura de Mobutu Sese Seko en el Zaire. El 30 de junio, *Le Soir* de Bruselas escribía: "La Operación Turquesa es el colmo de la manipulación humanitaria: los médicos, los hospitales móviles que la acompañan se parecen demasiado a los servicios posventa de los mercaderes de armas". Hasta *The Economist*, del 25 de junio, que nunca se ha caracterizado por sus denuncias del colonialismo, reconoció que no solamente "Francia no es imparcial", sino que podía poner en peligro el conjunto de la operación humanitaria.

La posición francesa se hizo insostenible tras el encuentro del nuevo presidente de Ruanda, Pasteur Bizimungu —antiguo negociador del FPR en Arusha— y Mobutu Sese Seko en Isla Mauricio, el 26 de julio. Ante el peligro de que la crisis del MNRDD en Ruanda se extendiese a su propio régimen dictatorial en el Zaire, Mobutu se comprometió a abrir de nuevo la frontera en Goma, cerrada pocos días antes, para

...

La "zona humanitaria segura":

¿Protegerá Francia a los responsables de la matanza y el genocidio?

1. En Ruanda está teniendo lugar, a la vez, un genocidio de la población tutsi y una matanza de demócratas. Como ha escrito el relator especial de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, René Degni Segui, han sido planificadas, sistematizadas y llevadas a cabo con la mayor crueldad. La identidad de los instigadores y responsables del genocidio y de la liquidación de los demócratas ha sido establecida sin lugar a dudas: los miembros del autoproclamado Gobierno provisional, los oficiales y soldados de las Fuerzas Armadas Ruandesas (FAR), los milicianos del partido único y una parte importante de los funcionarios de la administración local (prefectos y alcaldes).
2. La Operación Turquesa, bajo cobertura de la ONU, parece limitarse por el momento a un papel humanitario. Se han salvado vidas humanas. Pero el avance del Ejército francés más de 165 Km. en el interior de Ruanda y su despliegue frente al FPR contradicen las declaraciones preliminares del Gobierno francés de no intervenir en la evolución del conflicto armado.
3. Francia propone ahora una modificación de la operación para dar "mayor eficacia" a su intervención. La solución de la "zona humanitaria segura" en el sudoeste de Ruanda, sin fijar un territorio reducido y sin especificar claramente sus límites territoriales es muy peligrosa. Provocará una estabilización del frente y proporcionará a las FAR y a las milicias un abrigo donde podrán continuar con total impunidad sus masacres, completar el genocidio y pretender mantener una legitimidad usurpada cara a futuras negociaciones. La creación de la zona de seguridad, ¿no es una confirmación de la voluntad de Francia de frenar el avance del FPR?
4. Recordamos que en Ruanda existe un marco político legal para la transición a la democracia: los Acuerdos de Arusha, y fuerzas políticas legítimas: los partidos democráticos ruandeses y el FPR. A menos que se pretenda legitimar el golpe totalitario de las FAR, las milicias y el autoproclamado Gobierno, es con esas fuerzas políticas con las que la comunidad internacional debe discutir la forma concreta en la que debe desarrollarse la intervención francesa bajo mandato de la ONU.
5. Toda otra opción constituirá:
 - un insulto final a las víctimas del genocidio y las masacres;
 - una ingerencia política y militar exterior que niega toda posibilidad de solución democrática.
6. Como en Alemania en 1945, es ilusorio y peligroso creer que se podrá llevar a cabo una reconstrucción nacional en Ruanda hasta que no hayan sido destituidos y juzgados los responsables y los propagandistas criminales del Estado totalitario. Añadamos que Francia ganaría credibilidad si condenase solemnemente a los autores del genocidio y los persiguiera en su suelo, además de exigir la creación inmediata de un tribunal internacional para los crímenes contra la Humanidad.

París, 4 de julio de 1994

Agir Ici, Comité français pour la défense des droits de l'homme et de la démocratie au Rwanda, Cedetim, Frères des Hommes, MDPL, Médecins du Monde, Survie, Vigilance Rwanda.

...

facilitar la vuelta de los refugiados y retirar todas las armas pesadas a las FAR. El Ejército del MNRDD, lejos de disolverse en los campos de refugiados, como exigían las ONGs, crearon sus propios campamentos y mantuvieron sus armas ligeras mientras se rearmaban en secreto, con ayuda francesa, a través del aeropuerto de Goma, aprovechando el puente aéreo humanitario, según denunciaron, en su edición del 2 de julio, *La Lettre de L'Océan indien* de Seychelles y *Le Soir* de Bruselas.

Pero el mandato de la ONU a Francia no concluía hasta el 22 de agosto. Para ocultar su ridículo, el Gobierno francés lanzó una nueva campaña de intoxicación humanitaria, con la colaboración esta vez de Bernard Kouchner. La legitimidad del nuevo Gobierno del FPR fue puesta en duda porque “en las zonas del FPR no queda nadie. Hay algo que provoca esta fuga extraordinaria de gente que representa la inmensa mayoría de la población... El nuevo Gobierno de Kigali debe comprender que su credibilidad esta en juego” (*Le Monde*, 25 de julio). Otros, como Alain Michel, presidente de *EquiLibre*, denunciaba en el mismo periódico a las ONGs que consideraban la intervención francesa escandalosa y concluía su aportación: “Se detecta un cierto malestar e incluso celos entre quienes se han batido por el reconocimiento del deber de ingerencia. La ingerencia de un Estado, aunque sea humanitaria, es un acto político; la intervención de una ONG es un acto estrictamente humanitario. Estas dos esferas tienen vocación de ser complementarias, no de intercambiar sus funciones y papeles”.

Las tropas francesas en Cyangugu, con todo su aparato logístico, empezaron a quejarse de que solamente podían cubrir el 50% de las necesidades humanitarias de su zona de seguridad: “Si la situación humanitaria no mejora, temo que la gente huya al Zaire, y en especial a Goma, donde saben que llega la ayuda humanitaria”, declaró el general Lafourcade (*Le Monde*, 9 de agosto). Ya existía una clara razón humanitaria para mantener una operación colonial, y además se chantajeaba a Zaire, a la ONU y a las ONGs. Para darle mayor verosimilitud, París anunció una retirada parcial a finales de julio y no tardó en recibir nuevas peticiones de Butros Ghali y EE UU para mantenerse en Ruanda hasta el despliegue de UNAMIR II, para el que seguían sin aparecer los medios logísticos necesarios. Con esta nueva legitimidad, Balladur pudo realizar una gira por el África francófona y visitar a sus tropas en Ruanda el 31 de julio, sin dignarse a comunicárselo al gobierno de Kigali, al que los EE UU habían reconocido dos días antes.

La reacción del primer ministro Twagiramungu fue la lógica: la zona francesa “se ha convertido en una colonia en la que el Gobierno ruandés no puede poner los pies. Mientras el primer ministro Balladur se pasea por mi pueblo natal, Cyangugu, yo no puedo ir porque Francia no puede garantizar nuestra seguridad” (*Le Monde*, 9 de agosto).

La catástrofe humanitaria

La muerte de cientos de miles de refugiados en Goma ha sido, en buena parte, consecuencia de decisiones políticas del Consejo de Seguridad de la ONU y los gobiernos de Zaire y Francia en nombre no de una causa humanitaria, sino del interés nacional. Ésta es la lógica que rige la configuración del “nuevo orden mundial”, la misma que provocó la Operación Esperanza de los EE UU en Somalia.

A pesar de las vacilaciones de los EE UU, Francia supo imponer la prioridad de sus intereses en el África subsahariana. Intereses que en Ruanda defendían el MNRDD y sus FAR, armadas y encuadradas desde 1990 por consejeros franceses, cuando pasaron de 5.000 a 30.000 efectivos...en el quinto país que consume el menor número de proteínas por habitante del planeta.

Por eso no se cerraron las fronteras con Zaire y la Operación Turquesa evitó una rápida victoria del FPR y de las fuerzas democráticas hutus, que hubiera impedido el éxodo de dos millones de campesinos aterrorizados por la Radio de las Mil Colinas y conducidos a Goma por sus autoridades locales, que las reagruparon, para asombro de las ONGs, de acuerdo a su lugar de origen en los campos de refugiados. La propia zona de seguridad francesa, donde no se permitió mas que una entrada selectiva de refugiados, es la prueba de que se podía haber evitado en parte este éxodo bíblico.

Lo que ha pasado en Goma al millón de refugiados es conocido por todos: el cólera, la disentería, la continuación de las matanzas contra los tutsis, refugiados con anterioridad, han provocado 30.000 muertos diarios. Según Médicos sin Fronteras, hacían falta 60.000 litros de suero diarios, es decir tres aviones C-130 cargados, y de 4 a 8 millones de litros de agua, es decir potabilizadoras como las utilizadas en la Guerra del Golfo. Todo ello hubiera sido posible, porque no faltaban alimentos almacenados en Nairobi, o suero en Europa y los EE UU. Lo que no hubo fueron aviones y logística para transportarlos. Una capacidad que solo tienen los EE UU, Rusia, y los Estados de la Unión Europea, pero que no se utilizó hasta el 25 de julio, cuando Washington puso en funcionamiento su Operación Continuar la Esperanza, estableciendo puentes aéreos desde Bujumbura hasta Goma y Kigali, después del fracaso del lanzamiento en paracaídas de la ayuda humanitaria, para no implicarse en el terreno.

Según Nan Borton, director de la Oficina de Desastres de la AID, el problema no fue que la comunidad internacional no hubiera previsto la huida a Goma de los refugiados, como un mes antes el éxodo hacia Tanzania. De hecho, se habían situado en Goma suministros para unas 50.000 personas suficientes para un mes. La huida de más de un millón de ruandeses en 48 horas simplemente desbordó cualquier cálculo.

La movilización de las ONGs y de la opinión pública occidental fue también mas rápida y eficaz que lo que habían previsto sus Gobiernos. Más allá de la manipulación política de los sentimientos humanitarios a la que colaboraron algunas grandes ONGs francesas, lo significativo es que cientos de voluntarios y miles de toneladas de suministros llegaron por los medios más inverosímiles a Goma, al tiempo que se mantenía el esfuerzo humanitario en los campos de Tanzania o en Kigali. Las donaciones de dinero alcanzaron cifras sin precedentes, que superaron en muchos casos a las ayudas de emergencia oficiales. Lo que no estuvo a la misma altura fue la coordinación, a pesar de las células de contacto patrocinadas por la ONU. Pero este inmenso esfuerzo privado no podía sustituir la responsabilidad de los Estados occidentales, los únicos que disponen de medios logísticos para enfrentarse a catástrofes humanitarias de estas proporciones, como puso de relieve algo tan elemental como el mantenimiento del orden público en los campos de refugiados, amenazados por los chantajes de las FAR.

Las epidemias, que con gran dificultad empezaron a controlarse a mediados de agosto, y la derrota política y militar del MNRDD empezaron a actuar en sentido contrario, empujando a miles de refugiados a volver a sus casas en Ruanda. Las primeras declaraciones del nuevo Gobierno de Kigali, asegurando que se haría justicia sumaria a los responsables de las matanzas, cuyo número se cifraba en unas 20.000 personas, provocó una nueva campaña de intoxicación de la Radio de las Mil Colinas y algunos medios de comunicación franceses. El Gobierno de Kigali tuvo que puntualizar rápidamente sus declaraciones en el sentido de que en ningún caso habría represalias del FPR contra los campesinos hutus, pero que la impunidad del asesinato de más de un millón de personas —el 50% de la minoría tutsi y el 80% de la élite intelectual del país— no podía ser la primera piedra del nuevo Estado ruandés. Cuando el 1 de agosto Butros Ghali anunció la formación de una Comisión de Expertos africanos para analizar el genocidio, el Gobierno de Kigali dio su apoyo a esta iniciativa e invitó a que se desplazaran a Ruanda observadores internacionales.

La vuelta a Ruanda puede provocar, sin embargo, tantas víctimas como la huida. El país está totalmente devastado. No se podrán recoger cosechas este año y las reservas del Banco Nacional están en manos del MNRDD, con las que sigue pagando a las FAR. Kigali, que hace tres meses tenía 400.000 habitantes, ahora sólo alberga a 40.000 personas. No existe administración alguna. Las autoridades locales hutus, principales responsables de las matanzas, no volverán. La única organización social real que queda en pie es el FPR, cuyos principales dirigentes han vivido la mayor parte de sus vidas en el exilio ugandés. La tarea de reconstrucción, siempre que no continúe la guerra con ataques periódicos de las FAR desde Zaire, parece ingente. Las ONGs han ido trasladando su centro de actividad hacia Kigali, para organizar puntos de apoyo en el camino de vuelta de los refugiados y construir con el FPR una red de distribución de la ayuda alimentaria, de la que dependerá la población para sobrevivir en los próximos años.

Falta por ver que ocurre el 22 de agosto tras la retirada de las tropas francesas de la “zona humanitaria segura”. El mando francés ha anunciado que otras 400.000 personas podrían huir hacia Zaire. Los diversos ofrecimientos del Gobierno de Kigali de enviar emisarios desarmados, protegidos por UNAMIR, para hablar con los refugiados, han sido rechazados por París hasta que la presión de EE UU, decididos a cooperar con el FPR, le han obligado a aceptar. La catástrofe ruandesa ha roto el débil equilibrio de toda la zona de los grandes lagos y la crisis política, las epidemias y el hambre pueden desbordarse en los campos abonados de Burundi y Zaire. Sería irónico que también llegase tarde la ONU, que a mediados de agosto no ha sido capaz de desplegar las tropas africanas de UNAMIR II, a prevenir esos posibles desastres.

¿Hay sitio en el nuevo orden mundial para el África subsahariana?

La explicación en términos étnicos de lo que ha ocurrido en Ruanda, alentada especialmente por los medios de comunicación franceses, ha vuelto a plantear si existirá un lugar bajo el sol en el futuro orden mundial para las poblaciones sobrantes del África subsahariana. Ruanda hoy, como ayer Angola, Mozambique,

Tchad o Somalia, y mañana quizás Burundi, Zaire o Ghana sólo existen en el pensamiento neoliberal, en sus variantes geopolítica o humanitaria, como un problema de orden público tribal en los márgenes del sistema internacional.

Para solucionar el problema, algunos analistas como Jim Hoagland piden una nueva división de África de acuerdo con las fronteras étnicas y lingüísticas. Se pondría así fin a una herencia colonial que parece seguir provocando periódicamente terribles guerras. Éste piadoso deseo, esconde la terrible lógica neoliberal que está provocando de verdad la catástrofe africana, que es el resultado no tanto de conflictos étnicos como del colapso del Estado poscolonial africano.

Los Estados de partido único nacidos de la descolonización han permitido durante décadas una redistribución clientelar primitiva de las rentas generadas por la explotación occidental de sus materias primas. Pero la reorientación exportadora de sus economías, forzada por los programas de ajuste estructural del Banco Mundial, a través de sucesivas revoluciones verdes —la única forma de generar plusvalías en economías agrícolas de subsistencia, tras la caída de los precios de las materias primas en los años 80—, ha terminado provocando una crisis alimentaria sin precedentes y una creciente deuda externa por las importaciones de alimentos, bienes de lujo y armas para unos Ejércitos que son el último mecanismo de control de las crisis sociales internas. El 88% de las exportaciones del África negra, excepción de Sudáfrica, están destinadas a cubrir el servicio de su deuda, que supera los 150.000 millones de dólares, equivalente a su PNB anual. África se ha convertido en una exportadora neta de capitales, por valor de 2,5 billones de dólares en los últimos cinco años.

En este escenario de pobreza, la burocracia y el Ejército acaban siendo los únicos sectores modernos (integrados en el mercado mundial), mientras que el resto de la sociedad vuelve a caer en la economía de subsistencia y las estructuras tribales. La única fuente de ingresos moderna es la corrupción gracias al monopolio del poder del Estado, que cae en manos de pequeñas élites cuya única base posible de apoyo social es tribal y que mantienen Ejércitos pagados y armados por las potencias occidentales. Es la crisis del Estado lo que está impidiendo el desarrollo de naciones multiculturales, pluriétnicas y democráticas en África.

Habrà que corregir, sin duda, algunas de las fronteras heredadas del colonialismo en África. El caso de Eritrea en Etiopía es un ejemplo de como la autodeterminación puede ser el punto de partida para reconstruir democráticamente el Estado. Sudán o Zaire quizás tengan que recorrer este camino. Pero el acceso a la nueva ciudadanía democrática sólo puede tener lugar en el marco de un Estado de derecho, y en la mayor parte de África exige romper con la opresiva estructura étnica de la tribu. En toda el África francófona ha surgido un movimiento popular de Conferencias Nacionales que buscan refundar el Estado en un nuevo constitucionalismo democrático. El ejemplo de la lucha del Congreso Nacional Africano de Sudáfrica es decisivo en este sentido.

Ruanda fue en su día un modelo a imitar de modernización neo-colonial sobre líneas étnicas. En 1959, las autoridades demócratacristianas belgas prepararon la descolonización apoyando una revuelta del campesinado hutu contra la monarquía feudal tutsi, que había sido hasta entonces su principal apoyo. La República hutu de Ruanda nació sobre el exilio de más de medio millón de tutsis, mientras que en

Burundi éstos mantenían su hegemonía a través de su control del Ejército. Pero el mito del "igualitarismo campesino hutu", en uno de los países donde la evangelización misionera ha sido más profunda, no soportó las nuevas contradicciones generadas por el mercado mundial.

Las cifras del *Informe sobre Desarrollo Humano* (1994) del PNUD son escalofriantes para toda el África subsahariana. En el caso de Ruanda, el número de calorías consumidas por habitante es el 62% de la media de la OCDE y representa solamente un 80% de las consideradas necesarias. El índice de seguridad alimenticia ha descendido un 16% en la última década y los actuales niveles de consumo exigen la importación anual de 19.000 toneladas métricas de cereales, lo que sólo es posible con una ayuda exterior de 12,3 millones de dólares.

Ruanda ha sido, al mismo tiempo, uno de los países en los que el modelo de sustitución del Estado por las ONGs en la sanidad y la educación, defendido por el Banco Mundial, ha tenido más éxito. La ayuda internacional cubría el 40% de los gastos sanitarios y las cifras globales de 1993 equivalían al 17,3% del PNB del país, 47 dólares per cápita al año. A pesar de ello, la caída vertiginosa en el subdesarrollo no ha podido ser frenada, sin hablar de índices de enfermedades como el SIDA (37,5 ‰) o la tuberculosis (260 ‰), que sitúan la esperanza media de vida en los 47 años. Semejante despliegue de desgracias no tiene otro objeto que el hacer comprender que cuando unos campesinos matan a machetazos a sus vecinos alegando motivos étnicos no es debido a su especial «salvajismo negro», sino a la locura que provoca la quiebra de todas las estructuras sociales y culturales como consecuencia de la pobreza.

Quizás la experiencia de Ruanda sirva para profundizar en un debate sobre el papel de las ONGs en este nuevo orden mundial. Su éxito en Ruanda en los últimos treinta años permitió una mejora mínima, pero suficiente de las condiciones de vida de las mujeres y una elevación de su tasa de fertilidad (8,5 por mujer en 1983), paralela a una reducción de la mortalidad infantil (del 150 ‰ al 111 ‰). El resultado: una explosión demográfica que hizo pasar a la población de 2,7 millones en 1960 a 7,5 millones en 1992. Las agencias especializadas de Naciones Unidas y las ONGs laicas, como OXFAM, intentaron impulsar un programa de anticonceptivos que fue boicoteado por las ONGs católicas, mayoritarias en Ruanda, y las autoridades tribales.

Se trata de un debate imprescindible porque la catástrofe de Ruanda esta desgraciadamente lejos de haber acabado y porque es sólo un eslabón mas de la profunda crisis que afecta a toda el África subsahariana, sometida durante esta larga noche a los caprichos de unos dirigentes autoritarios sin escrúpulos, a las terribles consecuencias del juego de intereses del apartheid sudafricano y a las pretensiones neocoloniales de la política exterior francesa.

12 de agosto de 1994

El difícil futuro del sandinismo

François Houtart

Del 20 al 22 de Mayo pasados, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) realizó su Congreso Extraordinario bajo el lema "por la unidad sandinista" y tras cuatro años de haber entregado el gobierno a Violeta Chamorro. ¿Cómo se expresa la alternativa rojinegra a través de sus distintas corrientes y cuáles son sus perspectivas en la actual situación política y social nicaragüense?

En 1990, el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) perdió las elecciones ante la Unión Nacional Opositora (UNO), agrupamiento heteróclito de partidos antagónicos, reunidos únicamente por su hospitalidad al sandinismo. El FSLN obtuvo entonces el 43% de los votos y aceptó pasar a la oposición.

Durante los cuatro años transcurridos desde las elecciones, el gobierno de Violeta Chamorro ha desarrollado una política neoliberal, inspirada, orientada, impuesta y financiada por los organismos financieros internacionales (Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial) y por el gobierno de Estados Unidos. Esta política se inscribe en la corriente internacional de recomposición capitalista contemporánea, pero también en el marco de la "normalización" de las relaciones políticas de Estados Unidos hacia América Central y el Caribe.

Los efectos de esta política han sido los ya habituales en el conjunto de los continentes del Sur. La producción local se ha derrumbado con la apertura de los mercados y el desempleo afecta al 55% de la población activa (más de 260 mil trabajadores perdieron su empleo entre 1990 y 1994); el Estado progresivamente es despojado de sus funciones económicas debido a las privatizaciones efectuadas a diestro y siniestro y a la cada vez menor capacidad de ofrecer un mínimo de seguridad social o de asegurar el mantenimiento de las instituciones educativas y de salud. Los bienes de consumo básicos se han encarecido; las divisas extranjeras sirven para importar bienes de lujo.

En resumen, en aras de la estabilización monetaria y del pago del servicio de la deuda, la pobreza aumenta de manera dramática y una minoría se enriquece. Entre 1990 y 1992, el ingreso per cápita disminuyó en un 10,9%. En el terreno político, la mayoría del poder progresivamente se ha pulverizado, los antiguos partidos adoptan nuevas formas y el Gobierno actual, considerándose como de *centro*, es atacado por la derecha populista cada vez más agresiva, representada por el Partido Liberal, con el alcalde de Managua, Arnoldo Alemán, a la cabeza. Tras las elecciones en la Costa Atlántica, dicho partido obtuvo la mayoría, seguido del FSLN y con una UNO en pleno derrumbe.

El Frente Sandinista poco ha podido hacer, tras la derrota de 1990, tras la derrota de 1990, para recuperar sus fuerzas. Según algunos sondeos, de realizarse elecciones hoy, obtendría el 23% de los votos y la investidura presidencial recaería

en Arnoldo Alemán. Todo ello es resultado de varios factores; en primer lugar, el desinterés por la política y el temor a volver a situaciones vividas durante los nueve años de "guerra de baja intensidad por la población".

Las divergencias en el FSLN

Pero los problemas internos del Frente también han jugado su papel en esta situación. Éstos son de tres tipos. El descrédito que sufren algunos dirigentes o miembros del partido, quienes después de las elecciones se habrían atribuido bienes del Estado o se habrían consagrado más a su enriquecimiento personal que a las preocupaciones políticas. El segundo tipo concierne a la falta de claridad en el liderazgo interno, con las abundantes ausencias prolongadas de miembros de la dirección por viajes al extranjero, en especial del secretario general; el tercer tipo se refiere a la existencia de posiciones divergentes sobre puntos importantes de la política nacional.

Lo fundamental es, evidentemente, la existencia en el Frente Sandinista de corrientes ideológicas muy diferentes. El Frente siempre ha reunido en su seno a grupos con orientaciones divergentes. Las tres corrientes revolucionarias originales, que se unieron, se separaron y se reunieron de nuevo durante la lucha revolucionaria, compartían sin duda cuestiones de estrategia de lucha, pero también tenían concepciones sociales relativamente diferentes.

Socialmente hablando, aunque los objetivos del FSLN representaban el reverso de los de la dictadura somocista, por incluir un programa de transformaciones sociales en favor de las mayorías, la dirigencia del movimiento estaba esencialmente compuesta por personas provenientes de las clases medias urbanas (pequeña burguesía) y por un cierto número de intelectuales y de militantes provenientes de la burguesía, que habían sabido adoptar una cierta distancia frente a los intereses de su clase.

El resultado de esta alianza dentro del Frente, que después de la victoria de 1979 se convierte en partido político que ejerce el poder, fue una política de recuperación de la identidad nacional, de reformas sociales (reforma agraria en particular), de programas en favor de los más pobres y de inversión en la salud y la educación. Pero la guerra transformó de manera progresiva la lógica de esta labor: la defensa prevaleció sobre el resto de tareas.

Por otra parte, los efectos combinados de la guerra y de la recomposición internacional del sistema económico llevaron al Gobierno sandinista a adoptar un cierto número de medidas de austeridad, anunciando el Programa de Ajuste Estructural de los años noventa. Esto produjo una decepción en algunos sectores de las clases subalternas, que se agregó a la desconfianza de los pequeños agricultores, quienes, contrariamente a los campesinos sin tierra, poco se beneficiaron de la reforma agraria sandinista.

Al paso de los años, eso produjo una nueva divergencia dentro del Frente. Una pequeña minoría, llamada del *centro*, se manifestó claramente en favor de medidas económicas liberales para relanzar la producción y por una alianza con el Gobierno de la UNO. Las otras dos corrientes, que agrupan a quienes se pronunciaron explícitamente en los documentos discutidos en el reciente Congreso, son más representativas de una realidad de fondo.

La primera corriente en el seno del FSLN, llamada Izquierda Democrática (o grupo Pikin Guerrero por el nombre del lugar donde se formó), afirma su solidaridad con los movimientos populares, la necesidad de una lucha inmediata y permanente y el énfasis en valores de justicia, denuncia y radicalidad.

En su introducción, el documento de esta corriente define al FSLN como un partido revolucionario que propone a toda la sociedad nicaragüense construir progresivamente un socialismo humanista, donde el Estado de derecho iría a la par con la democracia económica y donde las organizaciones populares tendrían una participación real en el ejercicio del poder político y económico de la nación.

El documento considera que los pobres y los desempleados, que constituyen la mayoría de la población, deben ser el centro de las preocupaciones del partido. En el terreno económico, el grupo condena el liberalismo y el neoliberalismo y se declara por el respeto de la propiedad pública y privada, por la democracia de la propiedad y por la consolidación de la propiedad social.

El documento subraya que el partido debe emprender la creación y el desarrollo democrático del poder local, municipal, territorial o social sin exclusiones de ningún tipo. En cuanto al ejército y la policía, señala que deben respetar los derechos humanos y someterse a las leyes de la República y la Constitución. Entre las funciones del FSLN, está escrito en el documento que debe respetar y reforzar democráticamente las instituciones y los valores políticos más representativos de la cultura nacional: la honestidad administrativa, el sufragio universal, la división de poderes, la soberanía y la independencia nacionales. El partido debe respetar a todos los sectores de la nación que luchan por la paz, la estabilidad, la seguridad y los derechos políticos de todos los ciudadanos. El FSLN debe impulsar el consenso entre sus miembros, el diálogo y la discusión para resolver los problemas internos. Finalmente el documento estipula que la renovación, el cambio y la democracia interna son elementos indispensables para la consolidación del partido **1**.

La segunda corriente, formada en torno a una declaración que firmaron diversas personalidades, pone el acento en la eficacia de las medidas económicas, el carácter democrático de los procesos, los derechos humanos y la colaboración con las otras formaciones políticas. Esta tendencia se llama "Por un Sandinismo de las Mayorías".

Declara que el FSLN no es ajeno a la crisis nacional y que no es sino reconociéndolo como podrá hacer aportaciones para su solución. Proclama que el FSLN debe ser un partido abierto, con estructuras flexibles, realmente democrático; que los dirigentes deben responder por sus actos frente a sus electores y sin caudillismos de ninguna especie. Aboga por el abandono de las actitudes sectarias y exclusionistas y hace un llamado a todos los simpatizantes a que se reagrupen en las filas del partido para convertirlo en el "partido de la mayoría".

El documento de esta segunda corriente rechaza de manera categórica la lucha armada y los actos violentos, precisando que es el momento de condenar esos métodos y que se debe hacer de manera clara: "no se puede decir una

1/ FSLN núm. 37-38, febrero- marzo- abril 1994, París

cosa y por atrás hacer otra diferente”; se busca así ganar la confianza de la mayoría de la población que espera del FSLN un discurso político que vaya acompañado de una práctica consecuente. Los firmantes proclaman su respeto por la propiedad privada y por todas las formas legítimas de propiedad: comunal, social, cooperativa, y condena toda forma de expropiación. El documento realiza una autocrítica del comportamiento del FSLN durante su gobierno, aunque reconociendo en todo momento las conquistas surgidas de la revolución, lo que no le impide concluir: “hemos cometido graves errores de concepción y de acción política que han dividido a la sociedad y que al final nos han hecho perder el poder”. Los firmantes condenan el neoliberalismo y critican al Gobierno por haber aceptado las decisiones impuestas por los organismos internacionales: “si es verdad que no ha funcionado el dogma según el cual todo debe estar en manos del Estado, tampoco lo ha hecho el que dice que todo debe ser privatizado”. El documento concluye afirmando que para ganar las elecciones de 1996, la unidad del sandinismo debe ser preservada /2.

La polarización antes del Congreso

Al aproximarse el congreso, las dos corrientes endurecieron sus posturas y se enfrentaron a través de los medios de comunicación. La primera adoptó a Daniel Ortega como su símbolo representativo, aunque éste no se integró explícitamente en el grupo. La segunda se aglutinó en torno a Sergio Ramírez, que había tomado la iniciativa de formarla y que en varias ocasiones, principalmente en su papel de jefe del grupo parlamentario sandinista, se había enfrentado a Daniel. De una y otra parte, los argumentos utilizados se caracterizaron frecuentemente por la emoción cuando no por la injuria. La tendencia Izquierda Democrática era acusada de dogmatismo, autoritarismo, verticalismo y manipulación de los medios de opinión. Por un Sandinismo de las Mayorías fue calificada de socialdemócrata, burguesa, grupo de intelectuales, desviacionistas de derechas...

Más allá de esos calificativos, en realidad aparecía una clara diferencia en cuanto a sus referentes de clase. No hay duda de que la primera tendencia representa a las corrientes populares organizadas y que su líder posee un capital de confianza en esos sectores. Es igualmente innegable que la segunda se apoya sobre todo en sectores de la clase media acomodada y en elementos de la burguesía que han optado por el Frente. Sin embargo, no se pueden simplificar las cosas. En el plano personal y subjetivo, las posiciones a veces se entrecruzan. Algunos miembros del FSLN, originarios de los sectores populares e incluso dirigentes de movimientos sociales, como el movimiento comunal, se identifican con la corriente Por un Sandinismo de las Mayorías y, por el contrario, algunas personas de origen burgués están firmemente comprometidas con la Izquierda Democrática.

Una encuesta realizada en el seno de la Asamblea de Profesionistas y Técnicos cercanos al Sandinismo, efectuada días antes del Congreso, mostró que más de dos

2/ *Ibid.*

tercios se pronunciaban a favor de los candidatos de la corriente Por un Sandinismo de las Mayorías. No hay duda de que en las organizaciones sindicales o en las cooperativas agrícolas, las opiniones se dirigen mayoritariamente en sentido opuesto.

Un Congreso por la Unidad

A pesar de la reanimación de los símbolos sandinistas (referencias históricas, canciones de Carlos Mejía Godoy), el congreso se abrió en un clima de tensión. Varias reformas importantes obtuvieron la aprobación casi unánime. La primera, que se orienta hacia una mayor democracia, fue la adopción de una cuota mínima de 50% de miembros de la Asamblea Sandinista, directamente elegidos por las regiones; los otros fueron electos por el Congreso sobre una base nacional. La segunda medida fue la decisión de incluir un mínimo de 30% de mujeres en el seno de todas las instancias del partido.

La mayoría de miembros del Frente, e incluso de su dirección, no se han caracterizado siempre por un nivel de análisis muy profundo; al contrario, las coyunturas particulares de la lucha generalmente los encontraron rebasados por las situaciones. Pero en la coyuntura actual, eso puede tener consecuencias muy serias. ¿No hemos visto a Humberto Ortega, jefe del Ejército Sandinista y hermano del ex presidente, defender el orden, contra las reivindicaciones sociales o estudiantiles, arguyendo que podrían constituir un obstáculo para las inversiones de las multinacionales?

Días antes de la realización del Congreso, el comandante Víctor Tirado, miembro de la Dirección Nacional, afirmó, en un artículo del periódico *Barricada*, que frente a la evolución económica mundial, era necesario integrarse en el sistema capitalista existente, tratando de humanizarlo. En el documento político presentado al Congreso, se propone que en el marco de un Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos y América Central (y particularmente Nicaragua), se atienda la igualdad de las ventajas para las dos partes, sin que se aporte una visión crítica en torno a lo que tal tratado significaría en la recomposición de las fuerzas económicas del continente. Por su parte Tomás Borge, líder histórico del Frente, acaba de publicar una obra biográfica particularmente elogiosa del presidente mexicano Salinas de Gortari, personaje muy cuestionado por la izquierda de su país y de América Latina a causa de sus posiciones neoliberales.

En la práctica, lo que alguno llaman el “gobierno” con Violeta Chamorro no ha sido sólo un mito. El argumento —utilizado por algunos miembros del Frente, y en la izquierda europea— es cerrar el paso a la derecha reforzando una posición de centro. Es muy lógico que esta tendencia se manifestará sobre todo entre los sandinistas que ejercen funciones parlamentarias, con Sergio Ramírez a la cabeza.

En ese contexto de diferencias se abrió en Managua el Congreso Extraordinario del FSLN, “Por la Unidad Sandinista”. El estudio de la composición del Congreso ofrece también algunas enseñanzas para precisar el análisis. La distribución de los participantes según las profesiones y nivel de educación se presenta en el cuadro 1.

CUADRO 1
Composición social
del Congreso Sandinista (1994)

Obreros urbanos	2,5%
Obreros agrícolas	1,1%
Empleados del sector público	28,8%
Empleados del sector privado	19,4%
Agricultores	8,4%
Campesinos cooperativistas	5,0%
Comerciantes	9,9%
Empresarios y artesanos	1,6%
Desempleados	10,6%
Estudiantes	4,7%
Amas de casa	0,5%
Militares	7,4%

Si se considera de manera estricta a los obreros y campesinos pobres, el porcentaje alcanza 8,6%, a los que se debe agregar quizás algunos pequeños agricultores y pequeños comerciantes. Eso significa que las clases bajas representan cerca del 10% del total. Por el contrario, el sector público a pesar de su drástica reducción de efectivos a partir de 1990, representan el 36,2%. A ellos se debe agregar muy probablemente una buena parte del 10,6% de desempleados y cierto porcentaje de estudiantes (jóvenes desempleados que reanudan sus estudios). Así no se quedan lejos del 45%. Si se suman los empleados del sector privado (el conjunto de los dos sectores representa 48,2% de los miembros del Congreso) y a los comerciantes y empresarios, para formar lo que se podría llamar clase media, se alcanza más de tres cuartas partes del Congreso; por su parte los miembros de la burguesía propiamente dicha pueden ser estimados en cerca del 2%.

CUADRO 2
Composición del Congreso Sandinista
según niveles de estudio (1994)

Alfabetización primaria	11,1%
Secundaria	41,9%
Educación y técnica	4,0%
Universidad	39,9%
Otros	3,1%

Son los niveles secundario y universitario los que dominan el panorama escolar de los miembros del Congreso, como se ve en el cuadro 2. Si a los secundarios se agregan los de estudios medios y a los universitarios los de estudios técnicos superiores se llega, respectivamente, al 43,3 y al 41,8%. Tal situación es claramente el fruto de diez años de sandinismo, que privilegió la enseñanza, aun si los niveles de calidad no alcanzaban siempre las normas internacionales. Se confirman así las cifras sobre la composición social, es decir, el predominio de un nivel social medio, con una tasa de escolaridad elevada, frente a una población donde las clases populares son mayoría y donde el nivel de educación está actualmente en retroceso, a causa de las políticas neoliberales. Pero se trata de una clase media baja económicamente muy vulnerable, en la que en general el origen popular es muy reciente.

La dimensión socio-cultural de las tendencias.

Ya hemos señalado la importancia del factor de pertenencia de clase en la orientación de las dos corrientes del Frente, aun si éste deba ser considerado como un factor de distinción y no como un determinante absoluto. Es también importante subrayar la dimensión cultural de este fenómeno.

Por una parte, Por un Sandinismo de las Mayorías pone por delante los valores que ya hemos citado de democracia, realismo, eficacia política, racionalidad y estabilidad. A ellos se agregan una serie de consideraciones ligadas al convencimiento de que el poder debe ir de la mano de la capacidad, que un cierto vocabulario es inadmisibles, que las formas de expresión social que implican desorden deben ser detenidas, que los conflictos se resuelven a través del diálogo, que la legitimidad de las instituciones es asegurada por su solidez jurídica.

Por su parte, en la Izquierda Democrática las referencias más frecuentes son muy concretas: la pobreza, el deterioro de la salud, la falta de trabajo, la destrucción, la expulsión de campesinos de sus tierras, el retroceso de la educación. El vocabulario es más radical y más dirigido contra las clases dirigentes del país, actualmente en el poder, que el imperialismo del Norte. En particular, las bases de esta corriente defienden el vocabulario tradicional del Frente, tal como "Dirección Nacional" para referirse al grupo ejecutivo, o el de "vanguardia" para definir el papel del partido. Las palabras tienen un valor simbólico muy fuerte para aquellos que desde abajo ven dualizarse la sociedad, siempre en desventaja para ellos, y que perciben que los medios de defenderse se diluyen. Hay, no obstante, un acuerdo muy general dentro de esta tendencia para darle otro contenido a los conceptos, principalmente al de vanguardia, redefinido como el hecho de estar en la punta de las luchas sociales y no tanto como el ejercicio de un liderazgo hegemónico. Para otros, la tradición verticalista del Frente, su voluntad afirmada en el pasado de manejar las organizaciones de la sociedad civil en función de los objetivos políticos, lleva a la reproducción de un vocabulario sospechoso.

Es verdad que la situación del Frente es compleja. Por una parte, aún si algunos no quieren reconocerlo, las divergencias de clases se acentúan en Nicaragua como fruto de la política neoliberal y afectan también al propio Frente. Por otra parte, la

tradicción del FSLN ha sido unificar en torno a un proyecto social y político a favor de las mayorías a los representantes de diversas clases sociales, en una política nacional y social basada en un cierto número de compromisos entre intereses divergentes. Las divergencias actuales entre las corrientes son en gran medida expresión de esta contradicción.

Cara al futuro, el realismo político exige evidentemente alianzas. Como en otros países, podrían realizarse entre partidos diferentes y es probable que para las elecciones de 1996 el Frente deberá, de cualquier forma, pensar en este tipo de fórmulas. Pero, en el caso de Nicaragua, el FSLN representa ya una alianza y, en la conyuntura histórica del país, es probable que valga más continuarla que romperla. En efecto, si la tendencia Izquierda Democrática goza del apoyo de las bases, no hay duda de que la otra tendencia dispone de un mayor número de especialistas, intelectuales y administradores. Si Por un Sandinismo de las Mayorías obtuviera la mayoría ¿podría evitarse el destino del PRI mexicano? Si Izquierda Democrática se queda sola dentro del Frente, ¿el partido no corre el riesgo de aislarse en torno a posiciones más claras ideológicamente hablando, pero poco eficaces en relación con el estado de la opinión pública? Una opinión pública dominada culturalmente por la simbología de la clase media, como resultado del individualismo promovido por las políticas económicas y por la necesidad de desarrollar estrategias de supervivencia. La polarización se aventura por la gran desigualdad que existe en los niveles de consumo y una parte de los sectores populares puede apoyar aventuras populistas de tipo autoritario, a cambio de ver satisfechas sus necesidades inmediatas.

Diversos niveles de análisis

De ahí la necesidad de distinguir varios planos de análisis, si se quiere ser objetivo frente a los incidentes que marcaron el Congreso. El primero y más fundamental es el del análisis político, que no puede separarse de su contexto socio-económico. Las dos tendencias de las que hemos hablado, y que se polarizaron en el curso del Congreso llamado "de la unidad", corresponden realmente a posiciones de clase, dentro de un movimiento que se reclama progresista. Aun en una sociedad no industrial, como la de Nicaragua, las políticas neoliberales, entre otras bajo la forma del ESAF (incremento de las facilidades para el ajuste estructural) puestas en marcha por el FMI acentúan las diferencias y las contradicciones sociales. Se trata siempre de la misma lógica, que aísla los fenómenos macroeconómicos de su contexto social y que trata, frente al desastre, de parchear los huecos.

Las concepciones políticas que dividen al Frente no representan polos opuestos que representan las opciones neoliberal y socialista. Se trata más bien de opciones diferenciadas pero dentro de un mismo proyecto de transformación social. Es claro que quienes disponen de un cierto nivel económico y social, adquirido hace tiempo o recientemente, tienen la tendencia a querer reproducirlo, para ellos y para las generaciones futuras, sobre todo cuando la euforia revolucionaria ha pasado y más aún cuando la pérdida del poder y la recomposición del campo económico parecen hacer del proyecto liberal una circunstancia mundial de larga duración.

Las prácticas de la vida cotidiana, las relaciones dentro de la clase, tanto con las

personas no sandinistas como con las de la propia familia, la cultura y los intereses intelectuales, las instituciones escolares para niños, una tendencia demasiado exclusivista, el tiempo libre, los contactos internacionales, el nivel de consumo y el rango a mantener en una sociedad o los símbolos de status están más que nunca ligados a la posesión de bienes materiales ostensibles y todo ello termina por desdibujar las concepciones políticas. De hecho, para muchos, el mundo de los campesinos o de los pobres de las ciudades se reduce a una abstracción, a pesar de estar presente en todos los semáforos con los niños vendedores ambulantes o por los sirvientes de uniforme en las casas. Tal situación es ante todo un hecho social de la que los individuos difícilmente pueden distanciarse.

Las preocupaciones de los más pobres se ubican en un terreno completamente diferente: la supervivencia cotidiana, el crédito para los pequeños campesinos y cooperativistas, los dispensarios sin medicamentos, la violencia familiar que se incrementa por las condiciones de vida que se degradan; el desempleo que se generaliza. En ciertas regiones, estas preocupaciones son el hambre, los niños que comen raíces. El mundo político aparece muy lejano y las medidas de ajuste impactan de frente a los intereses populares más vitales, aunque para otros estas medidas tengan la ventaja de restablecer ciertos equilibrios macroeconómicos.

Los campesinos cooperativistas que ven que sus tierras son recuperadas por los antiguos propietarios —exiliados durante el Gobierno sandinista por ser partidarios de Somoza— están listos a ocupar las tierras y resistir por la fuerza, aunque en Managua los políticos —incluidos eventualmente los sandinistas— propongan el diálogo y alerten contra la violencia. La pérdida de empleos ligadas a las medidas de austeridad, lleva a algunos sectores obreros a recurrir a formas de lucha social que en ocasiones desembocan en violencia. Quienes estiman que es ilegítimo e inaceptable esta forma de lucha, concentran su atención más en los medios que en las causas, y pertenecen generalmente a otras clases sociales. En los conflictos sociales, las víctimas siempre son los pobres. En resumen, son diferentes referentes, diferentes culturas, diferentes visiones del mundo, diferentes prácticas, las que se encuentran en la base de las divergencias reales.

Sin duda, no son directamente las clases subalternas las que actúan en la política formal. Con algunas excepciones, ¿cómo podrían hacerlo? y, sin embargo, forman la mayoría de la población. Es verdad que su escepticismo frente a la política es profundo. Muchos habían creído en la revolución sandinista y hoy, cuando la ausencia de poder ha dejado el campo abierto a los políticos, ellos son las víctimas. Algunos han visto con resentimiento a aquellos dirigentes sandinistas, civiles y militares que se apropiaron de bienes colectivos o que se beneficiaron de su pertenencia o cercanía a las clases poseedoras para crear las condiciones de su reproducción material y cultural, mientras que las mayorías se hunden en la miseria. Pero la revolución sandinista no ha visto extinguirse todas las esperanzas. Existe un sector popular para el que el sandinismo representa la única alternativa creíble y una franja importante está lista para reavivar la llama revolucionaria en momentos esencialmente emotivos, como, por ejemplo, una campaña electoral.

Y ahí se plantea de nuevo el problema de la violencia. Para algunos es violento todo lo que turbe el orden social. Evidentemente, ésa no es la concepción de los

pobres de Nicaragua, que sin duda pueden ser rudos en sus reacciones, poco matizados en su lenguaje y en sus expresiones simbólicas, y poco cordiales en sus relaciones, pero saben que son ellos los que sufren la mayoría de las brutalidades. En cuanto a la violencia de la guerra interior, otra vez alimentada y ampliamente fomentada por las fuerzas externas, los sectores populares no la quieren vivir nuevamente y están listos a aceptar todos los compromisos políticos que la impidan. Ese sentimiento se manifestó en las elecciones de 1990. Fue también el caso reciente de El Salvador, a pesar de las diferencias; y la ignorancia de ese hecho es uno de los mayores errores políticos de un movimiento como Sendero Luminoso en Perú. Nadie en Nicaragua quiere esa violencia que, no obstante, ha continuado de manera esporádica en algunas regiones, y a la que el documento de Por un Sandinismo de las Mayorías alude. En la actual coyuntura, esa violencia no tiene sentido.

Decir que en el seno del Congreso la tendencia Izquierda Democrática estuvo principalmente compuesta por elementos de los sectores populares que hemos descrito sería una falacia. Es fácil señalar con el dedo a quienes se reclaman de esa tendencia pero que no tienen nada en común, ni en su estilo de vida, ni en algunas declaraciones, con los intereses y la cultura de los pobres. Pero ahí no se ubica el problema del análisis político.

En efecto, lo que se requiere saber es si el proyecto político responde a las necesidades reales de las clases subalternas, tal como existen objetivamente en la Nicaragua de hoy. Sólo una postura radicalmente crítica del neoliberalismo y de sus aplicaciones concretas puede responder a ese imperativo. Sólo un apoyo a las luchas populares realmente existentes, sin manipularlas, dándoles una dimensión política, puede reflejar fielmente los intereses de esos grupos sociales. Sólo la propuesta de alternativas democráticas y populares al modelo económico actual puede conducir a cambios adecuados.

¿Las posiciones de las dos tendencias son contradictorias en este punto? Sí y no. Sí en la medida en que representan más que un problema de sensibilidad. Ya hemos dicho que existía un componente de clase, que las hace de cierta manera incompatibles. Pero se puede decir también que no, en la medida en que en la situación actual pueden darse convergencias, ya sea porque un proyecto nacional es necesariamente antiimperialista o porque posiciones comunes pueden ser redefinidas, por ejemplo, en lo referente al reconocimiento legal de la propiedad de aquellos que han recibido tierras o parcelas de terreno para construir, gracias a las reformas sandinistas, o en lo relativo a la salud, la educación o algunas medidas económicas.

Sin embargo, para que dichas posiciones pueden ser compatibles dentro de un único y mismo partido, es necesario que la segunda tendencia, ligada cultural y materialmente a sectores burgueses o de clase media acomodada, esté al servicio de los intereses directos de las masas populares, cuya expresión política debe ser predominante. De lo contrario, cada vez más se utilizará la fuerza social de las masas para la reproducción de otras clases e incluso puede llegarse a su manipulación por el nuevo modelo de acumulación mundializado. El ejemplo del PRI en México es suficientemente claro; el de la Democracia Cristiana en El Salvador, Ecuador o Chile no es menos edificante. Más recientemente aún, la

evolución de Joaquín Villalobos y su tendencia dentro del FMLN salvadoreño, muy parecida a la de Por un Sandinismo de las Mayorías de Nicaragua, muestran una orientación semejante.

Las tendencias en las nuevas estructuras del Frente

Si sólo se tratara de problemas internos del FSLN, relativos a métodos de acción política o de personalidades incompatibles, se podría creer que una dosis de autocrítica y de buena voluntad lograrían resolver fácilmente los problemas. Pero las diferencias son más profundas y de hecho el curso del Congreso estuvo dominado por esta realidad. En el momento de la elección para la Asamblea Sandinista, las listas que circulaban de unos y otros solamente incluían nombres de su propia tendencia. Varios candidatos de Por un Sandinismo de las Mayorías no fueron reelectos, entre ellos personalidades de prestigio, como Ernesto Cardenal, por ejemplo. Otros fueron descartados en función del 30% acordado para mujeres. La nueva Asamblea se forma con cerca de 70% de nuevos miembros; 65% de los electos pertenecen a la tendencia Izquierda Democrática y 35% a Por un Sandinismo de las Mayorías.

Para la elección de la Dirección Nacional, el comandante, Henry Ruiz (personalidad con una gran autoridad en el Frente) había presentado una lista de 21 miembros, que incluía a todas las tendencias. Además del hecho de que tal número era poco realista, Henry Ruiz también presentó su candidatura al puesto de secretario general. Lo que lo convertía automáticamente en adversario de Daniel Ortega, apoyado por el grupo de Segio Ramírez. Rechazó hasta el final todos los ofrecimientos de pacto, incluido el que lo proponía como secretario general adjunto. En cuanto a Tomás Borge, el único saludado por el Congreso como líder histórico, en el momento en que se le propuso como presidente del Frente, los votos se dividieron exactamente a la mitad, por lo que declinó el ofrecimiento.

La elección de la Dirección Nacional, que se elevó en número de 9 a 15, para asegurar la presencia de las dos tendencias y también el 30% de mujeres, dio una proporción muy parecida a la de la Asamblea Sandinista **3**. Pero la sorpresa se produjo cuando Sergio Ramírez no fue elegido, lo que aparentemente nadie esperaba. Lo cierto es que las listas de los partidarios de Daniel Ortega que circulaban de manera oficiosa no incluían el nombre de Sergio Ramírez, pero lo contrario se verifica también del otro lado. El problema era que la primera tendencia era mayoría. Es evidente que otras medidas deberían haber sido adoptadas si se quería asegurar la presencia de Ramírez, pero es probable que nadie haya pensado que la situación se presentaría **4**.

3/ Hubo varias sorpresas, principalmente la importante votación que recibió Bayardo Arce, que muchos daban por excluido de antemano y que obtuvo un resultado muy elevado, probablemente a causa de sus intervenciones muy brillantes durante el Congreso. Lo mismo sucedió con Víctor Tirado, el comandante de origen mexicano y partidario de un capitalismo "civilizado", pero muy cercano, de manera activa, al movimiento campesino. En cuanto a Jaime Whelock, que estudia actualmente en Harvard, no fue candidato.

4/ Tomás Borge había votado por Sergio Ramírez, pero su voto fue anulado, pues él señaló un número elevado de nombres en la lista (47 en lugar de 45). Fueron pocos los votos que faltaron para que Segio Ramírez fuera electo.

Los puestos principales en la dirección fueron también designados por voto: Daniel Ortega, como secretario general; Tomás Borge, como secretario adjunto; y René Núñez, antiguo secretario del partido, como tesorero. Una semana más tarde, la Asamblea Sandinista eligió las otras funciones: Mónica Baltodano, para la organización del partido; Víctor Hugo Tinoco, para las relaciones internacionales; y Lumberto Campbell (de la Costa Atlántica) para las tareas de formación. En resumen, un monopolio absoluto de estos puestos por parte de Izquierda Democrática.

Es necesario agregar que los dos diarios cercanos al Frente son dirigidos por partidarios de Por un Sandinismo de las Mayorías. Por el contrario, las dos radiodifusoras de largo alcance: *Já* y la *Primerísima*, son favorables a Izquierda Democrática. Todo ello entra en la lógica explicada anteriormente de las divergencias: la radio tiene una audiencia popular mucho más amplia que los diarios. Es difícil pensar que las divergencias puedan ser saldadas en tales circunstancias. Varias personalidades externas tratan de asegurar una mediación. Aunque el Frente se mantiene como una formación política unida, las tensiones internas corren el riesgo de paralizar su acción y llevarlo en el corto plazo a ser políticamente menos eficaz. Por otra parte, si el Frente se escinde, el balance político puede ser también negativo.

Eso plantea una serie de problemas teóricos que Antonio Gramsci señaló ya en sus análisis de la política italiana del período de entreguerras. El papel de los intelectuales y su origen de clase, sin ser completamente determinante, juega sin embargo de manera importante en el caso de Nicaragua, como también en otras situaciones de América Latina.

Pero existe también la cuestión del Estado, que en Nicaragua está en plena recomposición a favor de los intereses de la burguesía, sobre todo una burguesía compradora, financiera o comercial, como intermediaria con el exterior. Algunos sandinistas, originarios de esta clase, liberales demócratas, que lucharon contra el somocismo y con fuertes simpatías populares, encuentran difícil no entrar en este juego de recomposición del Estado, aun si estiman que su deber es ejercer una función de freno. Se debe agregar que son elementos competentes y que ejercieron funciones dirigentes del Estado durante los años de poder sandinista. El que se inclinen por la idea de una eficacia política, más que por la de una radicalidad social, entra también en la lógica de conjunto.

Hay que añadir a esto la orientación del Ejército, muy reducido numéricamente, pero que en su proceso de institucionalización como Ejército nacional profesional, se define cada vez más como garante del orden, sin discutir el contenido de ese orden. En numerosas declaraciones del general Humberto Ortega —cuyo mandato ha sido garantizado hasta febrero de 1995—, esto es muy claro. La lógica institucional ha dominado al Ejército que, para asegurar su reproducción en la nueva sociedad, ha entrado en la lógica del orden, tratando en todo momento de mantener una cierta protección para el Frente y sus partidarios dentro de la nación.

En el plano político nacional, es bueno notar que Antonio Lacayo, el actual ministro de la Presidencia, parece inclinarse a reunir en su entorno y quizá en el futuro como candidato presidencial, a fuerzas de centro, ámbito al que se han aproximado claramente elementos del FSLN. Por lo respecta al movimiento

Convergencia Democrática, lanzado por Alejandro Serrano, rector de la Universidad Nacional, no se trata de un partido, pero reúne a personalidades de horizontes diversos, teniendo como objetivo tratar de encontrar soluciones comunes para sacar al país de su actual polarización. Señalemos finalmente que el Cardenal Ovando y Bravo, el personaje más conocido en el país según los sondeos, no esconde su apoyo a la derecha, la representada por el alcalde de Managua, criticando tanto al Frente como al Gobierno de Violeta Chamorro.

Para concluir, parece evidente que para una eficacia política, es decir, para asegurar una participación en el poder, el Frente debe o bien restaurar su unidad, o bien prever alianzas con fuerzas políticas progresistas organizadas en formaciones específicas. Igualmente, si la coyuntura actual perdura, es posible que deba establecer otras alianzas para las elecciones de 1996. Si logra mantener su unidad y si el Frente quiere seguir siendo la expresión de las masas populares, no puede hacerlo sacrificando sus intereses, lo que exige que los miembros de la organización que pertenecen a otras clases sociales reconozcan la prioridad de los intereses populares. Sólo volcándose hacia el exterior, sobre los problemas de la sociedad nicaragüense –más allá de querellas de personas y de maniobras procesales– podrá el FSLN encontrar un nuevo aliento.

INPRECOR (edición América Latina) nº 43/ Julio de 1994/ México



¡Al fin libres!

Patrick Bond

“Han hecho ustedes tal demostración de calma, de paciencia en su determinación de reivindicar este país como suyo y de tal alegría que pueden gritar hoy al cielo abierto: al fin libres!”. Estas fueron las optimistas palabras de Nelson Mandela, tras conocer los resultados de las elecciones de abril de 1994.

En los días que siguieron a las elecciones, pocos militantes del Congreso Nacional Africano (CNA) se preocupaban del carácter semi-liberal de un Gobierno que cuenta entre sus ministros con una pléthora de figuras de la nueva oposición, en Interior, Finanzas y la dirección del Banco Nacional. Tampoco parecían preocupados por la espectacular confesión de alivio de Mandela porque el CNA no hubiera alcanzado el 67% requerido para reescribir por sí solo la actual Constitución de inspiración conservadora. Ni porque el CNA cerrara los ojos sobre el fraude electoral y el mercadeo de votos, que le hicieron pasar de los dos tercios al 63%. Ni por la inclinación moderada de los ministros del CNA o por la persistencia de la burocracia del apartheid hasta 1999, por lo menos. Ni por una Constitución que prevé un sistema muy federal, contrariamente a los llamamientos del CNA, cuando estaba en el exilio, a favor de un Estado unitario.

Queda sin embargo un cierto sentimiento de amargura en Kwazulu/Natal como consecuencia de las famosas averías logísticas de la maquinaria electoral. La Comisión electoral independiente fue considerada incompetente, incluso por los observadores más acérrimos, a causa de su incapacidad para impedir el fraude a gran escala. Claramente más inquietantes son las perspectivas de enfrentamientos con *Inkhata* —no sólo en Kwazulu, sino también en el East Rand (los alrededores de Johannesburgo)— y con los *afrikaners* partidarios de un *Volkstaat* (un Estado para los blancos), incluso si han quedado lejos de los 800.000 votos a que aspiraban. Sólo algunas decenas de militantes de extrema derecha han sido provisionalmente detenidos y se espera una nueva ola de atentados con bombas, de asesinatos y de actos de sabotaje en el caso en que la obtención de un *Volkstaat* les parezca fuera de su alcance.

Reina una gran confusión en la nueva Asamblea Nacional de El Cabo y en las nueve asambleas provinciales; la mayor parte de los nuevos electos parecen más preocupados por los sueldos a que tendrán derecho por el ejercicio de su cargo que por la prosecución de la lucha de liberación. El salario del presidente Mandela ha sido fijado en 400.000 rands (111.000 dólares) al año y los de los ministros en 300.000 rands. La formación de una pequeña burguesía, ya muy avanzada durante la campaña, no ha sido frenada por los meritorios esfuerzos por limitar los salarios.

“Nos hemos convertido en el partido mayoritario, sobre la base del contenido del Programa de Reconstrucción y de Desarrollo”, afirmaba Mandela en la inolvidable

noche de su investidura. Y añadía: “Este programa será la piedra angular, el fundamento sobre el que se basará el Gobierno de unidad nacional. Llamo a respetarlo a todos los dirigentes políticos que van a formar parte de él”.

Un golpe por sorpresa

El Programa de Reconstrucción y Desarrollo (PRD), con sus 147 páginas y los múltiples comentarios que ha suscitado en la prensa, sigue siendo poco conocido en sus detalles e implicaciones. *The Economist*, por ejemplo, señalaba con alegría que la mención al salario mínimo había sido excluida de él y que su financiación “dependía de los préstamos del Banco Mundial”. Incluso una lectura en diagonal probaría que no hay nada de eso. El propio Mandela ha afirmado a la prensa, tras las elecciones, que no había en el PRD “ni una sola palabra sobre las nacionalizaciones” (lo cual es falso) y que “ni una gota de ideología marxista” había inspirado en el documento (con lo cual muchos no estarían de acuerdo).

Para numerosos militantes del Partido Comunista (PCSA) las duras y gratuitas palabras de Mandela han constituido un golpe por sorpresa. Langa Zita, un joven dirigente de la izquierda del PCSA, reaccionó diciendo que “con estas palabras, Mandela se aislaba de una inmensa parte de la base del CNA”.

Esas declaraciones anticomunistas eran, sin duda, los últimos ecos de los esfuerzos desplegados la víspera de las elecciones para frenar una ola de huelgas salvajes, de ocupaciones de tierras y otras formas de acción de masas, esta vez no mediante el puño de hierro de las fuerzas de seguridad, sino más bien con los débiles ruegos del portavoz del PCSA, Joe Slovo, del antiguo dirigente de los mineros Cyril Ramaphosa y del Gobierno de transición. Como era previsible, las tentativas de apagar las brasas del descontento han fracasado. La función pública y las compañías mineras han sido el escenario de conflictos sociales a fines de abril y comienzos de mayo: los funcionarios retirados han reclamado el pago inmediato de sus pensiones y una huelga de 10.000 mineros del oro ha seguido a una manifestación de 8.000 mineros del platino. Como mostró el año pasado el rechazo por el Comité Nacional Ejecutivo del CNA al rechazar la propuesta de Mandela de reducir la edad del derecho de voto a los 14 años, el curso errático del nuevo presidente no es capaz de alterar la orientación de las tendencias de fondo de la lucha de liberación. De hecho, la izquierda posee, desde numerosos puntos de vista, más razones para el optimismo que los moderados del CNA respecto a la relación de fuerzas que existe entre este Gobierno y la sociedad civil en movimiento. Aunque desdecirse de posiciones progresistas es hoy moneda corriente por parte de pragmáticos como Trevor Manuel (hoy ministro de Comercio y de Industria) o Tito Mboweni (ministro de Trabajo), y también de altos dirigentes del CNA como su vicepresidente Thabo Mbeki o Ramaphosa.

La izquierda del CNA está representada por 3 personalidades independientes de primer orden, entre los 20 parlamentarios: Phallo Jordan, antiguo secretario general del COSATU, Jay Naidoo (ministro responsable del PRD) y el antiguo dirigente metalúrgico y dirigente comunitario, Moses Mayekiso. Los parlamentarios del PCSA son 16 de los 50 primeros del CNA, entre ellos Joe Slovo (ministro de Vivienda y de Asuntos Sociales), importantes miembros

obreros del partido como Blade Nzimande y Tnjiwe Mthintso, y sindicalistas como Sidney Mufumady (ministro de la Policía) y Chris Dlamani.

¿Sigue estando en la izquierda la izquierda del CNA? Slovo, autor del compromiso de Sunset Clause, que a fines de 1992 significó el fin de la política de acción de masas y la perennización de la burocracia blanca y masculina del apartheid, ha revelado claramente la moderación de sus reflexiones políticas, definiendo en un debate televisivo la revolución como “algo que va del pasado al futuro”. Otro indicador: el veterano del COSATU, Jeremy Baskins, que dirige el departamento de investigación y que ha escrito una historia del sindicato, promociona hoy el corporativismo y se lamenta de que el capital no esté suficientemente organizado para llevar a la práctica los acuerdos establecidos.

El deslizamiento hacia posiciones socialdemócratas de derecha de sectores en declive del PCSA soporta mal la confrontación con el radicalismo de los cuadros sindicales más avanzados y de la izquierda sindical.

Perfil socialdemócrata

Uno de los puntos conflictivos ha sido la cláusula sobre el derecho de los patronos a despedir a los huelguistas, que debería inscribirse en la nueva Constitución. Slovo excusó su apoyo a dicha cláusula ante una manifestación de trabajadores a fines de noviembre “cuando se viste de traje, camaradas, a veces se cambia de ideología”.

La estrategia posfordista promovida por los antiguos dirigentes obreristas del COSATU –predicando una integración acelerada en la economía mundial, la japonización de las relaciones de trabajo y el pacto social, entre otras cosas– es rechazada por los trabajadores de base (el automóvil, la metalurgia y la industria de papel, por ejemplo).

En lugar de esta estrategia, una corriente de izquierdas de la Alianza del Congreso defiende de forma matizada la realización de “reformas estructurales”. Así, más que aceptar la lógica del capital (David Lewis, la figura visible del posfordismo en la COSATU, llega incluso a querer imponer la lógica del capital a la atrasada y racista economía surafricana), Langa Zita propone “transferir ciertos sectores de la actividad económica de la mediación del mercado hacia la sociedad”. Retomando las palabras de un eminente miembro de la izquierda del COSATU, antiguo secretario general del Sindicato de la Salud y actualmente diputado, Philip Dexter, hay que “encontrar los medios de abrir alternativas al mercado capitalista; por ejemplo, dando marcha atrás a la mercantilización de ciertos recursos o servicios”.

Un procedimiento fructífero.

Para los sindicatos y las asociaciones cívicas de los miles de *townships* podría ser muy útil apoyarse en la lógica explícitamente no capitalista del PRD en materia de vivienda. El documento dice, en efecto, que “mecanismos (como los plazos obligatorios para la reventa o el reembolso de las subvenciones en caso de transferencia de propiedad) deben ser introducidos para impedir la especulación y

las tentativas de hacer caer artificialmente el precio de la tierra...". Dexter propone así "la posibilidad de un acceso asociativo a los recursos económicos. La vivienda, por ejemplo, podría ser adjudicada a través de asociaciones y ofrecida bajo forma de propiedad no-cedible". Zita plantea la propiedad colectiva de la tierra y la creación de bancos populares para el desarrollo. Mzwanele Mayekiso, un intelectual del movimiento de los derechos civiles, defiende la necesidad de un "tejido socialista" de iniciativas de desarrollo comunitarias centrado en las organizaciones populares.

Este planteamiento se inscribe muy bien, según Jeremy Cronin, un ideólogo del PCSA, en el propio PRD. Cronin ha hecho una contribución significativa al PRD, permitiendo, por lo que se refiere al capítulo "Democratizar el Estado y la sociedad", a los elementos radicales de la sociedad civil "comprometerse en el PRD como socialistas", comenzando por obtener un acceso a los recursos. El PRD promete que "los movimientos sociales y las organizaciones comunitarias tendrán una importancia central en los esfuerzos por democratizar y desarrollar nuestra sociedad. Hay que cuidar que se les proporcionen los medios para adaptarse a su nuevo papel. Será necesario igualmente actuar de forma que estas formaciones estén estructuradas en los lugares o los sectores en los que son débiles o inexistentes".

Como decía Moses Mayekiso a sus partidarios de la Organización Nacional de las Organizaciones Cívicas (SANCO): "Tenemos derecho a esperar subvenciones para nuestro trabajo de organización en la base. Cuidando, por supuesto, que eso no nos haga dependientes". SANCO, a pesar de una historia rica en luchas de masas, tiene a veces dificultades para escapar a una deriva corporativa comparable a la que atrae a los equipos dirigentes del COSATU, en un período en que sobrevivir es ya un éxito para una organización de masas.

Pero como otros movimientos sociales urbanos en las sociedades semiperiféricas, SANCO podría ser muy diferente como representante de un fenómeno asociativo significativo que establece un lazo entre, por un lado, los trabajadores urbanos, y, por el otro, los pobres de las ciudades y el campo. En el mundo entero, este tipo de estructura han demostrado ser un instrumento útil para oponerse a los programas de ajuste estructural neoliberales del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional.

Johannesburgo, 28 mayo 1994.

Traducción: Alberto Nadal

Historia de una izquierda.

Poul Funder Larsen y David Mandel

El conocimiento de la historia de la izquierda rusa desde la *perestroika* es indispensable para comprender su estado actual. El impacto real de la izquierda sobre la política no ha sido importante, incluso si sus manifestaciones y su evolución han sido variadas y complejas. Hemos intentado combinar un repaso histórico y elementos de análisis de los obstáculos para la adquisición por la izquierda democrática de una base social de masas, mas allá de los factores objetivos tratados en la primera parte de este estudio, publicada en *VIENTO SUR* nº15.

Sería incorrecto afirmar que el movimiento obrero y las diferentes organizaciones de izquierda aparecidas durante la *perestroika* se han desarrollado de forma completamente separada. A lo largo de los años, la izquierda ha hecho varias tentativas de tejer lazos con el movimiento obrero. Y, como consecuencia de la huelga de los mineros en 1989, éstas encontraron un éxito temporal. La izquierda, por ejemplo, contribuyó mucho a la fundación de la Confederación del Trabajo en mayo de 1990, incluso si ésta no llegó a despegar nunca. Luego, al margen de algunos reagrupamientos políticos regionales resueltamente orientados hacia los trabajadores (como la Asociación Socialista de los Clubs de Trabajadores en las regiones del Volga y del Ural, *Rabotchii*) y algunos grupos de intelectuales socialistas (los del Boletín sobre el Movimiento Obrero y Comité de Apoyo al Movimiento Obrero, KAS-KOR, de la región de Moscú), la mayoría de las organizaciones de izquierda abandonaron progresivamente los esfuerzos sistemáticos en dirección de los trabajadores.

Para que resulte más claro, disociamos las primeras etapas del desarrollo de la izquierda informal de las de la izquierda en el interior del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS). Sin embargo, estas corrientes han interactuado ampliamente, tanto a nivel de su dinámica política como en el terreno organizativo, dado que las estructuras del PCUS y de las Juventudes Comunistas (*Komsomol*) dieron a menudo un apoyo (político y a veces material) a numerosos grupos informales, cuyos miembros venían a menudo de estas estructuras.

La izquierda "informal"

Sin embargo, hasta 1991, la colaboración abierta y directa entre las estructuras informales y formales fue limitada, al temer las primeras ser manipuladas y desacreditadas, y al no desear las segundas animar potenciales competidores.

Muchos grupos de la izquierda informal hunden sus raíces en el período que precedió a la *perestroika*, cuando la insatisfacción con el régimen crecía en los círculos intelectuales. Cuando comenzó la *perestroika* en 1986-87, muchos de esos pequeños reagrupamientos tenían ya varios años de debates y a veces de

publicación de *samizdat* ^{1/} tras de sí. Por oscuras razones, su experiencia práctica de intervención política era casi inexistente y, cuando la liberalización permitió batallas políticas a cielo abierto, esta falta de experiencia era flagrante, sobre todo en la competencia con los giros tácticos del aparato del partido (la edad media en los clubs socialistas informales en 1986-87 era probablemente inferior a 25 años). La multitud de clubs y de corrientes que emergieron en esa época traducían un verdadero movimiento antiburocrático que, a pesar de sus límites, planteaba cuestiones políticas y sociales vitales en un terreno hasta entonces coto privado de las autoridades burocráticas o completamente despreciado.

La formación en agosto de 1987 de la Federación de Clubs Socialistas constituyó un avance importante para los socialistas democráticos informales. El Club de Iniciativa Social de Moscú jugó un papel central, dirigido por Boris Kagarlistsy, detenido en 1982 como dirigente de los jóvenes socialistas y Gleb Pavlovsky, un antiguo periodista de los *samizdat*. La Federación fue creada oficialmente para “consolidar el ala izquierda de la *perestroika*”, una formulación evidentemente destinada a calmar los temores de las autoridades, pero que reflejaba igualmente el perfil político de numerosos militantes informales de la primera hora. La declaración del congreso de fundación fue cuidadosamente redactada para evitar todo conflicto frontal, a la vez que indicaba las dos preocupaciones que dominarían las batallas políticas de la izquierda de los próximos años: la lucha por los derechos democráticos y la introducción de los mecanismos de mercado como reguladores de las relaciones económicas.

Si la Federación de Clubs Socialistas constituía un paso adelante, tanto desde el punto de vista de sus ambiciones organizativas como en términos de audiencia pública de la izquierda, se volvió rápidamente obsoleta, debido a su carácter ideológico y estructural amorfo, en un período de evoluciones y diferenciaciones políticas extremadamente rápidas. En menos de un año había desaparecido de la escena.

La era de los Frentes Populares

Cuando el “movimiento democrático” ganó fuerza, se crearon Frentes Populares, que unificaban a grupos y organizaciones heterogéneas de orientación democrática, en primer lugar en los centros provinciales (donde la escena política era menos dispersa) y finalmente en Moscú durante la primavera de 1988; los socialistas tuvieron en ello un papel motor. Estos Frentes Populares tenían programas democráticos, sociales y ecologistas característicos, que permitían unificar amplios sectores militantes. Pero fueron incapaces de superar su naturaleza de coaliciones de defensa de una versión radical de la *perestroika*. Por consiguiente, cuando la *perestroika* oficial entró en fase terminal, en el invierno de 1989-90, debido al fracaso de las reformas económicas, y comenzaron a dominar el debate político múltiples alternativas, sobre todo liberales, la base social de los Frentes Populares desapareció.

Incluso si las experiencias de los Frentes Populares varían de una región a otra,

^{1/} Los *samizdat* eran periódicos clandestinos redactados y difundidos por los opositores a la dictadura burocrática.

se pueden hacer observaciones generales sobre los problemas encontrados por la izquierda en ese tipo de coaliciones amplias. Las fuerzas implicadas en esos movimientos eran de naturaleza tan heterogénea, incluso contradictoria, que les era imposible desarrollar algo parecido a una plataforma o ideología política clara. Esto les limitó al mínimo común denominador, lo que, en la práctica, se resumía en obtener concesiones de los elementos más progresistas del aparato del partido. Como declaró Kagarlistsky, entonces importante dirigente del Frente Popular de Moscú, "somos realistas y no pedimos lo imposible. Formulamos reivindicaciones radicales, pero realizables". En cualquier caso, este movimiento manifestó un cierto radicalismo, y logró en varias ocasiones imponer debates políticos, sobre todo gracias a sus campañas temáticas, por ejemplo, sobre el medio ambiente o sobre el tratamiento veraz de la historia soviética.

La incoherencia política de los Frentes Populares explica igualmente su incapacidad para construir estructuras organizativas duraderas. Y, a pesar de un nivel importante, sobre todo en el contexto soviético, de militancia en la base, no hubo nunca control efectivo de los adherentes sobre los dirigentes. Así, cuando los vientos ideológicos y políticos giraron a favor del liberalismo, muchos de los dirigentes informales se alinearon con las fuerzas liberales que comenzaban a dominar el aparato del Estado, y a arrastrar con ellas porciones notables de sus organizaciones.

La sucesión rápida de los acontecimientos, las luchas internas permanentes en los Frentes Populares y su flujo organizativo continuo dejaron poco tiempo y energía a las corrientes socialistas para organizarse de forma eficaz. Así, aunque la Confederación de los Anarcosindicalistas haya contado con un millar de militantes y los Nuevos Socialistas varios centenares, estas dos corrientes no consiguieron plantear una alternativa real a los liberales en el momento del hundimiento de los Frentes Populares: no tenían ni estructura adecuada ni prensa regular.

El aislamiento de los "informales"

A pesar de las tentativas de unión con las nuevas organizaciones obreras, el movimiento informal quedó confinado a los círculos estudiantiles e intelectuales de los grandes centros urbanos. Los lazos establecidos con los mineros tras la huelga de 1989 fracasaron y la tentativa, sin embargo muy seria, de dar al movimiento informal una ala obrera creando una Asociación de Sindicatos Socialistas (*Sotsprof*) terminó con la expulsión de la izquierda de *Sotsprof* y el alineamiento total de su dirección nacional con los liberales.

Contrariamente al mito liberal de un enfrentamiento prolongado entre comunistas y demócratas, el proceso político real en el seno del PCUS fue mucho más complicado, y las relaciones entre los miembros del aparato del partido-Estado y el movimiento democrático fueron simbióticas en más de un terreno. En gran medida, fueron las iniciativas provenientes de la dirección del partido-Estado las que abrieron el espacio político para la emergencia del movimiento informal.

Cuando las organizaciones democráticas independientes se debilitaron o fueron absorbidas por Rusia Democrática, pro-Yeltsin, las discusiones sobre una alternativa socialista continuaron esencialmente en las corrientes opositoras del

PCUS, incluso si permanecieron en el marco impuesto por el aparato, que se consagraba, de boquilla, a la “renovación del socialismo”. El ala conservadora del aparato, ella misma muy heterogénea, llevó a cabo una campaña sobre la pretendida “iniciativa de Leningrado” a favor de un “Partido comunista ruso en el seno del PCUS”. Este movimiento, cuya reivindicación clave (un partido comunista ruso) era un anticipo de las tendencias nacionalistas que iban a dominar a continuación, era en gran medida un movimiento surgido en el interior del aparato, con bastiones en Leningrado y en algunos centros provinciales. Intentó organizar su propia base popular independiente, en el Frente Único de las Masas Trabajadoras, una organización conservadora que copió los métodos de los informales: mitines, campañas de peticiones, distribución de panfletos, etc.

Nostalgia y gusto por el pasado

Sin embargo, la oposición conservadora a pesar del apoyo real de que gozaba en el aparato del partido e incluso entre sectores de la base, no supo plantear un programa político, que intentó sustituir por la nostalgia del pasado y la promoción de valores como el estatismo y la “reconstrucción de la economía”. Esta orientación conservadora en el seno del PCUS condujo, tras la disolución de éste, a la constitución de lo que llamamos la izquierda nostálgica. Los liberales ridiculizaron esta oposición, por su carencia de programa concreto.

En los meses que precedieron al 28º Congreso del PCUS, en el verano de 1990, se formaron otras dos corrientes de oposición en el seno del partido: la Plataforma Democrática y la Plataforma Marxista. La primera reunía a los partidarios de una “*perestroika* radical”, desde los yeltsinianos a los socialistas, pasando por los socialdemócratas. La segunda fue fundada por universitarios marxistas de la Universidad de Moscú, pero fue rápidamente dominada por fuerzas más conservadoras.

Aunque la Plataforma Democrática se haya beneficiado del apoyo de decenas de miles de miembros del partido, sufrió los mismos problemas que el movimiento democrático informal. Sus textos estaban redactados en términos suficientemente vagos para conciliar todas las tendencias coexistentes en su seno. En su programa, la perspectiva de “transición hacia el socialismo democrático” coexistía con el llamamiento, eminentemente utópico, a transformar el PCUS, terriblemente burocratizado y osificado, “en un partido democrático moderno”. Tales contradicciones impedían a la Plataforma Democrática ser otra cosa que un club de discusión que reunía a los delegados de oposición antes del 28 Congreso del partido. Una vez que los principales dirigentes liberales de la Plataforma Democrática abandonaron el partido, su influencia declinó rápidamente.

La Plataforma Marxista marcó claramente sus distancias tanto respecto a los liberales que dominaban la Plataforma Democrática —que se presentaban siempre como “socialdemócratas”— como de los conservadores del partido. Proponía una vuelta al “marxismo clásico”. La mayor parte de los universitarios de izquierda del grupo no se habían adherido al partido más que a finales de los años 80. Antes de participar activamente en el movimiento de los clubs del partido de Moscú, habían animado actividades de enseñanza y de investigación en el marco de clubs de investigadores marxistas exteriores al partido.

Pero, poco después de la publicación de su manifiesto, la Plataforma Marxista recibió el refuerzo de numerosos militantes de origen diverso: militantes de base del partido, y también funcionarios intermedios que veían en ella una tribuna para su oposición conservadora a la dirección. Estos nuevos miembros reforzaban numéricamente la Plataforma Marxista, pero la hacían igualmente inoperante como instrumento para cristalizar una corriente marxista en el partido. Esto se confirmó plenamente cuando en agosto de 1991 una minoría significativa de la Plataforma apoyó el abortado golpe conservador. Luego se dividió.

La "izquierda" post-PCUS

Todas las organizaciones de orientación "comunista" nacidas de la disolución del PCUS reclutaron lo esencial de sus fuerzas entre la antigua oposición conservadora en su seno. Identificaban, en un grado u otro, el pasado burocrático con el socialismo, a la vez que reconocían que el sistema había sufrido deformaciones. Por otra parte, los socialistas democráticos del PCUS no consiguieron juntar fuerzas significativas tras su naufragio. Hubo varias razones para ello, siendo la principal que el PCUS era desde muchos puntos de vista, un microcosmos de la sociedad soviética, que había dejado de ser un partido vivo hacía cerca de seis decenios. Hasta la *perestroika* gorbachoviana, no podía ser acusado de la menor desviación democrática, estando prohibida cualquier actividad independiente en la base. Incluso cuando se relajó el dominio de la dirección sobre el partido, los militantes de base en su inmensa mayoría permanecieron pasivos. Según las estimaciones realizadas en aquél momento, de los 4.683 delegados del 28º Congreso del PCUS, la Plataforma Democrática reunía poco más de un centenar y la Plataforma Marxista solamente un puñado.

Los partidarios de las dos plataformas de oposición estaban concentrados sobre todo en Moscú, Leningrado y algunas otras grandes ciudades. Además, su pertenencia social hacía difícil el diálogo con los millones de miembros obreros del partido, en su mayor parte políticamente inertes. En 1990, el PCUS contaba con 19 millones de miembros, de los que aproximadamente el 20% eran trabajadores manuales, el 15% campesinos y el 40% cuadros, estando el resto constituido por jubilados y empleados de los "Ministerios de Poder" (el aparato represivo). En una conferencia conjunta de las Plataformas Democrática y Marxista, celebrada tras el 28 Congreso, el 30% de los delegados eran universitarios o enseñantes, el 20% permanentes del partido y solamente el 3% obreros.

Tras agosto de 1991

Con la abrogación del artículo 6º de la Constitución soviética durante el invierno de 1990, acabó en la práctica el monopolio político del PCUS. Aparecieron como consecuencia decenas de nuevos partidos; en su mayor parte formaciones de varios centenares de miembros reagrupados tras un dirigente reconocido. La mayor parte ha desaparecido sin dejar rastro. Los verdaderos protagonistas políticos tras el declive del movimiento popular democrático eran aún las camarillas de la vieja nomenklatura y sus linternas demócratas. Fue sobre todo la emergencia de un

consenso liberal en el seno de los círculos burocráticos dirigentes lo que modificó realmente el marco y el tono del debate público.

Por razones ya evocadas, la izquierda democrática estaba mal preparada para este giro de los acontecimientos, que sorprendió a sus miembros aislados en pequeños grupos más o menos delimitados ideológicamente, pero mal organizados. Esto es aplicable tanto a las corrientes de izquierda democrática de origen informal, como a las de oposición en el PCUS. Ninguno de estos grupos contaba con más de algunos centenares de miembros y ninguno tenía lazos orgánicos con el movimiento obrero.

De las diversas tentativas de poner en pie un marco más amplio de cooperación de la izquierda, ninguna ha superado el estadio de las declaraciones comunes. Por ejemplo, un grupo moscovita, que tomó la iniciativa de una campaña "por la autogestión popular", reunió durante el otoño de 1990 a los representantes de los principales grupos de izquierda, socialdemócratas, socialistas, anarquistas y de oposición en el seno del PCUS. Sin embargo, esta reunión no dio lugar a campañas unitarias, ni a la creación de un marco para futuras discusiones y la iniciativa se extinguió al cabo de algunos meses.

Fuerte polarización

Durante este tiempo, la escena política estaba polarizada entre, por un lado, los liberales, que acrecentaban su control sobre el aparato central del partido (incluso si su popularidad no estaban ya en el cénit y su movimiento, Rusia Democrática, estaba en declive) y, por la otra, las tendencias conservadoras de la burocracia, que guardaban sus bastiones en varias regiones y en diferentes niveles del aparato, y que intentaban organizar un movimiento de masas. El fracaso del «golpe de opereta» de agosto de 1991 acentuó aún más esta polarización: los centristas del aparato nacional (Gorbachov, Lyukanov, Pavlov) fueron rápidamente desbordados por los liberales dirigidos por Yeltsin. La prohibición del PCUS por Yeltsin y su exclusión de la vida política (como consecuencia del golpe) paralizó totalmente a su Comité Central. Ninguno de sus dirigentes más conocidos hizo el menor llamamiento a crear una nueva organización que reuniera a los militantes que desearan proseguir su actividad política en las nuevas condiciones. Sólo a mediados de septiembre el secretariado del Comité Central se reunió de nuevo. Pero, según algunos testimonios, «los únicos problemas discutidos estaban ligados a la reinserción profesional de los antiguos permanentes del partido.

Fueron precisos 18 meses para que un grupo salido de la antigua dirección del Comité Central tomara la iniciativa de recrear un partido comunista en la Federación Rusa. En esa época, la mayoría de los antiguos altos funcionarios del partido habían emigrado ya hacia la administración del Estado ruso o los negocios (a menudo, ambos a la vez) y se tenían poco interés por un partido que se identificaba, aunque fuera solo de boquilla, con el comunismo.

Este inmovilismo de la antigua dirección permitió la emergencia de fuerzas y de personalidades hasta entonces marginales. Sin embargo, sólo dos organizaciones han conseguido reunir una audiencia importante: el Partido de los Obreros

Comunistas Rusos (RKRП) y el Partido Socialista de los Trabajadores (PST). Los miembros del primero venían sobre todo del ala conservadora del PCUS, mientras que el segundo atraía muchos pequeños y medianos funcionarios del partido tras lo que se podría llamar una plataforma de “*perestroika* de izquierdas”.

El RKRП, fundado formalmente en noviembre de 1991, se ha convertido rápidamente en la expresión organizada de un pequeño, aunque activo, sector de militantes y antiguos funcionarios intermedios del partido con inclinaciones neoestalinistas y, a menudo, fuertemente nacionalistas.

Este nacionalismo, que caracterizará a todos los grupos políticos salidos del PCUS, se apoya en el valor muy extendido del “Estado fuerte”, *derzhanvnost*, cuyos orígenes se remontan a la época prerevolucionaria, pero que fue resucitado por la contrarrevolución burocrática en los años 20 y 30 y ha resurgido de nuevo como reacción a la naturaleza esencialmente *compradora* de las nuevas élites dirigentes rusas, cuya política ha conducido a un declive rápido de las riquezas económicas y culturales del país, por no hablar de su potencia militar.

En su fundación, el movimiento de el RKRП contaba con 5.000 miembros con carnet; en el verano de 1992, su número alcanzaba 50.000, convirtiéndose en la más importante de las organizaciones sucesoras del PCUS y el elemento motor en la creación de Rusia del Trabajo en muchas ciudades grandes, la organización del frente único de los comunistas neoestalinistas y del movimiento patriótico en desarrollo. A pesar de su falta flagrante de programa político en positivo –al margen de la resurrección de la URSS, sin duda bajo la forma de una Gran Rusia–, Rusia del Trabajo ha podido movilizar en la calle a decenas de miles de personas tras la disolución de la URSS a fines de 1991 o contra la política económica de “terapia de choque” en enero de 1992. Su acceso a periódicos importantes como *Sovietskaya Rossiya* y su propia prensa (con una tirada del orden de varias decenas de miles de ejemplares) le permiten llegar a amplias capas de antiguos miembros del partido, frustrados y amargados.

Un partido fracasado

En 1992, el RKRП reivindicaba un 30% de miembros obreros y sus dirigentes desplegaron un gran esfuerzo para crear sus propias organizaciones obreras, como la Unión de Trabajadores de Moscú. Sin embargo, incluso si las manifestaciones del invierno y de la primavera de 1992 conocieron una cierta participación obrera –reagrupaban sobre todo cuadros y jubilados pauperizados–, las tentativas de creación de estructuras obreras separadas han fracasado. Éstas subsisten en ciertos lugares, sin superar nunca algunos centenares de militantes ultrapolitizados, y no ejercen ninguna influencia sobre la gran masa de los trabajadores, que ha ignorado frecuentemente sus llamamientos a la huelga.

De hecho, la hegemonía virtual del RKRП en el movimiento de protesta contra la “terapia de choque” en 1991-92 contribuyó, sin duda, a disuadir al grueso de los trabajadores a asociarse. La predilección del RKRП por los eslogan patrióticos abstractos y la falta de seriedad de sus dirigentes (por ejemplo, el resplandeciente Viktor Anpilov, antiguo corresponsal de Pravda en Cuba, llamó a derrocar el régimen “fascista” de Yeltsin mediante un levantamiento espontáneo) han

desacreditado la idea de una alternativa socialista a la "terapia de choque". Las campañas más concretas del RKRK, como la reunión de un millón de firmas para una nueva "Constitución soviética", no llevaban a ninguna parte y han dejado indiferente a la masa de los trabajadores.

El PST también fue fundado durante el otoño de 1991, aunque con un perfil político y organizativo diferente. Aunque el disidente de la era Breznev, Roy Medvedev (que estaba a medias tolerado por el antiguo régimen) formaba parte de sus fundadores, el partido estaba dominado por antiguos dirigentes intermedios del partido, de la generación de los 35-50 años, que compartían una orientación hacia una economía mixta regulada, reformas de mercado sin "terapia de choque" y un nacionalismo moderado. El nuevo partido adoptó el último refrito del programa del PCUS, defendido por el Comité Central un mes antes de la disolución del partido.

El PST reivindicaba entre 50.000 y 70.000 miembros, tenía 30 diputados en el Soviet Supremo de Rusia, hoy disuelto, aunque pertenecían a cinco o seis grupos parlamentarios diferentes, tenía acceso regular a *Pravda* y disponía de un bimensual, con una tirada de unos 15.000 ejemplares. A pesar de eso, la dirección del PST no podía contar con el apoyo activo de sus adherentes, que de todas formas tampoco intentó movilizar, privilegiando el trabajo de lobby en los pasillos del poder. A decir verdad, muy pocas cosas permitían a los miembros del PST identificar a su partido y, cuando el proyecto de refundación del Partido Comunista de la Federación Rusa fue lanzado a comienzos de 1993 (por Valentin Luptsov, antiguo presidente del Partido Comunista Ruso, creado en 1990 y disuelto por Yeltsin tras agosto de 1991), más del 80% de los adherentes del PST lo abandonaron para unirse a la nueva organización, encontrándose allí con los miembros de las demás organizaciones comunistas más pequeñas.

Este Partido Comunista de la Federación Rusa (KPRF), resucitado, se ha convertido rápidamente en el mayor partido del país, con 500.000 adherentes y una red de organizaciones regionales. Este nuevo/antiguo partido fue desde el comienzo el fruto de un compromiso entre fuerzas reformistas moderadas del antiguo aparato del Comité Central (dirigidas por el gorbachoviano Kuptsov) y una corriente nacionalista cada vez más afirmada, también originaria del aparato del PCUS, pero con lazos estrechos con el espectro de las organizaciones patrióticas y con los medios de negocios con orientación nacional. El cambio de estado de espíritu en las filas del partido se ha traducido en la victoria de Guennady Zyuganov (antiguo *apparatchik* del Comité Central, convertido luego en copresidente de la muy nacionalista Asamblea Nacional Rusa y dirigente de la alianza patriótica amplia, el Frente de Salvación Nacional), sobre Kuptsov, en la elección a la presidencia del comité central del KPRF.

Bajo la dirección de Zyuganov, el KPRF ha adoptado una política relativamente conciliadora hacia el régimen liberal, dando un perfil reformista, pero opuesto por razones sociales a la "terapia de choque". Sus dirigentes se dicen hoy "socialdemócratas de izquierda", pero es sobre todo en las cuestiones que afectan al Estado ruso donde el partido ha mantenido un perfil definido. Si

se juzga por las declaraciones de Zyuganov (en la Rusia de hoy, el dirigente hace en general al partido), es difícil calificar el KPRF de socialista en cualquier acepción del término. Para Zyuganov, los conceptos clave no son los de "justicia social" o "democracia popular" sino los de "Estado fuerte" y "espiritualidad" (*dukhovnost*) rusa. Esta referencia histórica remite más a Pedro el Grande y a Stolypin que a Marx o Lenin /2. Este deslizamiento hacia la vertiente patriótica de la política rusa no ha afectado visiblemente a la popularidad del partido: en alianza con el Partido Agrario, el KPRF ha obtenido el 25% de los sufragios en el escrutinio por listas en la elección de la Duma, el nuevo Parlamento creado por la Constitución de Yeltsin /3.

Mientras que el KPRF y lo que quedaba del PST han participado en estas elecciones, la mayor parte de los pequeños grupos comunistas llamaron al boicot, afirmando que una participación legitimaría el golpe de estado de Yeltsin. Lo que refleja el foso que se ha creado entre, por un lado, las organizaciones comunistas orientadas a la actividad parlamentaria y las reformas y, por el otro, las que persiguen objetivos más radicales y prefieren tácticas más militantes. Además, si la corriente patriótica sigue dominando el campo comunista, ciertos elementos de su ala más radical comienzan a interrogarse sobre la inteligencia de su táctica de alianza con los nacionalistas.

La crisis de la izquierda democrática

Mientras las organizaciones venidas del PCUS heredaban estructuras y redes militantes, tenían acceso a la gran prensa para popularizar sus actividades y sus posturas, podían contar con un vivero de antiguos militantes del partido, los socialistas democráticos no disponían de tales recursos. En un clima ideológico hostil a todo discurso sobre el "socialismo democrático" o sobre una "tercera vía" entre un liberalismo cada vez más autoritario y un nacionalismo potencialmente aún más autoritario (en el discurso dominante, se está o bien a favor de las reformas liberales, o bien en contra), los pequeños grupos de la izquierda antiestalinista reaccionaron de diferentes formas.

Una táctica consistía en reagrupar sus fuerzas dispersas en coaliciones de izquierda democrática más amplias. Ya utilizada en 1990-91 por los anarquistas que fundaron entonces un Partido Verde radical (cuya presencia no es ya, hoy, discernible en la escena política), fue elegida por los socialistas, anarquistas y militantes marxistas salidos del PCUS que fundaron el Partido del Trabajo (PT) tras el golpe de agosto de 1991. Fue también intentada en el otoño de 1992 por los militantes de izquierda moderados o más radicales (desde el PST a pequeños grupos trotskistas) reunidos en el primer Congreso de la fuerza de izquierda democráticas.

Si este congreso en sí mismo fue un éxito numérico (con más de un millar de participantes), no ha sabido desarrollar una actividad real. Más recientemente,

2/ Pedro el Grande fue el primer zar en hacer de Rusia un "Estado fuerte" en Europa. Stolypin era el "hombre fuerte" del régimen semiconstitucional de Nicolás II a comienzos del siglo XX.

3/ En el análisis de los resultados electorales, hay que tener en cuenta una abstención del orden del 48%, según las cifras oficiales. Las cifras reales podrían ser incluso más elevadas.

elementos del PT han intentado formar una Unión del Trabajo, incluyendo partes del aparato de los antiguos sindicatos en una coalición moderada de fuerzas de izquierda. Su primera tarea sería presentar candidatos a las próximas elecciones regionales y locales.

Esperanzas frustradas

Hasta hoy, ninguna de estas tentativas de coalición de izquierda amplia ha alcanzado sus objetivos, es decir reclutar nuevos adherentes, fundar estructuras duraderas o extender su influencia más allá de la intelectualidad de izquierda democrática, esencialmente moscovita. Su principal contribución ha sido aumentar el renombre de esta corriente, que sigue siendo poco conocida para el gran público.

Una segunda opción, que no ha ido más lejos, ha sido crear pequeños grupos propagandistas ideológicamente bien delimitados. Varios grupos anarquistas o marxistas han creado así su propio pequeño partido, con la panoplia completa en términos de dirección nacional, de programa y de prensa de muy débil difusión. Ninguno ha conseguido salir de su círculo fundador original. La mayoría de ellos está en declive y sin influencia alguna sobre la izquierda rusa a nivel nacional, incluso si algunos disponen de bastiones relativos en una o dos regiones.

Una tercera táctica, frente al fracaso de las tentativas de constituir una base popular, ha sido intentar ganar una parte de los elementos más progresistas del aparato de los antiguos sindicatos a un proyecto de "partido laborista británico". Durante un período las propuestas del PT tuvieron una acogida favorable, principalmente por parte de las federaciones sindicales regionales de Moscú y de San Petersburgo, pero quedaron en nada cuando los círculos dirigentes del aparato sindical prefirieron relacionarse con gente más sustancial y menos radical, como la Unión Cívica o incluso ciertas fracciones de las élites liberales. Así, el dirigente de la Federación de los Sindicatos Moscovitas (y también de la Federación de los Sindicatos Independientes), Mijail Schmakov, durante mucho tiempo considerado como favorable a un Partido del Trabajo, parece haber abandonado la idea en beneficio de una colaboración con el régimen yeltsiniano.

Volviendo sobre el itinerario de la izquierda rusa en los siete u ocho últimos años, cabe interrogarse sobre la importancia relativa de los factores objetivos (las masas que no están dispuestas, por las razones evocadas anteriormente, a responder a una alternativa de izquierdas) y subjetivos. Si puede ser útil para el análisis separar estos diferentes factores, aunque participan en realidad de un todo y se interpenetran mutuamente. La izquierda rusa podía difícilmente trascender la naturaleza de la sociedad de la que emergió.

A pesar de la explosión de actividad militante de los años 1987-90, prácticamente no ha aparecido ninguna estructura democrática popular duradera. La esperanza, compartida en su momento por numerosos observadores occidentales y soviéticos, de que la *glasnost* daría rápidamente nacimiento a una sociedad civil independiente, con verdaderos movimientos y organizaciones

sociales y un espacio duradero para el debate democrático, ha sido frustrada. Sesenta duros años de estalinismo han legado una sociedad atomizada, carente de toda experiencia de autoorganización, y con una muy fuerte tendencia de la población a contar con patronos o jefes que actúen en su lugar. El hundimiento repentino de la vieja ideología oficial y la pérdida, casi tan rápidamente, de las antiguas prestaciones sociales, además, han inquietado y desorientado profundamente a la población.

Un camino ingrato

En estas condiciones, un programa socialista basado en la autoorganización y la verdadera democracia popular tenía pocas posibilidades de encontrar apoyos. Una vez que el liberalismo ha decepcionado, las sirenas nacionalistas han atraído a amplias capas empobrecidas de la población. La masa de lo que quedaba de elementos activos en el PCUS ha abrazado de buena gana este nacionalismo, viejo componente central del estalinismo, contribuyendo a desacreditar aún más el socialismo como alternativa para los trabajadores y dejando a los socialistas democráticos en un aislamiento completo, la tarea de explicar qué es verdaderamente el socialismo /4.

La debilidad de la izquierda democrática proviene en gran medida de estas presiones y desarrollos externos. Pero la mayor parte de los militantes de izquierda no han sabido evaluar en su justa medida todos estos factores ni sacar de ellos las conclusiones apropiadas en términos de una estrategia realista que, en estas circunstancias, no podía sino plantearse a largo plazo. Los desarrollos impetuosos de la época de la *perestroika* han alimentado una cierta tendencia espontaneísta en el pensamiento de la izquierda democrática, que esperaban que capas cada vez más importantes de la población adoptarían sus ideas, siguiendo en esto sus intereses objetivos. Con raras excepciones, la izquierda democrática ha sufrido de un vanguardismo proveniente no sólo de su aislamiento político y social, sino también heredado de las tradiciones soviéticas. Vanguardismo que ha llevado a una visión deformada de la relación de fuerzas reales y a una incapacidad para comprender la necesidad de una estrategia a largo plazo que conlleve un trabajo organizativo y propagandístico entre la población en general y los trabajadores en particular. Tal estrategia parecía sin duda repulsiva a los militantes socialistas que vivían en una situación en evolución constante, dado que no podía dar frutos a corto plazo.

Rusia ha entrado indudablemente en un largo período de inestabilidad social y económica importante. Estos procesos agudizan constantemente las contradicciones de la sociedad rusa, incluso si carecen aún de traducción en la esfera política. Aunque el balance de la izquierda democrática no es brillante, mucha gente de la calle ha adquirido, o está adquiriendo, una preciosa experiencia política que hace que se desvanezcan sus viejas ilusiones sobre el paternalismo de las autoridades y

4/ En un giro extraño pero revelador, la dirección del PST abandonó el proyecto de una lista común con grupos socialistas para las elecciones a la Duma de diciembre de 1994, en favor de un bloque nacionalista moderado que incluía, entre otros, a la Unión Cosaca y directores de la industria del petróleo. Esta coalición no consiguió sin embargo recoger el número de firmas requeridas para presentar candidatos.

sobre el papel protector de los jefes políticos. Aprenden a distinguir las promesas de los políticos de sus prácticas reales.

Las fuerzas hoy inhibidas del descontento popular permitirán un día romper con la desmoralización política actual. Cuando esto se produzca, se abrirán amplias posibilidades para el socialismo ruso. Pero el combate será ciertamente muy largo.

INPRECOR nº 381/junio de 1994/París

Traducción: Alberto Nadal



¿Demografía y/o feminismo?

Justa Montero

“Las causas de la creciente carga y destrucción de los recursos son el crecimiento rápido de la población y el acelerado incremento de las necesidades de alimentos, energía y materias primas en el Tercer Mundo”. Esta cita, recogida de un informe del Fondo de Población de Naciones Unidas, sintetiza la filosofía con la que los organismos oficiales han planteado la nueva estrategia sobre la población y el desarrollo. Se reduce las causas y consecuencias de la actual crisis a la cuestión poblacional, lo que permite ocultar la auténtica dimensión económica, social y ambiental de la misma, para, finalmente, arrojar una sombra de culpabilidad sobre los países del Sur.

El mismo consenso logrado en torno a esta idea acompaña al objetivo propuesto para alcanzar una solución: el control de población en los países del Sur. Se simplifica así hasta el extremo uno de los más complejos problemas que hoy están planteados, que queda reducido a una interpretación parcial y distorsionada de las estadísticas.

“Somos 5.660 millones de personas”. “La población crece a un ritmo de 90 millones de personas por año”. “Para el año 2.050 llegaremos a los 10.000 millones”. “En los países del Sur se concentrará el 90% de ese crecimiento”. Esta secuencia de datos, en la más rancia tradición malthusiana, se reduce a establecer un pronóstico cuya posibilidad de cumplirse (por exceso o defecto) es más que dudosa, como por otra parte ha sucedido con anteriores predicciones: depende de muchas variables que no son susceptibles de análisis cuantitativo y, o no se recogen en dichas estadísticas, o no se hace en toda su complejidad.

Sin embargo, para sus defensores tiene la virtud de crear una imagen que visualiza el incremento de la población como el factor esencial que empuja hacia la autodestrucción de la Humanidad a partir de la superación de la capacidad de carga del planeta.

Sin duda, el aumento del número de personas que lo habitamos presiona sobre el medio y los recursos. Nos acercamos al límite del número de personas que el Planeta puede sostener sin que se produzcan desequilibrios irreparables, si se mantienen las actuales condiciones. Porque si hablamos de capacidad de carga, habría que añadir a renglón seguido que no todas y todos pesamos lo mismo sobre el planeta. Como muestra valgan algunos ejemplos: la población de EEUU consume el 40% del total de recursos y el 30% de las materias primas, para mantener al 6% de la población mundial; y el conjunto de países desarrollados, con un 23% de la población, consume el 80% de la producción mundial de energía y el 85% de los recursos forestales, a la vez que emite el 71% del dióxido de carbono (principal responsable del efecto invernadero).

Si hay algo que crece, y más que la población, es la desigualdad; el *Informe sobre Desarrollo Humano* (1994) constata que en los últimos 30 años, los países desarrollados han duplicado la distancia que les separa del Tercer Mundo en índices como ingresos, alimentación, atención médica y expectativas de vida. La creación de desigualdad es un aspecto consustancial de este sistema, pues es

imposible extender el nivel de consumo de los países del Norte al conjunto de la población mundial, que los más de 5 mil millones de personas consumamos la cantidad de cereales, energía o agua que se derrochan en los países del Norte.

Cabe modificar las pautas de consumo y por tanto también las de producción y la tecnología, agresiva con el medio ambiente, en que se basa, así como proceder a un reparto equitativo de los recursos. O aceptar el marco de salida a la crisis que implica una profundización de la misma y otro paso en la internacionalización de la economía mundial. Su corolario será un nuevo ajuste dictado por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional e impuesto a unos países empobrecidos por la deuda externa, por las condiciones desiguales en que realizan el intercambio de unas materias primas cada vez más devaluadas y por la presión que todo ello ejerce sobre los recursos, y muy particularmente sobre la tierra.

En el final de esta espiral aguardará el hambre y la pobreza. En el Norte, intensificando la dualización de la sociedad: en el Sur, profundizando la destrucción de formas de organización social más autosuficientes, desestructurando pueblos y comunidades y empujando a la migración de las ciudades.

No se puede analizar la situación demográfica al margen de cómo opera el actual modelo de desarrollo y su exigencia de crecimiento constante y dependencia de las poblaciones periféricas a través de su inclusión en el mercado. De ahí que hacer del crecimiento de la población el centro del problema es la mejor forma de ocultarlo. El punto de partida debe ser, a mi modo de ver, justo el contrario del mantenido en el informe de Naciones Unidas: los problemas que este modelo de desarrollo crea a la población y no los que la población crea a este desarrollo.

Reducir el Sur

Las políticas de población buscan reducir la tasa de crecimiento, resultado de la diferencia entre la de fecundidad (número de hijas e hijos) y la de mortalidad. En realidad el objetivo es reducir el crecimiento demográfico del Sur, donde vive la mayoría de la población. Aunque también existe la otra cara de la moneda: la preocupación por la baja natalidad del Norte, preocupación manifiesta para quienes en nombre de la raza, la patria, la cultura o la estabilidad de Occidente lanzan proclamas para que las mujeres de esa raza, patria y cultura "procreen".

Se trata, por tanto, de actuar sobre las variables que componen dicha tasa, sobre los procesos biológicos que constituyen la muerte o el nacimiento. Nadie cuestiona que la reducción de los altísimos índices de mortalidad sea un logro. Nadie, por tanto, defiende el exterminio, aunque la pandemia del SIDA, que alcanza al 30% de la población de algunos países del África subsahariana, haya sido considerada como posible mecanismo de control de la población: "Si la cantidad de infectados llegara al 20% de la población mundial, las muertes subsecuentes podrían comenzar a detener el crecimiento poblacional" **1/**. Semejante reflexión cabría hacer en relación a las muertes causadas por la guerra de Ruanda, país citado en las estadísticas oficiales como "ejemplo" de la explosión demográfica incontrolada de

1/. Consejo de Seguridad Nacional: *Impacto del crecimiento demográfico mundial en los intereses internacionales*. Washington D.C., 1984.

los pobres. Pero, aunque no se atajen las causas que producen semejantes catástrofes, no naturales, el cinismo no ha llegado a esos límites.

Por problemas de espacio no puedo entrar en el debate sobre los efectos, directos en unos casos indirectos en otros, que el descenso de la mortalidad puede tener en la decisión del número de hijos que se tiene, es decir, en los procesos “naturales” o sociales (en sentido amplio) de autorregulación de la natalidad, que siempre han existido. O en si es factible que una transición demográfica como la producida en los países del Norte se dé en los del Sur. Me referiré aquí, exclusivamente, a la crítica de las políticas poblacionistas.

Éstas, sean pronatalistas o antinatalistas, no admiten muchas interpretaciones; significan finalmente actuar sobre la fertilidad de las mujeres, tratar de regular sus pautas de comportamiento sexual y reproductivo.

La primera Conferencia sobre Población (Bucarest 1974) marcó el inicio de las campañas masivas de planificación familiar basadas en la coacción, el engaño o su mercantilización, ofreciendo míseros incentivos económicos o de alimentos. En Brasil, por ejemplo, la tasa de fertilidad cayó un 50% en 20 años (lo que en Europa se consiguió en medio siglo); el otro dato que separa esta “experiencia” de la europea es que del 71% de mujeres, entre 15 y 45 años, que en este país utilizan algún anticonceptivo, el 44% están esterilizadas, mientras que en Europa son el 7% **/2**. Si se añade que estas campañas se desarrollaron particularmente en zonas o Estados de mayoría negra, se desvela otra característica de las políticas de población: su marcado carácter racista, sexista y clasista, tres categorías que acogen a los sectores más vulnerables de la sociedad.

Población y pobreza

Los resultados de estas políticas, duramente criticados por organizaciones de mujeres y de salud, lograron reducir la natalidad, pero con ello no mejoró la situación de las mujeres ni la de sus pueblos. En Bangladesh, el uso de métodos anticonceptivos aumentó del 3% al 40%, pero sigue siendo uno de los países más pobres del mundo en el que tampoco las mujeres han visto modificar su estatus. Se puso así en evidencia una de las premisas de las tesis poblacionistas: la relación unicausal entre población y pobreza.

La nueva estrategia auspiciada por Naciones Unidas, que cuenta con el apoyo de sectores que van más allá de los estrictamente oficiales, parte de considerar: “la experiencia demuestra que los programas de población y desarrollo tienen la máxima eficacia cuando al mismo tiempo se adoptan medidas para mejorar la condición de la mujer” **/3**.

Esta declaración de intenciones persigue que los programas y objetivos diseñados sobre planificación familiar **/4** cuenten con un mayor consenso y legitimidad en su

2/ Datos extraídos del documento “Una visión feminista sobre la cuestión poblacional”, presentado por varios grupos con motivo de ECO’92 y publicado en el *Boletín de la Red Mundial de Mujeres para los Derechos Reproductivos*, (RMMDR), nº 40.

3/ Documento de Naciones Unidas presentado a la Conferencia sobre Población y Desarrollo. El Cairo, septiembre 1994.

4/ Según el Fondo de Población de Naciones Unidas (FNUAP) se necesita que en 10 años 360 millones de parejas tomen anticonceptivos para reducir la tasa de fertilidad a 3,3.

aplicación, sin merma de su eficacia. No se trata pues de imponer, sino de “atender la demanda insatisfecha de planificación familiar”, tema peliagudo donde los haya el de la detención de las necesidades que, haciéndolo extensivo a otros campos, prefigura también la desigual incorporación de las mujeres al “desarrollo”.

Conciliar los derechos de las mujeres y el objetivo de control que proponen no resulta fácil; de hecho la retórica en pro de la libertad y autonomía de las mujeres (que ¡bienvenida sea!) se ve traicionada cuando se traduce en políticas concretas. En muchas de las propuestas, no sólo la de Naciones Unidas, esos derechos se esfuman ante la contundencia de las medidas a corto plazo que requiere el objetivo de reducir la población: así se vuelve a situar a las mujeres donde nos dejó el discurso anterior: como una variable de los procesos demográficos.

La eficacia a corto plazo en términos de derechos sexuales y reproductivos significa: anticonceptivos de larga duración que no requieran una red de atención asistencial estable, es decir, con bajo coste económico y social. La inyección anticonceptiva *Depoprovera*, los implantes hipodérmicos *Norplant* o las modernas vacunas contra la fertilidad que inducen a una infertilidad temporal (nuevo campo de investigación y experimentación abierto por la Organización Mundial de la Salud) son todos métodos cuyos efectos secundarios sobre la salud de las mujeres han sido ampliamente denunciados, pero se siguen utilizando como los “más eficaces” instrumentos que acompañan a las políticas de la planificación en el Sur.

¿Legitimar la coerción?

Estamos en este terreno frente a otro de los nudos del problema: la ONU reconoce el derecho de las mujeres a decidir y desarrolla políticas poblacionistas; el Vaticano denuncia el neocolonialismo demográfico que ello representa y niega los derechos que los otros reconocen. La defensa feminista de los derechos sexuales y reproductivos choca con estas propuestas y con las de quienes, en base a las más variadas argumentaciones, avalan la coerción que implican las políticas poblacionistas. Esos derechos forman parte de procesos de cambio social, económico, ecológico, político y cultural, de cambio de las relaciones de poder entre los sexos, que ocupan no sólo el reconocimiento sino también el ejercicio efectivo de su autonomía y libertad.

Hay un último aspecto, también engañoso, en la importancia que se le da a la incorporación de las mujeres al desarrollo. No se puede olvidar a la hora de valorar estos llamamientos que se hacen respetando el marco de las políticas liberales. “En países como Brasil, devastados por los programas de ajuste estructural desde los años 80, se hace cada vez más difícil proponer y llevar adelante un programa nacional de salud que dé respuesta a las necesidades de la sociedad. ¿Cómo va a garantizarse a la mujer brasileña la libertad de decidir a través de la mera distribución de anticonceptivos en medio del caos económico, la falta de asistencia médica, de trabajo y de tierra? /5. ¿No sería mejor, por tanto,

5/ Mello, Fátima. “Tendencias para los años 90 en políticas de población”. Publicado en la revista brasileña *Enfoque Feminista* y reproducido en el *Boletín de la RMMDR*, n° 43.

hablar de políticas de salud, de educación, políticas económicas y de derechos humanos que estuvieran en armonía con la calidad de vida de mujeres y hombres? Quizás así sería más clara la discusión de lo que significa desarrollo sostenible, dejando entrar en este concepto los aspectos que se refieren al equilibrio entre las propias personas.

Prescindir de ello, hace que las propuestas de quienes se atreven a llevar la lógica de las cifras hasta sus últimas consecuencias caigan en el más siniestro autoritarismo aunque, como sucede en algún caso, vengan bajo el rótulo *ecosocialista*. Me refiero concretamente a la propuesta que formula Saral Sarkal: "La autodeterminación, la autonomía, el derecho a la reproducción no puede extenderse al número de hijos. Puede haber libertad para decidir si tener 2, 1 o ninguno, pero no más de 2". "La ciencia ecológica (...) ha dictado la necesidad de que las parejas limiten el número de sus hijos a 2" /6.

La historia está llena de lamentables apelaciones del Estado al control de la natalidad, que no han hecho sino cercenar derechos y libertades en aras a supuestos intereses generales que siempre han resultado ser los de una minoría privilegiada.

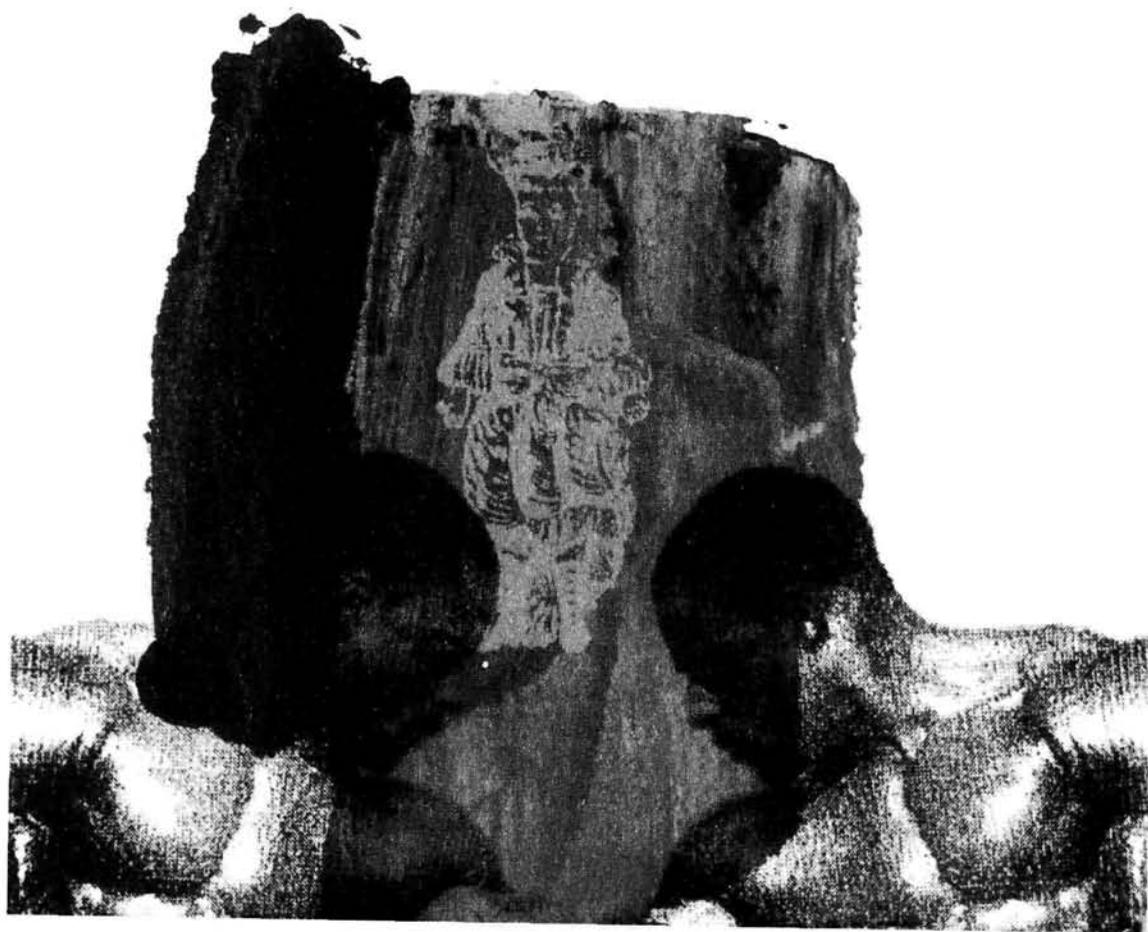
Hablar de desarrollo sostenible es mirar al futuro, a un futuro incierto, que lo será aún más si no se tiene en cuenta la relación interna que debería existir entre desarrollo económico, bienestar social, equilibrio ecológico y derechos individuales, en este caso, el derecho de las mujeres a decidir.

La confluencia en este debate no sólo es posible sino imprescindible. Un debate complejo y confuso pero que, como dice Barry Commoner, "la actual confusión puede resolverse reconociendo todas las propuesta como lo que son: no observaciones científicas sino juicios de valor que reflejan visiones éticas e intenciones políticas fundamentalmente distintas" /7.

Madrid, 22 de agosto de 1994

6/ Saral Sarkal: "¿Una síntesis ecosocialista del problema de la sobrepoblación?". *Ecología política*, Barcelona, nº 6, 1994.

7/ Barry Commoner: *En paz con el planeta*, Barcelona, crítica, 1992.



miradas

vozes

Dickens en el Brasil de finales del siglo XX



Manzanas amargas



Autopista de la información



¡Dales caña!



Copacabana



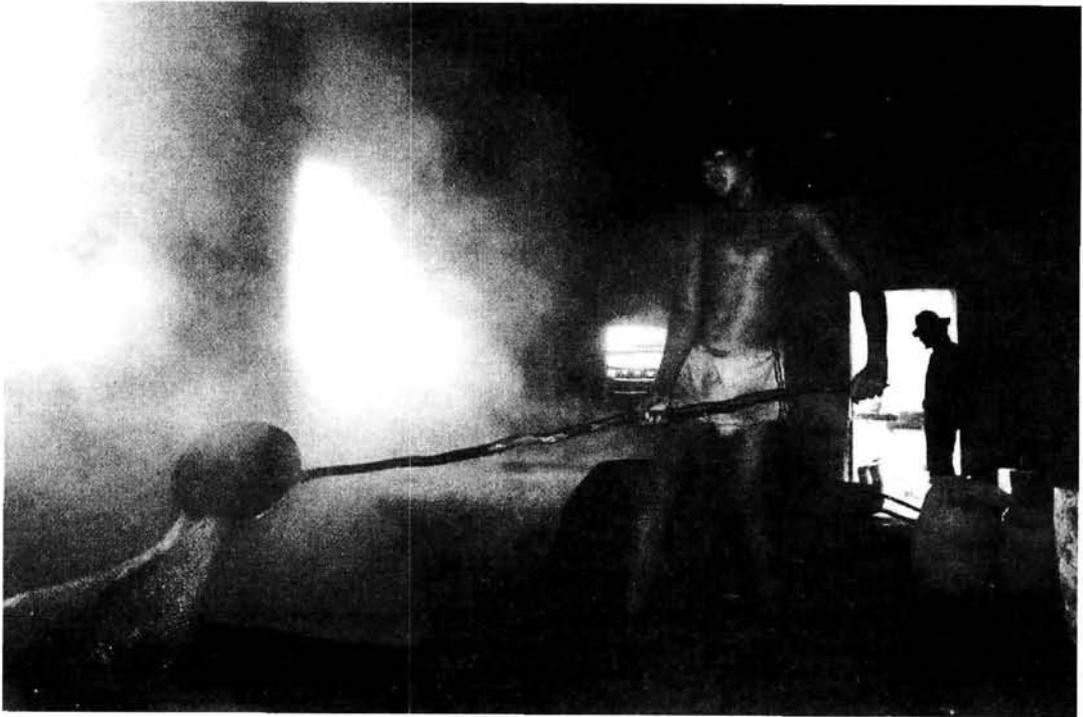
Hay piedras aún más duras

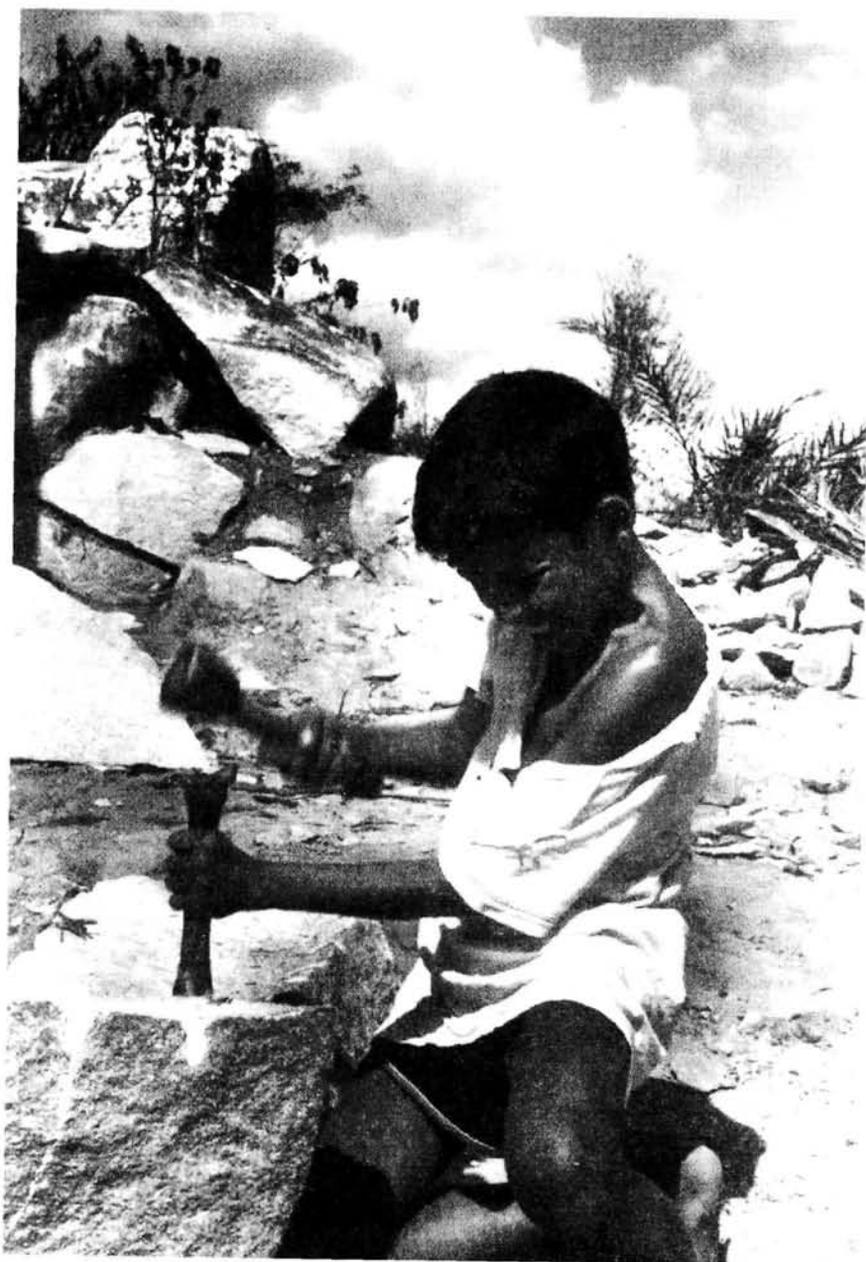
Fotos de Iolanda Huzak











1 Política ¿para qué?

La idea derechista de la política que comparte la izquierda

Jorge Stratós

1. Cuando el común de los mortales contempla la política estándar aparece generalmente con perfiles poco estimables, bien como “engaño”, bien como “interés”, bien como “traición”, bien como “simulación”. O como lo que es la síntesis de todo ello, como “poder”, como nudo poder. Es decir, en pleno descrédito. Y no porque los trazos de este boceto de la imagen pública de la política sean así de gruesos, son exagerados: día a día, los cronistas finiseculares, a través de encuestas o de análisis, complacidos o resignados, nos presentan la amalgama de mentira-provecho-deslealtad-secretismo como el corazón mismo de la vida democrática realmente existente, esto es, nos la ofrecen como el método y el objetivo de la cohesión social en los Estados desarrollados. Negarlo, achacándolo a una simple corrupción de las costumbres y de las instituciones, sería falsear de entrada cualquier reflexión sobre la política en sus auténticos parámetros.

Saquemos consecuencias a nuestros efectos. El asunto es así de sencillo: *la izquierda no se diferencia en nada de la derecha en lo que se refiere a su concepción de la política* y, por tanto, desde este ángulo *carece de razón de ser*. Esta es quizá la mayor paradoja existencial de la izquierda política, que —para su fortuna— ha sabido encontrar en otros terrenos suficientes elementos de diferenciación. El lector o lectora que pueda ilustrar para sí este punto de vista me permitirá que pase directamente a lo esencial, esto es, a esa *idea* de política que de forma indistinta comparten derecha e izquierda, de manera que siempre está a tiempo de detener aquí su lectura quien de entrada juzge inadecuada esta perspectiva.

2. Las cosas así, habría que retroceder –más allá de Weber y Schmitt, más allá de Hobbes y Locke– hasta Maquiavelo para encontrar en estado casi puro la matriz genuina de la idea moderna de política. Como escribió Croce, “Maquiavelo descubrió la *necesidad* y la *autonomía* de la política, de la política tal como es, (...) que tiene sus propias *leyes* contra las cuales es inútil rebelarse, que no puede ser exorcizada y desterrada del mundo con agua bendita”. La extraordinaria diversidad de interpretaciones sobre el realismo maquiaveliano no oscurece el hecho de que sea matriz de la política moderna –hecha a base de “necesidad”, “autonomía” y “leyes”– comporta la lógica que ya en el siglo XVI se dio en llamar “razón de estado”, esto es, un movimiento doble que consiste en el reconocimiento de sí mismo por parte del Estado moderno y en la extracción –a partir de este conocimiento– de las máximas adecuadas del obrar político, tal como señala Meinecke.

La fuerza de la razón se convertirá ya entonces en la razón de la fuerza, dentro de la lógica del proceso de racionalización de esferas vitales o “modernización”. Se inicia así la paulatina identificación de la política con el Estado y su poder. Desde esta perspectiva, que apunta a la cuestión central, a la específica relación del *cratos* y el *ethos*, son más las similitudes que se pueden encontrar en las políticas de la modernidad que las obvias diferencias.

Cuando Maquiavelo describe su imagen de la política hace también algo más: pone en juego los principales elementos con los que en adelante se va a tener que enfrentar toda política realmente moderna. Y esa imagen no será ya unitaria, sino múltiple y escindida. Por un lado, el *príncipe nuevo*, que combina la fuerza del león con la astucia del zorro; por otro, el *fundador estadista*, que domeña con su *virtú* a la violenta fortuna, construyendo un orden político que intenta ser seguro y duradero; y por último, el *ciudadano republicano*, que sirve al bien público en libertad y sin corrupción. Esa imagen escindida nos la presenta Maquiavelo a partir del establecimiento de una dialéctica muy tensa entre pasión y razón, una dialéctica con la que se esforzó en cerrar la fisura que ya el humanismo había abierto entre necesidad y libertad, entre felicidad y justicia.

A mi juicio, digámoslo desde ahora, esa herida no encontró sutura ni en la Florencia renacentista, ni en los mundos posteriores de la modernidad. Tan sólo recibió alivio precisamente de esa realista y pragmática razón de Estado que ha ido haciendo de ligadura entre el *cratos* y el *ethos*, entre el obrar movido por el afán de poder y la responsabilidad ética (el concepto moderno de “política” quedó ahí fundido con el de “Estado”, con el de “poder de Estado”). Este es el origen de la actual concepción heredera de la política, que hasta Weber, en una larga secuencia de cuatro siglos, se ha nutrido del panpoliticismo hobbesiano tanto como de los filtros del individualismo societario, crematístico y juricista de los clásicos del pensamiento liberal (incluyendo en esa nómina sus críticos románticos, emancipadores o conservadores).

3. Si atendemos ahora los dilemas weberianos –a saber, que cuanto más se desarrolle la modernidad liberal-capitalista más explícitamente irá presentado su auténtica faz de férrea envoltura burocrática– como una bastante certera señalización de los grandes problemas políticos del *homo clausus* de la tardomodernidad (y no como una pesimista filosofía de la historia), se observa

que nadie mejor que Carl Schmitt ha sabido rematar la reflexión iniciada por Maquiavelo sobre la idea de política, y llevarla hasta sus últimas consecuencias, hasta sus confines más extremos. Al otro lado de la concepción schmittiana de la política sólo queda el pensamiento de la barbarie humana, el vacío abisal del horror.

Como es sabido, la distinción específica a la que pueden reconducirse para Schmitt todas las acciones y motivos de la política es la distinción de *amigo* y *enemigo*. Estas categorías surgen del criterio que para él diferencia a la política de las restantes actividades humanas, categorías que son autónomas, antagónicas y existenciales, pero a la vez fundamento de cualesquiera otras en el ámbito de lo político. Precisamente por su doble condición de heredero y crítico del liberalismo, Schmitt, que vivió en tiempos de crisis explícita, pudo caracterizar la realidad de la política de nuestra época tal cual, en toda su crudeza y sin prestarse a operaciones de cosmética teórica.

La matriz de la política moderna, instaurada en sus principales componentes por Maquiavelo y Hobbes y suavizada en algunas de sus aristas más insoportables por el pensamiento liberal (sobre todo mediante el recurso a elementos no políticos de contención), encontró su clausura lógica en la categoría absoluta de "enemistad".

4. Ahora bien, ocurre que antes que ninguna otra cosa la "enemistad" es la categoría que nos permite pensar la agresión desinhibida entre los hombres, es decir, la guerra. Y la guerra, como dice Schmitt, no es más que *la realización extrema de la enemistad* (la "enemistad" es, pues, la categoría constituyente de la guerra). Además ésta última, la guerra, aparece así como el "presupuesto determinante" y la "posibilidad originaria" de la política, como su opaco doble y su cotidiano inconsciente.

La fusión a la que finalmente se llega entre lo que sea la *política* y lo que es la *guerra* se hace innegable (el crudo realismo de Schmitt no es coherente en este punto, puesto que su criterio no permite "distinguir" lo que separa a la política de la guerra; pero lejos de una deficiencia, éste es su gran acierto: señala que, en efecto, la política no se ha desprendido de su matriz bélica originaria, de la entidad que la genera). A partir de aquí sólo podremos proseguir ya la argumentación si procedemos a romper semejante tautología, y si al hacerlo arrancamos *de lo que es* la guerra para acercarnos *a lo que sea* la política, a su definición.

5. De entrada, conviene observar que existe una *subordinación* esencial de la política a la guerra (y no a la inversa, como creía Clausewitz). Porque la política moderna ha "realizado" su necesidad manteniéndose subordinada a la razón de la fuerza, la ley bélica, es decir, a la "necesidad" agónica de nombrar y marcar a los individuos de forma indeleble como "amigos" o como "enemigos", estableciendo entre ellos una línea divisoria que se erige en frontera existencial. En nuestro tiempo esta frontera "demarca" a partir de las diferencias naturales (raza, etnia, sexo, edad, enfermedad) o culturales (economía, lengua, religión, ideología, nación), dándoles un sesgo confrontador de naturaleza agónica. Precisamente Enzesberger acaba de escribir, con el significativo título de *Perspectivas de guerra civil*, que el hecho de que el hombre destruya aquello que odia —y que suele ser el enemigo dentro del territorio— quizá sea en nuestro tiempo la regla y no la excepción.

Sólo de manera subsidiaria, no constituyente, la política inicia también en la modernidad un proceso de dispar *autonomización e interdependencia*, que forma parte de la racionalización expansiva y colonizadora moderna. Si, por una parte, la política se constituye desde la enemistad *agonal* y si, por otra, la guerra se entiende como la realización extrema de la enemistad, la política puede ser comprendida y definida como *la realización ordinaria de la enemistad*, al sustituir “extrema” por “ordinaria”.

El paralelismo queda establecido entre la “excepcionalidad” de la guerra y la “normalidad” de la política, puesto que hay en todo sistema de vida un momento de “excepcionalidad en la norma”, o de estructuración externa del orden según la distinción amigo-enemigo, y un momento de “normalidad en la excepción”, o de dirección ordinaria de la confrontación. Llamemos a este modelo de interdependencia subordinada *modelo belicista simple* de la política moderna. La astucia del zorro, combinada con la fuerza del león, *more* maquiavelo-schmittiano, constituye según este modelo un orden ciudadano que ante todo es seguro, característica ésta que proviene de ese *otro* externalizado cuya condición existencial es la de “enemigo” hostil.

6. Antes de proseguir debo desarrollar la anterior definición en dos de sus aspectos centrales, el de los “medios” y el de las “mediaciones”. En primer lugar, la política moderna, constituida como *guerra normalizada* en el ciclo que va de Maquiavelo a Schmitt, debe ser entendida como *guerra continuada por otros medios*, medios que han de ser distintos a los de la violencia generalizada propios de esa agresividad intraespecífica que caracteriza al militarismo. Así lo subrayó el general pangermanista Ludendorff, coetáneo de Schmitt, invirtiendo la equívoca afirmación de Clausewitz.

La subsiguiente reflexión sobre los “medios” específicos de la política queda afectada por su subordinación esencial a la guerra, por su condición de *dirección* bélica de la confrontación, al menos mientras no se sea consciente de la existencia de esa subordinación. Se trata, pues, de una diferencia en la similitud, diferencia en los medios, similitud en la función de realizar la enemistad. La innegable interdependencia de *política y guerra* no puede ser pensada, pues, en términos de simple e inocua codeterminación; entre ellas hay una esencial *subdeterminación* política o *sobredeterminación* bélica, según se mire.

Además, en segundo lugar, hay que tener presente que la política moderna no se agota en su relación con la guerra, como tampoco la guerra en su relación con la política. Conviene, por tanto, que nos detengamos un instante más para ampliar la perspectiva trazada con el modelo belicista simple, introduciendo una hipótesis mediadora sobre la *economía* y, con ciertas variantes, sobre el *derecho* (para simplificar dejaré al margen otras esferas de la modernidad no menos importantes). Pues hay una cierta relación de *transitividad* entre la guerra, la economía, la política y el derecho, en este orden.

7. Debe decirse, aunque quizá de entrada no parezca tan evidente, que la economía y el derecho no son menos metáforas de la guerra que la política. Porque a fin de cuentas la economía, *en último término*, es beligerancia mercantil, o lo que es lo mismo, “guerra” en la apropiación de la riqueza (en la terminología que vengo utilizando, realización *material* de la enemistad), a pesar de que también desarrolla

la función de organizar la producción. Y el derecho se reduce, *en el límite* de su fundamento, a coacción normativa, esto es, a “guerra” en la imposición de la legalidad (en otras palabras, realización *formal* de la enemistad), aun cuando al tiempo puede cumplir funciones garantistas.

Sin detenerme ahora en ello, agregaré entonces que la política moderna se debe comprender, en primera instancia, como *la continuidad de la economía por otros medios*; mientras que el derecho moderno, *prima facie*, puede ser entendido, a su vez, como *la continuidad de la política por medios diferentes*. Conceptualizadas tales actividades humanas de esta manera, lo “económico” se conforma como la dimensión que liga guerra y política (de ahí que en lenguaje ordinario se empleen las expresiones de “guerra económica” y de “política económica”), del mismo modo que lo “político” aparece como la dimensión de encrucijada entre *economía* y *derecho* (y de ahí que se hable desde el origen mismo de lo moderno de “economía política” y de “derecho político”). No es extraño, pues, que el estado en la modernidad se haya configurado desde una *sui generis* articulación de estas dos intrincadas dimensiones, lo económico y lo jurídico. Llamaré a este segundo modelo de interdependencia subordinada y transitiva *modelo belicista complejo* de la política moderna.

8. Ahora podemos volver a la cuestión de los “medios”. Si se reconoce que la política de la modernidad, o política estándar, pese a su matriz bélico-crematística y a sus implicaciones jurídicas, no deja de ser una actividad humana específica, habrá que suponer que sus medios de realización han de ser diferentes a los característicos de la guerra, la economía y el derecho. Así, de la misma manera que puede decirse que los medios de la guerra son los de la generalización de la violencia, y que los propios de la economía y del derecho son los de la maximización de la utilidad y los de la formalización del interés, respectivamente, puede afirmarse que los *medios de la política* han de ser los del *poder*, los de la *gestión del poder* que atraviesa esas actividades y ámbitos.

Porque la política estándar, en la medida en que ha de realizar la enemistad de forma *ordinaria*, necesita que su *cratos* disponga de un *ethos* propio, esto es, precisa organizarse como *capacidad de imposición de voluntades* desde la racionalización y administración de las peculiares instituciones que regulan los mundos de vida de la modernidad. Requiere, en definitiva, constituirse en *razón de Estado* gestionadora del poder en esos mundos.

Hoy el estado contemporáneo, por antonomasia monopolio de la violencia, es el enclave último de la política moderna y concentra casi todo el *poder bélico* (incluso algún Estado de corte imperial puede en ocasiones aspirar a la preparación de una “guerra de la estrellas”). Pero al tiempo se ha convertido en *poder económico*, en Estado capitalista, en la medida en que regula el intercambio mercantil. Y se ha constituido además en poder jurídico, en Estado de derecho, cuando acepta regularse –lo que no ocurre tan a menudo como nos gusta creer– por el imperio de la ley. Dicho con otras palabras, *la razón de Estado* de nuestros días subsume, de forma simultánea, *la razón bélica*, *la razón económica*, *la razón jurídica*, pero desde una concepción instrumental e instrumentalizada de la racionalidad, que se centra en la *lógica de la gestión*.

9. Ahora bien, cuando se marcan distancias respecto del panpoliticismo reinstaurado por Schmitt al seguir al estela de Hobbes y se detiene uno en los

caracteres teóricos de la política liberal, se empieza a comprender el por qué de la insistencia del liberalismo clásico en las “mediaciones” y en la discusión de los “medios”. Es decir, se comprende su aspiración a levantar barreras o tamicos que hagan de dique de contención o de filtro de ciertos excesos políticos, de modo que se atenúe la servidumbre a la agresividad.

Las concepciones liberales desde siempre han tratado de establecer una especie de *transitividad inversa* que arranque de las mediaciones y los medios del derecho, concebido de forma autónoma como núcleo constituyente de la civilidad moderna. Este es el artificio que explica por qué el *liberalismo jurídico* se autoconstituye como la premisa mayor no sólo del liberalismo político y económico, sino también del liberalismo militar. Llamemos a este tercer tipo de interdependencia transitiva inversa *modelo juricista liberal* de la política moderna, ya que hace del derecho la precondition (y el límite) de la política, la economía y la guerra, y da lugar a la teoría del “Estado de derecho” bajo el “imperio de la ley”, bajo la *primacía del derecho*.

Sin embargo, esta pretensión no puede evitar las antinomias y promesas incumplibles de los sistemas liberales *realmente existentes*, del liberalismo que cristaliza en una aporética *razón “liberal” de Estado*: la coexistencia de manera simultánea y congruente del modelo belicista complejo de política y el modelo juricista liberal no es posible. La antinomia entre estos modelos es irresoluble, tanto en la teoría como en la práctica. El tránsito político de la “normalidad” jurídica del estado liberal a su “excepcionalidad” bélica, y viceversa, siempre está expédito, sin solución de continuidad, mediante un rito de paso bien jurídico bien bélico. Las experiencias nazi-fascistas del siglo XX, dirigidas por burguesías un día antes y un día después liberales, así lo evidencian.

10. Así, la realización de las promesas de la autopsía liberal clásica únicamente encuentra posibilidades en el “más acá” de la enemistad, esto es, del lado exclusivo de las reservas sociales de la amistad, en las que la política se puede hacer con liberalidad sin excesivos riesgos para el *statu quo*. En este más acá se instaura una dialéctica del diálogo entre los “unos” (el yo y el tú, el nosotros y el vosotros) una vez que los “otros” (él y ella, ellos y ellas) han quedado excluidos. El derecho (realización formal de la amistad) se puede hacer de hecho sobredeterminante, la política de facto se convierte en *fair play* (realización ordinaria de la amistad), y la economía en *laissez-faire* (realización material de la amistad).

La tolerancia, el consentimiento y la legitimación pueden conformar entonces un sistema de elementos políticos y no políticos de cierta estabilidad, sistema que logra colonizar los territorios de la sociedad civil, que así es reconocida como tal. La sociabilidad y la concordia se dejan construir, no exentas de dificultades, claro está, desde la moral de la solidaridad, la fraternidad y el amor, y disponen –además– de los resortes de la compasión, la piedad y la caridad, e incluso de los mecanismos auto-absolutorios de la “buena conciencia”.

11. Pero estamos tratando con el bifronte de la política moderna. En el “más allá” de la amistad, la política es ya sin contemplaciones totalitaria, como el siglo XX con sus reiterados genocidios y masacres sistemáticas se ha encargado de poner en evidencia. Al enemigo, ni un vaso de agua: ahí se sitúa la genuina línea

divisoria de la política moderna. No hay sitio para las mediaciones; ante el enemigo el derecho sigue siendo sobredeterminado y los fueros bélico-crematísticos de la política reaparecen en toda su crudeza. Se restablece la dialéctica guerrera entre el bloque monolítico de los “unos”, formado por el *yo* y el *tú*, el *nosotros* y el *vosotros*, unidos en una pluralidad restringida, frente a los “otros” (*él* y *ella*, *ellos* y *ellas*), concebidos desde fuera, sin apenas diversidad. No hay más juegos que los *war games*. Al otro lado de la frontera de la amistad, desde el odio, el fratricidio y la insolidaridad brotan en estado puro la discordia y la insociabilidad humana; y en el mejor de los casos, la caridad, la piedad o la compasión se transmutan desde la “mala fe” en una retórica cínica, a veces ignorante y banal, nunca ingenua. Ruanda *dixit*.

La bifrontalidad jánica de la política no debe, sin embargo, malentenderse a causa de la metáfora espacial que acabo de emplear sobre el “más acá” y el “más allá” de la amistad (o de la enemistad). El criterio de demarcación bélica entre amistad y enemistad no establece un *apartheid* de dos espacios contiguos y contrapuestos para la política, sino que hace de toda política moderna una única, férrea e incongruente amalgama de civilidad y barbarie. De tal modo, El estado burocrático, la sociedad mercantil y el ciudadano ansioso occidental no siempre pueden dejar de interiorizar lo “otro” que queda en su exterioridad, por el simple expediente de declararlo mera “externalidad” de su paraíso artificial. Lo han de llevar *dentro de sí*, con todas sus consecuencias. Teléfono de ayuda: XXXXXXXX; cuenta corriente: YYYYYYY.

12. Concluamos sacando una sola consecuencia. Si se acepta que la mayor paradoja existencial de la izquierda consiste en que niega su identidad y pierde su razón de ser al compartir con la derecha una misma idea de política (la que se basa en la incongruente combinación de los modelos belicistas y jurdicista), es fácil comprender por qué, además de no tener presente, la izquierda carecerá también de futuro *si no rompe con los modos teórico-prácticos que conlleva esa idea derechista*. ¿Qué otra cosa puede significar el slogan “reforma de la política”?



2 Política ¿para qué?

La búsqueda del "sentido común"

Pietro Barcellona

Nos encontramos frente a problemas de dimensiones inéditas: el problema ecológico, el problema del paro, el problema demográfico y el problema de la alimentación de gran parte de la población de este planeta. Pero no creo que la preocupación por un final catastrófico de nuestra vida sobre el planeta pueda inducir, por sí sola y de un modo indoloro, a un cambio de ruta: la experiencia histórica no muestra en modo alguno que, frente a los riesgos y peligros, el hombre se detiene y reflexiona, modificando sus propias metas. Emanuele Severino, reflexionando sobre las tendencias del desarrollo basado en el crecimiento cuantitativo, en un libro titulado *Le tendenze fondamentali del nostro tempo*, ha escrito que, incluso, se podría hacer la hipótesis de que los pueblos ricos intentarán suprimir en el futuro a los pueblos pobres. No debemos escandalizarnos; debemos saber que ésta es no sólo una posibilidad más, sino, en cierto sentido, una previsión realista.

Una alternativa radical

Precisamente por esto, necesitamos pensar en una alternativa radical. Necesitamos sobre todo abandonar la idea de que nuestro modelo sea un modelo exportable, para imponer a todos con una lógica que se resume, de hecho, en una forma de nueva colonización de los otros países. Pero también debemos saber que no es orientándonos hacia el exterior de Occidente como resolveremos los problemas del planeta, sino por el contrario, asumiendo nosotros, en Occidente, la responsabilidad de cambiar nuestro modo de vida, en nuestra ciudad y nuestra vida cotidiana. Es necesario que aquí, en Occidente, se produzca otra cultura, ya que nosotros somos responsables de la cultura que hemos producido, industrialista, productivista, basada sobre la opresión y el dominio de los seres humanos y de la naturaleza.

La primera tarea de la nueva cultura es realizar una "crítica del desarrollo", ya que es necesario evitar la confusión entre economía y "crecimiento". Ciertamente, la economía no se puede suprimir como una esfera en la que se producen las condiciones materiales de la vida, pero la economía es un medio; por el contrario, ha sido históricamente el conjunto de los medios que la sociedad ha usado para producir bienes y para resolver sus problemas, según prioridades y criterios que no vienen impuesto por la propia economía. Cuando la economía se convierte en un fin, la producción por la producción, el crecimiento en sí mismo, el crecimiento del PIB (como único indicador del bienestar de una nación), entonces sucede algo perturbador; acontece una inversión de la relación entre economía y sociedad; la economía gobierna la sociedad y se transforma en la idea del "desarrollo

cuantitativo”, es decir, el incremento puro y simple de las “mercancías”. Si no hacemos la crítica del desarrollo, no llegaremos al fondo de ninguno de los problemas.

La economía de la conservación

O'Connor dice, por ejemplo, que hay que sustituir el desarrollo por una economía de la manutención y la conservación. He descubierto que en mi ciudad hay 70.000 viviendas abandonadas, y en la provincia cerca de 60.000, es decir, hay en total 130.000 viviendas que podrían responder ampliamente a la demanda. Pero se trata de casas abandonadas, en desuso, que requieren trabajo artesanal, obrero, de pequeñas empresas, mientras las grandes empresas producen estructuras prefabricadas y tienden a “cementificar” las áreas libres. Bien, se trata de elegir. Un trabajo de manutención y conservación es un trabajo económico, pero pertenece a otra economía, a una economía al servicio de otra visión de la ciudad y de otro modo de habitar.

Serge Latouche ha mostrado en sus escritos cómo gran parte de la población del planeta huye del mercado monetario y vive de una “economía informal” basada en la “reciprocidad”. Todo esto exige que se rompa el círculo vicioso de la subordinación del saber técnico y especializado a la economía capitalista, porque si la empresa y el capital se apropian de “la potencia social” del saber colectivo, según la lógica preponderante de la reducción del trabajo humano, entonces ninguna otra economía es imaginable.

Hacer política

Una nueva cultura requiere también una nueva política ¿Qué significa hacer política? No significa hacer la profesión de político (como afirman los científicos de la política), sino significa formular los problemas y responder a las necesidades y valores socialmente instituidos; en definitiva, hacer política significa concurrir a la creación del sentido común. Porque las sociedades humanas no tienen un sentido innato y los individuos humanos no tienen un sentido innato. Como dice Norbert Elias, la tarea de los individuos humanos es producir sentido, así como la tarea de la sociedad humana es dar sentido a la propia organización colectiva. Hacer política significa, por tanto, ocuparse de las demandas fundamentales, no para darles una respuesta definitiva, sino porque no podemos actuar sin preguntarnos qué somos los unos para los otros, por qué estamos juntos y qué objetivos queremos alcanzar.

En estos términos, no tiene sentido la distinción entre política y sociedad, o por lo menos tiene sentido en una óptica que es, a su vez, una operación política: reducir la política a lo político, como cuerpo separado y negar cualquier poder creador a la colectividad humana como experiencia efectiva de estar juntos.

La sociedad es política porque no es posible una sociedad que no sea política en el sentido de la decisión fundadora de la ciudad, del establecimiento de las reglas de estar juntos, de la distinción entre lo que es común y participar en lo que es divisible y atribuible a lo singular, exclusivamente.

Los que confían en los milagros y delegan todo en una “autoridad extrasocial” (la Razón absoluta vale lo mismo que el Corán) han decidido no ser ciudadanos democráticos. Y todo depende de que se imponga una concepción según la cual los ciudadanos no pueden decidir cómo vivir, los obreros no pueden organizar el trabajo, los estudiantes no pueden preguntar qué y por qué estudiar.

En realidad, como repite Castoriadis, “si los ciudadanos, los obreros, los funcionarios no fuesen activos sobre la base de criterios que dependen de su libertad de elección, día a día y momento a momento, la sociedad moriría”. La actitud de los seres humanos es necesariamente creativa de nuestra existencia porque debe dar respuestas de sentido. Quien sueña en la fábrica automática persigue un fantasma casi psicológico, una omnipotencia que no puede realizarse. Nunca existirá la fábrica automática; existe en cambio la tentativa de hacer a los seres humanos que trabajan superfluos, residuales como dice Ingrao. En realidad, siempre somos responsables de lo que sucede y no podemos escapar a esta responsabilidad. Nadie puede, frente al desastre del paro, responder que se trata de las leyes del mercado, porque el mercado no es una institución natural: es la más grande institución política de la modernidad. Como ha escrito Karl Polanyi, es el mayor artificio que han producido los hombres. Todo lo que consumimos, la forma en que vivimos, influye en la vida de todos, y la vida de todos influye sobre nuestra vida. Por ello mismo, reflexionando sobre estos temas, debemos realizar un acto de responsabilidad, debemos buscar tomar en nuestras manos las cuestiones que nos afectan.

Instituir nuevas relaciones de cooperación entre los seres humanos y entre los pueblos de los diferentes países según una lógica que tienda a someter el sistema productivo a los lugares de formación de las necesidades. Reencontrar un nuevo equilibrio entre territorio, trabajo y consumo para crear “economías regionales” capaces de resistir a la penetración colonizadora del modelo productivo occidental. Hoy como en el pasado la economía, el trabajo, las grandes y excluyentes opciones de Occidente han entrado en una crisis irreversible. La tarea de los que logren pensar globalmente consiste en mostrar nuevos caminos y sobre todo nuevas metas.

IL MESE (suplemento a *Il Manifesto*) nº7/ julio de 1994/ Roma

Traducción: Miguel Romero



3 Política ¿para qué?

Poder, ¿dónde está el poder?

Emir Sader

La práctica acostumbra a no tener piedad con los errores teóricos, no porque la teoría prime sobre la práctica, sino porque la transformación del capitalismo en socialismo exige un proceso consciente de reflexión y acción de millones de personas. La teoría es nada más que esa conciencia. El hábito, la costumbre, el empirismo, tienden a representar lo viejo, lo consolidado por el mercado, las seculares relaciones capitalistas que cuentan con eso para multiplicarse.

Experiencias reiteradas

Para quien, de una manera o de otra, acabó recorriendo el ciclo de golpes militares del Cono Sur de América Latina, una de las experiencias reiteradas fue la incredulidad, en cada país, de que se repetiría allí, de alguna forma, lo que ya estaba ocurriendo en los países vecinos. En Brasil, hasta 1964, un golpe militar era una cosa boliviana, argentina, de repúblicas bananeras, situadas en una lejana América Central que, en la denominación de la época, incluía el Caribe.

Para los chilenos y los uruguayos, la solidez de sus tradicionales sistemas políticos –incluidas en las Fuerzas Armadas– impedía la repetición de situaciones de golpe militar y, menos aún, de masacres represivas. Y los argentinos, apoyados en una larga cultura de golpes militares, consideraban que la fuerza de sus organizaciones de izquierda, sumadas al fuerte movimiento sindical, hacían imposible cualquier consolidación de un régimen militar.

Ya se sabe como se revelaron esas convicciones, y se desmoronaron en poco tiempo. La época de las dictaduras militares fue muy diferente de la de la redemocratización pero, a posteriori, es imposible no englobar el conjunto de transformaciones del Cono Sur en un mismo proceso histórico, en el que las particularidades se subordinaron a una evolución general, relativamente homogénea. Las ilusiones sobre la absoluta especificidad de cada proceso histórico no sólo fueron desmentidas, sino que se convirtieron en un obstáculo para que las fuerzas de izquierda de cada país pudiesen asimilar los aspectos generales presentes en todos ellos.

La sombra de la cordillera

Una experiencia en el Cono Sur de América Latina resalta por sus aspectos diferenciados: la del Gobierno chileno de la Unidad Popular, entre los años 1970-1973, en el que, bajo la presidencia de Salvador Allende y con el apoyo básicamente de los partidos socialistas y comunista, se trató de poner en práctica una plataforma anticapitalista, dentro de los marcos institucionales. Por razones evidentes, el interés de la militancia política brasilera se vuelca hacia la

experiencia chilena —o debería hacerlo— cuando la izquierda de nuestro país tiene posibilidades reales de llegar al Gobierno federal de 1994 y tratar de poner en práctica un programa de gobierno democrático y popular. Las preguntas son igualmente evidentes: ¿Por qué salió mal en Chile? ¿Tenía necesariamente que salir mal? ¿En qué medida la situación brasilera reproduce situaciones similares o se diferencia sustancialmente de la chilena? ¿Qué hay de común entre la situación en que Salvador Allende llegó a la presidencia en 1970, en Chile y la de una eventual victoria de Lula en 1994, en Brasil? ¿Qué hacer, para en ese caso, no repetir el camino de Chile? ¿Qué debe ser rescatado, y que debe ser modificado?

No vamos a hacer aquí un análisis y un balance de la experiencia del Gobierno de Allende, sino apenas abordar aquellos puntos que parecen más importantes para encarar una eventual experiencia de Gobierno del PT.

¿Sabe usted de qué habla?

El PT es una novedad radical en la izquierda brasileña, e incluso latinoamericana. Sus raíces están en la propia temporalidad diferenciada de la historia brasileña en relación a otros países del continente. Factores de relativo atraso se transforman en elementos favorables, caracterizando lo que ya fue llamado por Trotsky el “privilegio del atraso”. Por ejemplo, la liquidación de la izquierda anterior, por su relativa debilidad, abrió el campo para el surgimiento de una nueva izquierda, desvinculada de los errores más notables de aquella fuerza derrotada. Entre ellos estaba la vinculación al aparato de Estado, las alianzas subordinadas con fracciones burguesas, las posiciones internacionales de vinculación acrítica con la URSS, la rigidez organizativa, la falta de creatividad política y cultural. También la concepción que visualizaba el asalto al aparato estatal como la forma central de resolver la cuestión del poder de los trabajadores.

Después de la acumulación de fuerzas inicial, como alternativa opositora, independiente de la correlación de fuerzas burguesas, crítica y portadora de un proyecto de alternativa hegemónica de las fuerzas democráticas y populares, el PT se fue insertando en la institucionalidad, al inicio de una manera vacilante, después como el único camino posible para poner en práctica sus proyectos. El problema no está en el camino trillado, sino en la forma como esa opción fue hecha: sin reflexión sobre el significado de los pasos que se dieron, sin pensar de que manera la actuación institucional debe ser llevada a cabo para potenciar y ser potenciada por las luchas de los movimientos populares, sin colocar ambos planos en contradicción. O, en otras palabras, como compatibilizar ese nuevo nivel de actuación del PT con sus proyectos originales de construir una alternativa de poder centrada en la fuerza de los trabajadores.

No es que esos proyectos fuesen intocables, pero cualquier transformación de su sentido debería ser enfocada como tal y asumida o rechazada conscientemente. Si no, sería dejarse tragar por algunos de los mismos problemas de la izquierda anterior: afirmar un programa socialista, pero no

construir un alternativa al capitalismo, hablar de hegemonía del proletariado, pero subordinarse a los proyectos de fracciones burguesas.

En el caso de PT, es más grave porque su autonomía en relación al Estado burgués, la prioridad que otorga a la justicia social, su denuncia de la corrupción de un poder aislado y autonomizado en relación a la ciudadanía hacen de él el portador de elementos mucho más concretos y radicales para una alternativa realmente nueva del poder y de la sociedad. Dejar naufragar esos principios por la vía de los hechos sería propiciar una derrota aún más grave que las anteriores, por la dimensión de las esperanzas que suscita.

Ese es el problema: ¿el PT puede repetir, en el gobierno, el fracaso del Gobierno de Allende? ¿Puede dejarse tragar y paralizar por la institucionalidad construida para el gobierno de las mayorías sobre las minorías? ¿Puede ser víctima de alianzas que desnaturalicen el contenido fundamental de su programa de transformaciones, centrado en los trabajadores, en vez de ampliar y aumentar su potencial mediante esas alianzas? ¿El PT puede, en fin, una vez instalado en el Gobierno del Brasil, fracasar, por la vía de la renuncia formal - o por la vía de los hechos-, a los postulados fundamentales de transformación de la sociedad y del sistema político en dirección a una democracia radical, solidaria y humanista? ¿O ser derrotado y derribado por no haber despertado la conciencia, ayudar a organizar y liderar el movimiento por los derechos de ciudadanía del conjunto de la población brasileña?

Ironías de la historia

Ninguna victoria revolucionaria repitió las anteriores. Cada una las negó, reafirmando algunas leyes generales. Siempre que los trabajadores y los partidos de izquierda intentaron repetir esquemas de movimientos anteriores, fallaron, sea porque las condiciones eran otras, sea porque los adversarios ya se habían adoptado a las nuevas situaciones y estaban en condiciones de responder mejor a los nuevos desafíos.

Los fracasos se repiten porque los nuevos protagonistas no se esforzaron en analizarlos, o porque se consideraron por encima de cualquier parámetro pasado. De cualquier manera, confirman que las derrotas enseñan siempre más que las victorias. Éstas difícilmente se pueden repetir bajo la misma forma, en tanto que aquellas pueden reproducirse con pocas adaptaciones.

El triunfo de la revolución cubana no se repitió. Veinte años después los nicaragüenses vencieron, superando creativamente el camino de los cubanos, pero fracasaron cuando, ya en el poder, no supieron renovar su propia creatividad. Fueron soberbios al creer que su camino específico los eximía de los problemas que los cubanos enfrentaban, que, según ellos, eran producto de la dependencia de la URSS y no de las dificultades generales de construcción de una sociedad capaz de romper con el capitalismo en condiciones de atraso económico y cerco imperialista. Confiaron mágicamente en el mercado capitalista y fueron derrotados por él y por las fuerzas que hacen mejor uso de él. Constituyeron un buen ejemplo de cómo

la actitud de no analizar los triunfos y reveses con cuidado, modestia y creatividad puede condenarnos a no aprender de los triunfos y a repetir las derrotas.

El Camino de Santiago

La cita preferida de Allende era un verso del poeta español Antonio Machado: "Caminante no hay camino, se hace camino al andar". Servía, como frase de efecto, para librarse de preguntas embarazosas sobre los caminos que el ambicioso proyecto de transformación del capitalismo chileno en socialismo debería tomar frente a situaciones concretas que enfrentaba.

No significaba eso que la Unidad Popular no tuviese un programa, una estrategia, que se apoyase sólo en la habilidad individual de Allende para resolver en el día a día los problemas que fuesen surgiendo. Había un programa elaborado por una comisión de los mejores economistas del país, que preveía la expropiación de un grupo central de grandes empresas monopolistas que controlaban la economía chilena y que, en esa condición, imponían su lógica privatizante, exportadora de capital y privilegiadora del consumo de lujo a la economía y, por medio de ella, a la sociedad y al Estado chilenos.

Esas empresas expropiadas constituían un área de propiedad social, una especie de esfera pública que, junto a las empresas mixtas y empresas privadas, formaría una nueva economía, cuyo eje sería dado por la primeras. Empresas fundamentales para la economía —como las grandes empresas del cobre, por ejemplo— así como el sistema financiero, el comercio exterior, las grandes empresas de comercialización y las de energía eléctrica, de transporte, comunicaciones, compondrían el área de propiedad social. Se formaría así un eje socializado de la economía, dirigido por el Estado, con participación de los trabajadores.

El Estado chileno, por su lado, sería también transformado gradualmente, cambiando su naturaleza de clase, de un Estado burgués, hacia un Estado popular. El Parlamento sería sustituido por una Asamblea del Pueblo, como órgano único nacional, al lado del cual se crearían varias instancias de base de participación popular, como órganos de democracia directa.

Se produciría una transformación gradual del aparato estatal y, junto a las relaciones económicas, de las relaciones de poder en la sociedad. El socialismo surgiría como resultado de una transformación del carácter de la economía privada en economía pública y de la democratización radical de las estructuras de poder en la sociedad y en el Estado.

Lo que comienza bien puede acabar mal

Conocido el final de la historia, es fácil, retrospectivamente, definir que aquello iba a acabar mal. Muchas razones explican la derrota que condujo a una masacre sin precedentes en un país que tenía una continuidad democrática mayor que la mayoría de los países del Primer Mundo, y para una dictadura militar que se transformaría en cruel modelo de ese tipo de régimen.

Son tantas las razones del fracaso que basta una de ellas para explicar la derrota.

Se sabe que una de esas razones fue la acción de las Fuerzas Armadas, institución fuertemente jerarquizada del aparato estatal que consiguió evadirse proceso de democratización del Estado y valiéndose del monopolio del uso de la violencia, rompió con la reglas constitucionales y asumió el poder político mediante un golpe militar.

La Unidad Popular tenía una concepción según la cual las Fuerzas Armadas chilenas tenían un carácter popular, eran –como el PCB también acostumbraba decir en el Brasil– “el pueblo de uniforme”. Eran consideradas una excepción, a pesar de que cuando el programa de la Unidad Popular fue formulado, ya se habían dado golpes militares en Brasil y Bolivia, en 1964, y en la Argentina en 1966, y esos países se encontraban inequívocamente bajo dictaduras dirigidas por sus Fuerzas Armadas. Esta concepción se apoyaba en el origen de esas Fuerzas Armadas en las guerras de independencia –como en tantos otros países del continente– que les abrían dado una connotación nacional y popular y en la continuidad constitucional del país, que había elegido todos sus presidentes desde 1830 (con excepción de 1891 y del período 1924-1931), por medio de elecciones populares. A esa visión se sumaba otra que, partiendo de la composición social de los miembros de las Fuerzas Armadas, sin tener en cuenta su estricta verticalidad, hablaba de una institución representativa de las clases medias y de sectores populares y, por tanto, solidaria con esos sectores en sus intereses y alianzas de clase.

¿Poder dentro del poder?

Pero esa concepción equivocada no era un residuo en una visión general correcta sobre el poder político. En realidad la carga principal de los problemas de la estrategia de la Unidad Popular residía en una visión economicista y aparatista del poder. Se creía que, por la determinación en última instancia de las cuestiones económicas (los partidos socialistas y comunistas eran marxistas), al alterarse las bases materiales del poder político, éste tendería a expresar aquellas modificaciones.

Por otro lado, la estrategia de poder se orientaba hacia el aparato de Estado. Primero sería conquistado el Gobierno y se haría de la instancia ejecutiva el trampolín para ir, poco a poco, extendiendo el nuevo poder, hasta modificar globalmente su naturaleza de clase.

El poder no era concebido como un conjunto de relaciones, sino como algo a ser conquistado: sus bases económicas, por un lado, su lugar de dirección política por otro. Se equivocaban en los dos lados: el capital es una relación social y no se limita a una serie de propiedades a ser expropiadas. Así, la preocupación central del Gobierno era la expropiación de la propiedad estatal de las empresas y no su control. La batalla se hacía así más difícil, porque la expropiación dependía de una mayoría que Allende no tenía en el Congreso. Además de eso, el fetichismo de la propiedad aprisiona también a la burguesía, que cree que su poder reside, en última instancia, en la posesión jurídica de la propiedad, y por lo tanto, se aferra firmemente a ella. Sin embargo, bastaba conseguir implantar –hasta por la vía de los hechos– un control por parte de los trabajadores sobre la producción –metas, abastecimientos, costos– para poder imponer normas generales a la economía. Las

relaciones sociales podían ser cambiadas, sin que tuvieran lugar inevitablemente los choques con el Parlamento que tanto desgastaron al gobierno de Allende.

Por otro lado, la simple intervención en las empresas estratégicas, sin una reinserción de la economía chilena en el mercado internacional, llevaría la producción a situaciones de *impasse*, sin financiamientos, sin abastecimientos de materias primas, sin esquemas de comercialización.

En relación al aparato de Estado, Allende se vio desde el comienzo, cercado por las otras instancias estatales: el Parlamento, el Poder Judicial, la burocracia y, luego, las Fuerzas Armadas. Estas, tras ser sorprendidas *in fraganti* en una tentativa de golpe, antes mismo de la toma de posesión de Allende, deberían haber sido radicalmente renovadas en sus mandos. Los propios oficiales en aquel momento, como relataron posteriormente, se extrañaron de que Allende continuase respetando el acuerdo con la Democracia Cristiana de no tocar a los oficiales de las Fuerzas Armadas, sobre todo después de que estos participaron en el secuestro del entonces comandante en jefe del Ejército, simulando una acción de izquierda, que terminó con la muerte del oficial.

La concepción subyacente a la estrategia de poder de la Unidad Popular era la de que existiría una "dualidad de poderes dentro del aparato de Estado", conforme explicitó un intelectual comunista en aquel momento. Habría una situación revolucionaria, sin que se expresara en dos poderes externos, sino que se imbricarían uno en el otro. Esto justificaría la estrategia institucional de la Unidad Popular, que evitaba cualquier construcción de nuevas bases de poder externas al aparato estatal, ya que era dentro de éste donde se gestaba el nuevo Estado. Cualquier tentativa de construcción de órganos de poder popular era caracterizada como divisionista en relación a las estructuras sindicales, las únicas admitidas como formas de organización y representación popular, además del Congreso.

Al economicismo se unía un gradualismo institucional que subestimaba la correlación de fuerzas real que sustentaba el poder burgués. Significativa fue la acción de Allende al nacionalizar las minas de cobre del país, en manos de empresas norteamericanas. En un documento bien elaborado, se probaba que, por la media de la tasa de ganancia de las empresas mineras a nivel mundial, aquellas empresas habían obtenido un lucro excedente a lo largo de los años en Chile que, sumado, correspondía precisamente a la indemnización por la expropiación de las empresas. La propuesta de Allende fue aprobada por unanimidad por el Congreso chileno, después de ser caracterizada como un acto patriótico del Gobierno.

La resolución institucional y legal del caso, no agotaba el tema. Era necesario preparar al pueblo y a las fuerzas de izquierda para las reacciones del capital extranjero, que no demorarían. Si el Gobierno de Allende ya había sido recibido de forma extremadamente negativa por el gobierno de los EE UU —el dúo Nixon/Kissinger—, la nacionalización de las empresas mineras detonó el proceso de desestabilización internacional e interna del Gobierno de Allende. La aprobación unánime del Parlamento no significaba que la derecha —incluida la Democracia Cristiana, partido de centro que gradualmente fue sellando una alianza estratégica con la extrema derecha— estuviese convencida y dispuesta a defender la medida. Su actitud fue la de no desenmascarse frente a la unanimidad popular a favor de la medida.

La medida, que parecía confirmar la estrategia de la Unidad Popular de cortar la cola del perro poco a poco, jugando a que él no se daba cuenta, es un buen ejemplo de lo que pasa cuando se subestiman las múltiples dimensiones de las relaciones de poder. De ello se pueden sacar muchas enseñanzas.

Las represalias comenzaron en el plano internacional, con el cerco financiero a Chile. Se extendieron al plano interno, con el boicot empresarial, provocando el desabastecimiento, el mercado negro, el boicot, el *lock-out*, la hiperinflación, el desempleo y la desestabilización económica del país. Al mismo tiempo, entidades norteamericanas, con organismos dentro de Chile, financiaban movimientos huelguistas de técnicos y empleados de las minas de cobre, de conductores de camión, comerciantes, médicos y otros sectores clave de la economía, con la participación directa de la Democracia Cristiana y su sindicalismo de clase media.

El gobierno de Allende, preso de la institucionalidad, fue quedando cada vez más ahogado dentro del aparato de Estado, sin apelar a la construcción de las bases de un poder alternativo que combinase las acciones de gobierno con iniciativas populares y con la transferencia creciente de funciones estatales, boicoteadas por el aparato, hacia órganos populares.

El primer año de gobierno de Allende fue el de mayor popularidad. Sin tocar la estructura productiva del país, apelando apenas a la capacidad productiva ociosa, con congelamiento de precios, aumentos de salarios, reabsorción del desempleo, se produjo una reactivación de la economía de corto alcance. Las empresas responsables de la producción para el consumo popular no están en la lista de empresas estratégicas y el Gobierno no disponía de ningún control sobre ellas. Fue por ahí que el boicot se inició, anulando las conquistas populares mediante el desabastecimiento, el mercado negro y los aumentos de precios.

En el mismo momento, la gran mayoría de los órganos de prensa desarrollaba una creciente campaña de desestabilización del Gobierno, paralelamente a las huelgas mencionadas, al desabastecimiento, al cerco económico externo. Allende y su Gobierno se aferraban a la institucionalidad, sin capacidad ni voluntad para trasladar los enfrentamientos al terreno de la lucha de masas, actuando a la vez desde el Gobierno y las movilizaciones populares y los nacientes órganos de poder popular que los sectores más radicalizados de la izquierda promovían.

Lo mismo ocurrió cuando, agotada la posibilidad de obtener los dos tercios de votos que necesitaban en el Parlamento —y así deponer a Allende por medio de un golpe blando—, los partidos de oposición se lanzaron directamente al golpe militar: la Unidad Popular no mostró decisión para cambiar al campo principal de los enfrentamientos del plano institucional —donde Allende estaba cada vez más amordazado— al de la lucha se masas.

Una primera tentativa de *lock-out* por parte de los grandes empresarios —en septiembre-octubre de 1972— fue neutralizada por la respuesta de los trabajadores y los estudiantes, que consiguieron mantener las empresas funcionando. Pero el Gobierno no aprovechó para intervenir con vigor en aquellas empresas y colocarlas bajo la dirección de los propios trabajadores. Cuando se dio la primera tentativa de golpe militar, en junio de 1973, Allende tampoco se valió de ella para mandar a la reserva y castigar a los oficiales golpistas, los mismos que, dos meses y medio después, lo depondrían.

Los sectores más a la izquierda tampoco supieron superar las disyuntivas lucha institucional *versus* lucha revolucionaria y lucha desde el Gobierno *versus* lucha de masas. La izquierda se dividía, en tanto la derecha se unía, combinando la lucha legal con la lucha golpista, la lucha dentro del aparato estatal con la desestabilización llevada adelante por grupos de sabotaje, huelgas en sectores medios claves para la economía y el cerco de los medios de comunicación. Esa combinación que la izquierda no supo llevar a cabo, fue realizada con éxito por la derecha.

El poder no es una cosa

¿De donde vino el éxito de la derecha y el fracaso de la izquierda? De la comprensión de las relaciones de poder en la sociedad. La izquierda subestimó factores fundamentales de poder, como el capitalismo internacional, las Fuerzas Armadas y los medios de comunicación, elementos que contaron decisivamente para el otro campo, y subestimó la fuerza popular, su capacidad organizativa, creativa, sus posibilidades de construir un nuevo poder en la sociedad, articulado con el poder del Gobierno popular.

Al pensar las relaciones de poder centradas exclusivamente en las relaciones económicas internas y en las relaciones político institucionales, la izquierda se condenó a un reduccionismo que terminó siéndole fatal. Si, en parte, esa concepción fue influenciada teóricamente por el auge del estructuralismo althusseriano —para el cual las clases y todos los sujetos sociales serían apenas soportes de estructuras sociales, en cuya sobredeterminación residiría el peso decisivo de la causalidad social— no fue este el único responsable de una concepción entonces predominante en la izquierda chilena.

La tradicional orientación de los partidos comunistas estableció el marco general en que fueron definidos la estrategia y el programa de la izquierda chilena. El Partido Comunista de Chile —que, junto al uruguayo, fueron los únicos grandes PCs de base obrera en el continente— era un entusiasta heredero de la visión que el VII Congreso de la Internacional Comunista había dibujado para los PCs, en su visión para la periferia del capitalismo.

Dos referencias articulaban esa visión: una, la de la toma del poder, ejemplificada de forma restrictiva en el asalto del Palacio de Invierno, haciendo abstracción de todo el proceso de crisis del poder zarista y de la construcción de una alternativa de poder revolucionario; la otra, la estrategia de alianzas subordinadas con fracciones burguesas, para, mediante la ocupación gradual de espacios, revertir la naturaleza misma de la relación de fuerzas y de la estructura del aparato estatal. En las dos permanece la misma concepción del poder como una cosa a ser conquistada. Mediante un golpe, un asalto (la guerra de movimientos), o a través de la ocupación gradual (la guerra de posiciones). Si esa concepción cosificada del poder quedaba más patente en los movimientos insurreccionales, por la propia forma de enunciar su estrategia de la toma del poder, también presidía, aunque en código diferente, la concepción institucional de la lucha por el poder.

En el caso chileno, la expropiación de los grandes medios de producción y la ocupación gradual del aparato estatal revelaban esa concepción cosificada del

poder. En el plano económico, más que la propiedad, lo fundamental era la apropiación, el control sobre los movimientos del capital, la elaboración de una nueva estrategia de acumulación. Si la nacionalización de las minas de cobre era indispensable para ese objetivo, hubiera podido adoptar la forma de una propiedad social, compartida entre trabajadores, técnicos, Estado, cooperativas y propietarios privados. La confianza en el aparato de Estado chileno, como espacio privilegiado del nuevo poder, llevaba a la estatalización y a luchar por la propiedad estatal de las empresas, y no por el control de los trabajadores o por otras formas de control o aún por la reorientación de la circulación del capital.

En el plano político, la apropiación del aparato estatal era confundida con la resolución de la cuestión del poder. La defensa física y simbólica del Palacio de la Moncloa por parte de Salvador Allende —que heroicamente resistió con un fusil en la mano y con un casco de minero en la cabeza el bombardeo llevado a cabo por aviones y cañones— fue la escena final de la concepción que llevó al Gobierno popular a quedar cercado dentro del aparato del Estado, transformando en trampa: la concepción de que su toma sería el objetivo estratégico central del nuevo poder. Se subestimó la construcción de un nuevo poder apoyado en nuevas bases sociales, la articulación de los eslabones del aparato estatal —recuperables para la estrategia popular— como los nuevos embriones de poder que surgían en los barrios, en las fábricas, en las empresas, en los campos, en las escuelas, en los medios de comunicación.

El poder es una relación social, de la misma manera que el capital. La alteración de su naturaleza, la construcción de las bases de un nuevo poder es, por lo tanto, un proceso político, entendido éste como síntesis de las relaciones económicas, sociales, institucionales, ideológicas y militares.

Del estrategismo a la miseria de la estrategia

“El poder está en la punta del fusil”. “La infraestructura determina la superestructura”. “El poder está en todos los poros de la sociedad”. “Quién domina las conciencias tiene poder”. Cada una de esas afirmaciones, reduccionistas si son tomadas aisladamente, dan cuenta de un aspecto de la realidad. La construcción de una estrategia de poder para las clases subalternas depende, antes que nada, del análisis del poder de las clases dominantes. Porque se trata de un proceso simultáneo de desarticulación de ese poder y de construcción de uno nuevo. La mejor estrategia no es la que resuelve “de una vez por todas la cuestión de poder”, porque siendo esta una relación social, estará siempre planteada en la sociedad. La correlación de fuerzas se altera, no todo es posible en todo momento, pero la cuestión del poder nunca se resuelve definitivamente.

La mejor estrategia tampoco es aquella que finge que la cuestión de poder no existe. Para quién no acepta que el capitalismo se articula alrededor de antagonismos fundamentales en todos los planos de su existencia —económico, político, social, ideológico— eso es posible. Son los adeptos de la llamada “ingeniería política”, aquellos que consideran que la solución de los problemas sería posible con buenas e ingeniosas disposiciones de las cosas, de las personas y de sus intereses, atendiendo, dentro del sistema actual, a todos, sin postergar,

marginalizar, perjudicar, a nadie. Todo sería cuestión de artimañas, de habilidad, de malabarismos técnicos.

Las teorías de la modernización en las ciencias sociales se desarrollaron y fueron populares entre nosotros hasta los años 50, con esa ilusión. Después, se impusieron las realidades de los conflictos, de las contradicciones, de las rupturas, que los acuerdos de élite no han conseguido conjugar o disminuir. La mejor forma de ser una víctima indefensa de las contradicciones sociales es fingir que no existen. Allende, de alguna manera, intentó desesperadamente introducir transformaciones radicales en el capitalismo chileno, sin preparar a las fuerzas populares para los duros contragolpes que los intereses afectados desatarían contra su Gobierno.

“El poder nace del fusil” revela la absolutización de las relaciones de fuerza militares en un determinado estadio de los enfrentamientos de clase. La frase de Mao Tse-tung reflejaba un nivel de conflictos en el cual la instancia militar se hacía decisiva en la guerra de liberación contra los invasores japoneses y contra un Gobierno que capitulaba frente a las fuerzas extranjeras, apoyadas por los EEUU. Eran una situación de guerra en el sentido estricto de la palabra.

Aún así, la afirmación es restrictiva. La guerra de Vietnam, por ejemplo, fue ganada por los vietnamitas gracias a sus victorias en el campo de batalla, pero también por sus victorias ideológicas y políticas en el plano internacional, inclusive dentro de los EEUU. Todos esos elementos potenciaban la fuerza militar vietnamita y desembocaron en un debilitamiento militar y moral de las tropas norteamericanas. Lo militar era así un elemento político-militar, que sintetizaba los otros factores de la correlación de fuerzas.

La derrota norteamericana es, desde otro punto de vista, exactamente el desmentido de que “el poder nace del fusil”, ya que la superioridad militar norteamericana siempre fue indiscutible y, aún así, ayudado por factores políticos, ideológicos y morales, los vietnamitas los derrotaron.

La afirmación de que la “infraestructura determina la superestructura”, a su vez, corresponde a una causalidad histórica de incuestionable validez, pero no basta para comprender los fenómenos del poder y, principalmente, para trazar estrategias de lucha por el poder. Esa afirmación significa que las condiciones económico-sociales determinan las posibilidades y los rumbos del proceso de transformación política. Fue basándose en ello como Marx predijo que las condiciones de transformación del capitalismo en socialismo tenderían a darse en los países de mayor desarrollo de las fuerzas productivas.

Al mayor desarrollo del capitalismo corresponde un mayor desarrollo de la clase obrera y de la burguesía, pero no una mayor agudización de las contradicciones sociales, por razones de orden económico, social, político e ideológico, algunas de las cuales fueron analizadas por Lenin en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. El líder de la revolución rusa resumió las paradojas de la situación afirmando que es más fácil tomar el poder en un país atrasado como Rusia, pero es mucho más difícil construir el socialismo en él que en un país desarrollado como Alemania. En resumen: la mayor fragilidad del poder dominante en Rusia correspondía también a un mayor atraso en las condiciones materiales para la construcción del socialismo. Por eso, para Lenin, para que la revolución rusa fuese el primer capítulo de la historia mundial del socialismo, tenía que ser seguida

inmediatamente por la revolución en países como Alemania o en Inglaterra. Esta cuestión, que está en la raíz misma de los problemas a los que tuvo que enfrentarse la revolución rusa, demuestra cómo no se puede sustentar una visión mecanicista de las contradicciones sociales, y de su resolución política, basada directamente en las condiciones socioeconómicas. El socialismo no llegará a los países más ricos por ser ricos, ni a los más pobres por ser pobres. El desarrollo de un proceso de superación del capitalismo y de la construcción de una sociedad socialista está condicionando por factores económicos y sociales, pero se articula con elementos de orden político e ideológico, para hacer posible ese proceso. El socialismo no es el resultado mecánico del desarrollo de las fuerzas productivas o de las condiciones sociales. Sin su mediación, por la correlación de fuerzas en los planos político y cultural, ningún proceso de ese orden podrá ocurrir. Veremos más adelante que condiciones son esas y cómo se dan en el Brasil actual.

“El poder está en todos los poros de la sociedad”. Como las teorías de la microfísica del poder de Foucault, el pensamiento político puede avanzar mucho en la desmitificación de las visiones que conciben el poder como una cosa materializada, en el aparato estatal, cuyo control determinaría quién detenta el poder. Esa comprensión es el resultado de avances sucesivos, durante años, en la maduración de concepciones mucho más fecundas de los eslabones existentes entre las relaciones sociales y el poder político y en la diversificación de las formas de ejercicio del poder.

Sin embargo, la versión dada por Foucault —en el primer volumen de su *Historia de la Sexualidad*— desemboca en una disolución del poder político que, estando en todos los poros de la sociedad, termina no estando en ningún lugar e imposibilitando cualquier acción social para su transformación. De ahí las consecuencias pesimistas que él extrae para la construcción de cualquier forma de contrapoder, también ellas inevitablemente permeadas por el poder y sus tentáculos avasalladores.

Si el poder no se concentra en el aparato estatal, articula en él sus diferentes expresiones —en el plano económico, social, militar e ideológico (incluyendo es de los medios de comunicación)— como en una especie de nudo de varios nudos. La integración del aparato estatal en ese circuito constituye el poder político propiamente dicho de las fuerzas dominantes. Cualquier contradicción antagónica y constante entre esas formas de expresión del poder implica graves desarticulaciones en las modalidades de reproducción de las relaciones de poder en la sociedad. El control del aparato del Estado representa la dimensión material más directa del ejercicio del poder y representa un elemento fundamental —aunque no suficiente— para que una fuerza o un conjunto de fuerzas se torne hegemónica en la sociedad.

“Quién domina las conciencias tiene el poder”. Esa visión también implica una dimensión del poder social que, cada día menos podemos atajar, mucho más en una sociedad como la brasileña, donde la televisión ejerce influencia política e ideológica como en ningún país del mundo. Ningún poder hegemónico puede constituirse sin arreglar cuentas con ese poder, sin desarticularlo y reconstruirlo o sin sumarse a él o por lo menos neutralizarlo.

No se debe, por ningún motivo, disminuir la importancia de las fuerzas alternativas de pensamiento social, en todos los planos: de la visión crítica sobre el

consumismo capitalista a la solidaridad social con los pobres, de la tolerancia en la convivencia con los otros a la crítica del saber al servicio de la reproducción de las élites dominantes. La instancia ideológica y cultural, tanto tiempo subestimada en la lucha por la hegemonía alternativa de las clases subalternas, a pesar de estar formalmente reconocida como un campo fundamental de acción por la dirección política de un partido como el PT, casi siempre mantiene ese reconocimiento en el nivel formal, sin dedicarle la energía y la creatividad que requiere.

Lo opuesto, también sería subestimar las otras dimensiones del poder político. Su fundamento en las relaciones económicas, sus expresiones sociales, sus proyecciones organizativas, sus fuerzas político-partidarias y también su dimensión estatal. Si no podríamos recaer en concepciones fundadas en la impermeabilidad de un poder social basado en el monopolio de los medios de comunicación, trazándose así un destino casi insoslayable.

La política, ¿es el arte de lo posible?

Si hasta cierto momento la izquierda pecó de un cierto estrategismo, sobrevalorando la lucha por el poder —reflejada en su forma más nítida en las concepciones que privilegian la idea de “asalto al poder”— después, en particular en la trayectoria del PT, pasó a primar la ausencia de reflexión estratégica. El PT nació sin una definición ideológica previa y ésta es una de sus características positivas frente a una izquierda excesivamente ideologizada, dividida entre distintas concepciones sobre la revolución soviética y la trayectoria del movimiento comunista internacional, pero sin enraizamiento en la historia y en las condiciones de Brasil. Una izquierda volcada radicalmente en la discusión de las formas de lucha para el asalto al aparato del poder político, sin integrar las condiciones sociales e ideológicas de la construcción de un poder alternativo.

Luego, sin embargo, con su crecimiento y el rápido agotamiento del PMDB y de las fuerzas que habían asumido la dirección político del proceso de transición democrático, el PT se vió rápidamente proyectado al centro de la vida política y se fue insertando en la institucionalidad, primero a través de los parlamentarios, después de alcaldes y posteriormente —aunque de manera informal y desautorizada— de ministros. Esa inserción fue definiendo una estrategia o asumiendo los supuestos de estrategias implícitas en la institucionalidad, sin reflexionar sobre su significado.

La apología de la falta de definiciones programáticas y estratégicas se fue volviendo altamente negativa. El PT fue demostrando una grave incapacidad para hacer la teoría de su práctica, para asimilar el sentido de su acción como partido, de atribuir conscientemente significado a su actuación. No era ya posible entender la naturaleza del PT exclusivamente a partir de sus orígenes sociales. Ya se había constituido como fuerza política, ya ocupaba espacios institucionales, ya se relacionaba con otras fuerzas sociales a través de alianzas políticas. De un estrategismo asumido artificialmente, la izquierda pasaba a una miseria de la estrategia, a un empirismo, a un pragmatismo que pretende que su significado sea inmediatamente cristalino, que, por definición, sea representante de un proyecto, no comprometido con el *statu quo*, contrario a los errores de la vieja izquierda, de aquí y de fuera. Por los ejemplos

citados al inicio de este trabajo es obvio que esa es la mejor forma de condenarse a repetir los errores del pasado, aunque envueltos en un nuevo ropaje.

Centrar la estrategia del PT en las formas de llegar al Gobierno es otra forma de considerar el poder como una cosa. Es considerar que las condiciones de transformar el país están dadas a partir del aparato de Estado, tanto que la política de alianzas no se basa en la unificación de todos los sectores sociales subalternos, en la necesidad de aislar a los adversarios, de construir una fuerza social alternativa que de base de apoyo activo a una hegemonía democrática y popular. La política de alianzas busca conseguir los votos necesarios para ganar la elección, para garantizar al máximo el apoyo del Parlamento después de las elecciones. Se trata de una reducción institucionalista de la política, aislándola de las relaciones de poder que necesariamente la permean. Y de olvidarse que, sin afectar intereses poderosos en el Brasil, nada importante podrá ser hecho en el camino de la democracia y de la ciudadanía integral para todos. Se trata, de una recaída en las especulaciones de los que creen que la política es el "arte de lo posible", la práctica de no afectar los intereses de nadie, aboliendo los intereses y las relaciones de poder. El mejor camino para el desastre es desconocer sus dificultades reales. No aprender de las duras derrotas de Chile y Nicaragua es apostar por recorrer ese mismo camino, aunque sea por vías diferentes.

Elementos de estrategia

Para las clases subalternas el objetivo es cambiar radicalmente las bases del poder, sustituir el poder de las élites dominantes por el poder de los trabajadores y el pueblo en general. Ese proceso, por su radicalidad, exige una revolución democrática de nuestra sociedad, una ruptura con las estructuras de poder vigentes, que abra el camino para la construcción de una sociedad radicalmente diferente de la cual, solitaria, justa, ética, humana.

Muchas cosas han cambiado desde el asalto al Palacio de Invierno, desde las barricadas de la Comuna de París o la guerra de guerrillas en China, Cuba y Vietnam. Muchas cosas son diferentes porque la estructura de la sociedad brasilera es diferente de aquellas o porque cambió el período histórico. Cada estrategia depende de la estructura de poder a la que se enfrenta y del proyecto histórico que se propone. Su definición, por tanto está en función de las alteraciones de las estructuras de poder y de las reformulaciones del proyecto de sociedad alternativa que se busca.

El panorama internacional delimita marcos para la actuación de un gobierno democrático y popular, frente a las políticas excluyentes de las grandes potencias. Por primera vez, desde hace mucho tiempo, el "Primer Mundo" no tiene discurso para proponerle al "Tercer Mundo". Cuando nunca fue tan grande la concentración de riqueza, tecnología, medios de comunicación de masas y capacidad militar en el Hemisferio Norte, las 3/4 partes de la humanidad que viven en el Sur están excluidas de los bienes que la humanidad crea.

Ninguna política que se adapte a las normas del orden internacional reinante puede cumplir los requerimientos internos básicos de un Gobierno. Siendo así, solamente una articulación con los no privilegiados por los megamercados —como América Latina, China, India, el conjunto de las naciones del Hemisferio Sur— puede generar

una correlación de fuerzas diferente de la actual para renegociar las relaciones con las potencias industrializadas. Sin eso, un Gobierno democrático y popular será inevitablemente rehén de los bancos internacionales, del FMI, del Grupo de los 7, cuya política es malthusiana, excluyente y socialmente genocida en relación con las grandes masas de la humanidad, que no podrán llegar a los niveles de vida que alcanzó el "Primer Mundo" partiendo de sus políticas colonialistas, neocolonialistas e imperialistas, renovadas por la expoliación financiera y tecnológica actual.

Es evidente que un gobierno dirigido por el PT puede encontrar muchos aliados dentro del propio Hemisferio Norte, comenzando por los partidos social-demócratas europeos, centrales sindicales, grupos de izquierda, organizaciones no gubernamentales. Cuanto más valiente y audaz sea a la hora de enfrentar los problemas sociales del país y más fuerte su voluntad política de resolverlos positivamente, mayor la capacidad de capitalizar las mejores energías existentes en varias partes del mundo. Lo más importante es que la política internacional de un gobierno democrático y popular debe considerar las relaciones de fuerzas externas como una realidad específica, sobre la cual es preciso actuar con el afán de buscar apoyos, de aumentar la solidaridad con los pueblos del Hemisferio Sur y con todos los discriminados y marginalizados, inclusive dentro del propio Hemisferio Norte. Se necesita una política de principios que sea eficaz.

La vía insurreccional genera un período excepcional de toma rápida de conciencia por parte de millones de personas, mediante la simplificación de las contradicciones esenciales de la sociedad. Puede contar con una fuerza ideológica, de movilización social, de organización política para poner en práctica transformaciones profundas. Es el momento en que "lo extraordinario se vuelve cotidiano", según las palabras de Lenin y del Ché.

La vía institucional abre, mediante el acceso al Gobierno, un proceso de transformaciones de otro tipo. Pero a pesar de sus diferencias con la vía insurreccional, para ganar la radicalidad necesaria y poder triunfar es preciso contar con la movilización social, la fuerza ideológica y la organización política de las grandes mayorías populares. Una victoria electoral del PT en las elecciones presidenciales, con el actual cuadro de relativa desmovilización social, de defensiva estratégica en el plano ideológico por parte de la izquierda, de limitada capacidad organizativa en el plano político, será un marco profundamente desfavorable para ese Gobierno, que amenaza con ahogarlo en las entretelas de un aparato de Estado y de un sistema político hechos para el Gobierno de las minorías sobre las mayorías, para la reproducción del *statu quo* y no para su transformación radical.

De eso se trata cuando se dice que la izquierda debe abandonar una concepción del poder como cosa, asaltando el aparato de Estado, para caer en otra, que considera que la modificación radical de nuestra sociedad tiene en el acceso al Gobierno su fundamental y prácticamente única palanca. Las experiencias de gobierno municipal del PT han bastado para demostrar el carácter inerte de los aparatos burocráticos y de la estructura jurídica que bloquea transformaciones fundamentales de la naturaleza social de los poderes municipales. A nivel nacional esto mismo se da de un forma suficientemente consistente, al menos para dar garantías a las élites dominantes, que bloquearán toda transformación radical de sus estructuras.

Un proyecto de hegemonía de las clases subalternas requiere, por lo tanto, la combinación de la lucha institucional con una plataforma programática que unifique las grandes mayorías nacionales, la movilización constante de éstas en torno a organizaciones que asuman paulatinamente responsabilidades de poder local y la permanente lucha ideológica para demostrar de modo convincente la superioridad social y moral de los valores de la democracia radical, del humanismo, de la solidaridad y de la ética.

Las alianzas sociales y políticas tienen que estar subordinadas a esos objetivos y no subordinarlos. Luchamos para construir un nuevo bloque de poder que, por primera vez en el Brasil, pueda representar directamente a la gran mayoría de la población. Eso significa, antes que nada, la unión social del pueblo, en función de la cual deben realizarse las alianzas políticas, como expresión de los sectores que deben unificarse.

Esa plataforma necesita modificar sustancialmente las relaciones de poder que se articulan en torno a los ejes neurálgicos de la sociedad brasileña: la propiedad social de la tierra, la democracia de los medios de comunicación de masas, la superación de la asfixia provocada por las deudas interna y externa, entre otros. En torno a ella se requiere la movilización y adhesión profunda de amplias mayorías del país para poder hacer frente a las represalias que los sectores privilegiados desatarán contra un Gobierno democrático y popular. Esta adhesión tendrá que ser mucho más que el simple voto, tiene que tener la fuerza de quién se juega en ella su destino, su dignidad de ser humano, cuyo rescate es perseguido como objetivo central por la plataforma democrática y popular.

Por último, nada sustituye a la disposición de luchar para ganar, a la voluntad de derrotar a las élites responsables de las injusticias, de la explotación, de la apropiación privada de los bienes públicos, del abandono de cualquier sentimiento de solidaridad social, expresado en el avance acelerado hacia una sociedad de *apartheid*, cada vez más configurada entre nosotros. Tener el derecho a triunfar supone la voluntad de triunfar, la disposición al sacrificio para construir una inmensa fuerza hegemónica de los explotados, oprimidos y humillados, cuya superioridad social, política y moral es la única garantía de la victoria de la revolución democrática, sin la cual el poder continuará siendo sinónimo de explotación, alienación y dominio de las minorías.



4 Política ¿para qué?

Tiempos de transición y autorreforma de la izquierda

Jaime Pastor

1. Cualquier reflexión sobre el futuro de la izquierda parece verse obligada a empezar por intentar responder a la pregunta sobre qué es en realidad la izquierda, y esto es lo que trataré de hacer en primer lugar, aunque sea de forma breve. Pienso que las principales señas de identidad que caracterizan a ésta son tanto las que proceden de su irrupción tras la Revolución Francesa –lucha contra los privilegios y por la soberanía popular– como las que son consustanciales a su desarrollo simultáneo a la lucha de clases y a la aspiración igualitarista del movimiento obrero. Puesto que todos estos problemas siguen en pie, y pese a los avatares acaecidos a lo largo de este siglo, creo que sigue teniendo sentido hablar de la izquierda como ese conjunto diverso de gentes que comparten una voluntad de lucha contra el capitalismo y de superación de las desigualdades fundamentales de nuestras sociedades.

Es cierto que esta formulación es muy general y no está exenta de ambigüedades, especialmente ante las nuevas generaciones que contemplan hoy la más profunda de las crisis de la izquierda tras el derrumbe del “socialismo real” y el grado de corrupción alcanzado por tanto socialdemócrata. Pero mantiene en lo fundamental su vigencia en el diálogo con todos aquellos que todavía se autoidentifican con lo que convencionalmente llamamos “izquierda social”.

Quizás la mejor prueba de que continúa funcionando esa dimensión izquierda-derecha en el comportamiento de la ciudadanía sea el fracaso en los intentos de superarla desde nuevas formaciones políticas, ya sea por los verdes antes o por los populismos ahora. Porque es evidente que los primeros responden a una nueva polarización (materialismo-posmaterialismo, o ecologismo *versus* productivismo) y los segundos a, entre otros factores, el rechazo que genera la nueva clase política corrupta; pero esos nuevos alineamientos no se producen al margen de las divisiones que provoca el resurgimiento de la cuestión social como un problema central de estos tiempos. Por eso mismo, la mayoría de esos nuevos partidos terminan acercándose a la izquierda o a la derecha o, en caso contrario, conocen crisis internas, como las que se han producido en Francia o, ahora, en Italia.

En todo caso, lo que sí hay que reconocer es que en el nuevo siglo político en que ya hemos entrado, esa izquierda va a tener que redefinirse y, al menos, encontrar los adjetivos que la ayuden a salir de la perplejidad y el desconcierto en que se encuentra sumida. No puede limitarse, por ejemplo, a hablar de la cuestión social aislada de las otras crisis que sacuden a la “modernidad tardía” en que hemos entrado, y en particular de la crisis ecológica; no puede tampoco repetir viejas cantinelas sin reconocer las enormes mutaciones que ha conocido el capitalismo y los efectos que tiene en el debilitamiento de la “economía moral” del movimiento obrero.

La exigencia de actitud autocrítica de aquella izquierda que quiera sobrevivir al nuevo siglo se basa en su ineludible deber de reinterpretar la realidad y de sacar las lecciones del pasado, pero no implica pedirle que renuncie a lo que sigue siendo su razón de ser: volver a dar credibilidad a proyectos de sociedad alternativa, de autoemancipación humana. Porque una de las paradojas de nuestro tiempo es que muchas son las cosas que han cambiado, pero ninguna de ellas invalida la necesidad de una alternativa al capitalismo. Esto es ilustrado con bastante claridad por Perry Anderson en un artículo polémico con las tristemente famosas tesis de Fukuyama: en él sostiene que “ninguno de los cambios objetivos que han transformado la credibilidad del socialismo está falto de ambigüedad. La socialización de las fuerzas productivas entendida como concentración física –conjunto de fábricas y localización geográfica– ha conocido un declive efectivo. Pero entendida como interconexión técnica –la conexión de múltiples unidades productivas en un proceso en último término integrado–, ha crecido enormemente (multinacionales y red de interdependencia global). El proletariado industrial de trabajadores manuales ha disminuido, pero el número de personas obligadas a vender su fuerza de trabajo no ha descendido. La planificación imperativa ha sido desacreditada, pero en el mundo capitalista la planificación corporativa nunca ha sido tan compleja y ambiciosa. Incluso la igualdad se ha extendido como una exigencia legal y una norma ordinaria”. Se podrían añadir muchas cosas a este diagnóstico, pero lo esencial está dicho, ya que, aún reconociendo lo nuevo, contribuye a mostrar lo que hay por debajo de esos cambios y que es lo que en realidad pretenden ocultar muchos de los que quieren enterrar el ideal socialista.

2. La izquierda ha de plantearse, por tanto, con mayor convicción que nunca en el pasado, la necesidad de romper con el modelo civilizatorio dominante. Pero ahora no ha de hacerlo sobre la base de determinadas “leyes de la historia” que juegan a favor de un final feliz, sino más bien por lo contrario: porque, de seguir este curso, los riesgos que sufren la humanidad y el planeta aumentarán aceleradamente, ya se trate de una catástrofe ecológica, de un colapso económico o financiero del capitalismo, del ascenso de fuerzas y poderes de signo totalitario o de una guerra nuclear, como de forma sintética ha tratado de resumir Anthony Giddens.

Esa necesidad de un socialismo antiburocrático y alternativo no se basa sólo en el impulso ético que ha de guiar a toda la izquierda. Se apoya también en el hecho de que las viejas y nuevas contradicciones siguen actuando y, unidas a ellas, las revueltas y las resistencias que provoca el capitalismo entre los explotados y excluidos. Con ellos y ellas es con quienes es posible emprender nuevos caminos de reconstrucción de la izquierda, y ése es el enorme potencial humano que justifica nuestra esperanza razonada en que se pueda salir de la crisis actual y evitar el desastre.

Para ello nos encontramos con la difícil tarea de “volver a empezar”, evitando repetir el camino de las dos grandes corrientes del movimiento obrero, pero también el de una izquierda radical que jugó un papel importante desde los movimientos sociales, pero no logró conectar la resistencia con estrategias alternativas a la práctica institucionalista dominante en la izquierda política.

3. Esa búsqueda de nuevos caminos adquiere cierto carácter de urgencia si tenemos en cuenta que nos podemos encontrar en un cambio de ciclo político a escala, al menos, de algunas regiones del mundo. En América Latina, por ejemplo, las confrontaciones electorales de México, Brasil y Uruguay pueden modificar sustancialmente el panorama político y, como sugiere James Petras, hacernos entrar en una etapa posliberal en la que la relación entre la izquierda y los movimientos sociales sea de convergencia, en el mejor de los casos, o de conflicto y frustración, si se reproducen los viejos errores estatistas y no resurge una solidaridad internacionalista capaz de contrarrestar el cerco que a los nuevos gobiernos impondrán las grandes corporaciones transnacionales y los organismos (FMI, BM, GATT) a su servicio.

En cuanto al Estado español, puede iniciarse también una nueva etapa. Es cierto que el ascenso de Izquierda Unida no ha de ocultarnos la amenaza de un probable triunfo de la derecha y los efectos negativos que esto supondría; pero la erosión electoral del felipismo parece irreversible y ayuda al menos a plantearse en nuevos términos la reconstrucción de la izquierda. Esta no pasa ya, si es que alguna vez lo hizo, por la presión a favor de una política de unidad socialistas –comunistas en torno a programas de transformación, como en el pasado se planteó incluso desde el trotskismo más “clásico”. Ni la evolución del PSOE ni la realidad actual de estos partidos les pueden convertir en eje de esa recomposición. Esta ha de concebirse ahora en términos más sociales que políticos, en el marco de una convergencia práctica entre lo que hoy son IU y otras formaciones de izquierda nacionalistas, por un lado, y los viejos, nuevos y novísimos movimientos sociales anticapitalistas, por otro. De su apoyo mutuo, de su confluencia práctica depende que resurja un nuevo interés por la política –y por otra forma de hacerla– entre la ciudadanía de izquierdas. Sólo así cabe pensar en que algún día demos el salto desde la oposición a la ofensiva neoliberal y al felipismo hasta la propuesta de programas alternativos capaces de frenar el “tren de la historia” y de iniciar un nuevo rumbo hacia otro modelo de sociedad.

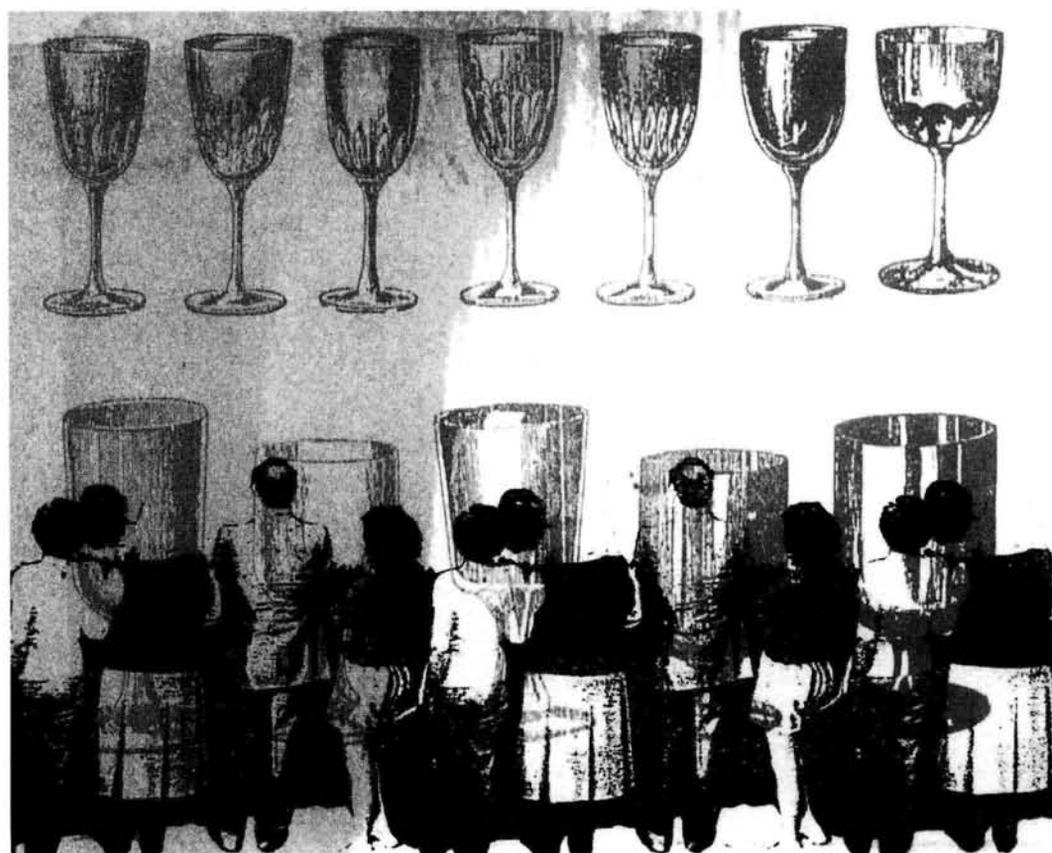
En este proceso tiene sentido hablar de lucha por la hegemonía siempre que no se entienda en términos puramente electorales o de “gobernabilidad”, sino más bien en el sentido de la construcción de bloques sociales alternativos en los que las formaciones políticas no instrumentalicen sino que “animen” una removilización social y articulen demandas y programas que estén a la altura de la respuesta a la gravedad de las agresiones a que ha de hacer frente. Por esas mismas razones cualquier alianza o pacto institucional debería subordinarse a la modificación sustancial de la relación de fuerzas actual, vista no sólo en términos electorales, y a la superación definitiva de la condición de subalternidad que muchas veces se ha querido dar a IU respecto al PSOE.

Dentro de esta nueva dinámica, en la que, recordando una famosa sentencia, “lo viejo se resite a morir y lo nuevo no acaba de nacer” dentro de la propia izquierda, el “espacio rojiverdemorado” que algunos y algunas queremos consolidar constituye una condición imprescindible para asegurar pasos adelante en esa reconstrucción. Cualquiera que milite en IU o alguna de las organizaciones de izquierda hoy existentes conoce el largo trecho que hay muchas veces entre los avances en muchos de los discursos políticos de sus dirigentes y los retrasos en su

puesta en práctica, tanto hacia el exterior como en el interior de sus formaciones.

Algo parecido podríamos decir de algunos colectivos de movimientos sociales que reconocen la necesidad de "pensar globalmente", pero luego se refugian en su ámbito específico de lucha, en "lo local" o en una muy particular interpretación de su autonomía (como sucede con las direcciones sindicales) para así no entrar en el "terreno minado de la política" o, simplemente, no adherirse a iniciativas ciudadanas unitarias. Sería bueno, por tanto, que quienes compartimos este conjunto de preocupaciones y esfuerzos de respuesta comunes, aún procediendo de distintos campos de la izquierda roja o verde, avancemos en una articulación mayor de nuestras reflexiones y nuestra práctica, siempre sobre la base del respeto a la diversidad de nuestros propios colectivos y, sobre todo, a lo que de específico tengan los diferentes procesos nacional-territoriales en los que aspiramos a encontrar un arraigo social.





Un marxista romántico

Michael Lowy

Durante largo tiempo, los representantes de la ortodoxia “marxista-leninista-stalinista” han tratado a Mariátegui de “socialista pequeño-burgués” y de “populista”. Peor aún, el fundador del comunismo peruano no sería en el fondo más que un romántico. Para estos ideólogos –de los cuales el más conocido es el eminente especialista soviético V. M. Miroshovski– bastaba con acusar a Mariátegui de este pecado mortal, el romanticismo, para demostrar que su pensamiento era ajeno al marxismo **1**.

Ahora bien, ya es tiempo de que nos demos cuenta –y el ejemplo de Mariátegui lo ilustra maravillosamente– que, lejos de ser contradictorios, marxismo y romanticismo son perfectamente compatibles y pueden enriquecerse mutuamente.

¿Qué es el romanticismo?

El romanticismo nació al final del siglo XVIII como una reacción al advenimiento de la civilización moderna, al desarrollo de la sociedad industrial burguesa, fundada en la racionalidad burocrática, la cuantificación de la vida social y el “desencanto del mundo” (según la célebre fórmula de Max Weber). Una vez surgido, con Rousseau y la *Frühromantik* alemana, el romanticismo no desaparecerá de la cultura moderna y constituye, hasta nuestros días, una de las principales estructuras de sensibilidad de nuestra época. Nada es más falso y artificial que reducirlo a un estilo literario. En tanto que verdadera visión del mundo “holista”, el romanticismo se manifiesta en todos los dominios de la vida cultural: artes, literatura, religión, política, ciencias sociales, historiografía, filosofía. Su característica esencial es la crítica de la sociedad burguesa moderna a partir de valores sociales, culturales, éticos, estéticos o religiosos precapitalistas. Oponiendo a los valores puramente cuantitativos de la *Zivilisation* industrial los valores cualitativos de la *Kultur* espiritual y moral, o a la *Gesellschaft* individualista y artificial la *Gemeinschaft* orgánica y natural, la sociología alemana de fines del siglo XIX formulaba de manera sistemática esta nostalgia romántica del pasado, esta tentativa desesperada de “re-encantar el mundo”.

Por supuesto, la nebulosa cultural romántica está lejos de ser homogénea: ahí se encuentra una pluralidad de corrientes, desde el romanticismo conservador o reaccionario que apunta a restaurar los privilegios y la jerarquía social del Antiguo Régimen, hasta el romanticismo revolucionario, que integra las adquisiciones de 1789 (libertad, democracia, igualdad) y para el cual el objetivo no es el retorno hacia atrás, sino un rodeo por el pasado comunitario hacia el futuro utópico; desde el irracionalismo oscurantista e intolerante hasta la crítica humanista de la racionalidad instrumental, cuantificadora y burocrática.

1/ Ver V.M. Miroshovski, “El populismo en el Perú”, 1941, en José Aricó (ed.) *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México, Ediciones Pasado y Presente, 1978.

El romanticismo revolucionario es una dimensión crucial, y olvidada, del pensamiento de Marx y Engels. Se manifiesta en sus escritos de múltiples formas, pero lo más importante es probablemente su concepción del comunismo moderno como el restablecimiento de ciertos rasgos de las comunidades primitivas. Como escribía Marx en su carta de 1881 a Vera Zasúlich, la abolición revolucionaria del capitalismo significará “el regreso de las sociedades modernas al tipo ‘arcaico’ de propiedad comunal”, o más precisamente, “un renacimiento del tipo de sociedad arcaico bajo una forma superior”. Un renacimiento que integre, por tanto, todas las adquisiciones técnicas de la civilización europea moderna **/2**. Y no se trata para él de una simple referencia histórica: en los países –¡como Rusia!– donde la comunidad rural había logrado mantenerse (al menos parcialmente) podría servir directamente de punto de partida para la transición al socialismo.

En deliberada ruptura con estas ideas de Marx, que no dejaban de tener puntos de contacto con las de los populistas rusos, Plejanov formulará su doctrina llamada “marxista ortodoxa”, exaltando el progreso capitalista y proclamando la necesidad inevitable de una etapa histórica de revolución burguesa e industrial para sacar a Rusia de su atraso feudal y “asiático”, dogma menchevique del cual se reclaman, bajo formas diversas y variadas, todos los críticos (stalinistas o apristas) de Mariátegui.

Dos marxismos

Desde el fin del siglo XIX aparecen así dos tendencias en el seno del marxismo: una corriente positivista y evolucionista, para la cual el socialismo no era más que la continuación y el coronamiento de la civilización industrial-burguesa (Plejanov, Kautsky y sus discípulos en la II y la III Internacionales) y una corriente que se podría considerar como romántica, en la medida en que critica las “ilusiones del progreso” y formula una dialéctica utópica-revolucionaria entre el pasado precapitalista y el futuro socialista: por ejemplo, desde William Morris hasta los marxistas ingleses contemporáneos (E. P. Thompson, Raymond Williams) y desde Lukács y Bloch hasta Marcuse (pasando por la escuela de Frankfurt).

Es a esta corriente a la que pertenece José Carlos Mariátegui de una forma original y en un contexto latinoamericano muy diferente a los de Inglaterra o Europa Central. Durante su estancia en Europa, Mariátegui asimiló simultáneamente el marxismo y ciertos aspectos del pensamiento romántico contemporáneo: el idealismo italiano (Croce, Gentile), Nietzsche, Bergson, Sorel.

La visión del mundo romántico-revolucionario de Mariátegui, como la formuló en su famoso ensayo de 1925 *Dos concepciones de la vida*, rechaza “la filosofía evolucionista, historicista, racionalista” con su “culto supersticioso de la idea del progreso”. Igualmente opuestas a esta ideología chata y confortable, dos corrientes románticas se confrontan en una lucha a muerte: el romanticismo de derecha, fascista, que quiere regresar a la Edad Media, y el romanticismo de izquierda, bolchevique, que quiere avanzar hacia la utopía **/3**. Ante la crisis del racionalismo,

2/ K. Marx. *Werke*, Berlín, Dietz Verlag, tomo 19, p. 386. Marx añade en este mismo pasaje: “Luego no hay que asustarse demasiado de la palabra ‘arcaico’”.

3/ J. C. Mariátegui, “Dos concepciones de la vida”, *El Alma Matinal*, Lima, Editoria Amauta, 1971, pp. 13-16.

el hundimiento del “mediocre edificio positivista” y el “alma desencantada” (Ortega y Gasset) de la civilización burguesa, Mariátegui hace suya el “alma encantada” (Román Rolland) de los creadores de una nueva civilización. Y escribe, en otro ensayo de 1925, estas líneas asombrosas, cargadas de exaltación romántica:

“La inteligencia burguesa se entretiene en una crítica racionalista del método, de la teoría, de la técnica de los revolucionarios. ¡Qué incompreensión! La fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia; está en su fe, en su pasión, en su voluntad. Es una fuerza religiosa, mística, espiritual. Es la fuerza del Mito. La emoción revolucionaria.... es una emoción religiosa. Los motivos religiosos se han desplazado del cielo a la tierra. No son divinos; son humanos, son sociales” /4.

Es precisamente en nuestros días, en la época de la revolución centroamericana y de la teología de la liberación, cuando estas líneas visionarias muestran toda su actualidad.

La sensibilidad romántica de Mariátegui es no solamente política, sino también cultural. Por ello sigue con una simpatía calurosa las iniciativas del movimiento surrealista que “no es una moda artística sino una protesta del espíritu”. Aquello que lo atrae hacia el surrealismo es su rechazo categórico, “en bloque”, de la civilización racionalista-burguesa, y el hecho de que “por su espíritu y por su acción se presenta como un nuevo romanticismo” /5. En otro artículo de 1927 sobre Rainer María Rilke, Mariátegui lo designa como el último poeta del viejo romanticismo individualista salido del liberalismo del siglo XIX. Ahora bien, hoy día “nace un nuevo romanticismo. Pero éste no es ya el que amamantó con su ubre pródiga a la revolución liberal. Tiene otro impulso, otro espíritu. Se le llama, por esto, neo-romanticismo” /6. Es, probablemente, el surrealismo lo que a sus ojos representa mejor este nuevo romanticismo, posliberal y colectivista, pues “por su repudio revolucionario del pensamiento y de la sociedad capitalista, coincide históricamente con el comunismo en el plano político” /7.

Sorel y Lenin

Como muchos revolucionarios europeos que buscaban romper la argolla asfixiante del marxo-positivismo de la II Internacional, comenzando por Lukács, Gramsci y Walter Benjamin en 1919-20, Mariátegui fue fascinado por Sorel, el socialista romántico por excelencia (incluso en sus ambigüedades y regresiones ideológicas episódicas). En tanto que crítico implacable de las ilusiones del progreso, y en tanto que autor de una interpretación heroica y voluntarista del mito revolucionario, Sorel es utilizado por el marxista peruano en su combate contra el rebajamiento positivista y determinista del materialismo histórico /8. Por ejemplo, en *Defensa del marxismo* (1928-29) celebra la contribución del sindicalista francés a la renovación del marxismo:

4/ Mariátegui, “El Hombre y el Mito”. *El Alma Matinal*, pp. 18-22.

5/ Mariátegui, “El grupo surrealista y Clarté”, 1926, *El artista y la época*, Lima, Edit. Amauta, 1973, pp. 42-43.

6/ Mariátegui, “Rainer Maria Rilke”, 1927, *El artista y la época*, p. 123.

7/ Mariátegui, *El artista y la época*, p. 43. El paralelo con el artículo de Walter Benjamin sobre el surrealismo (1929) es sorprendente.

8/ Mariátegui, “Dos concepciones de la vida”. *El Alma Matinal*, pp. 14-23.

“A través de Sorel, el marxismo asimila los elementos y adquisiciones sustanciales de las corrientes filosóficas posteriores a Marx. Superando las bases racionalistas y positivistas del socialismo de su época, Sorel encuentra en Bergson y los pragmatistas ideas que vigorizan el pensamiento socialista, restituyéndolo a la misión revolucionaria de la cual lo había gradualmente alejado el aburguesamiento intelectual y espiritual de los partidos y de sus parlamentarios, que se satisfacían, en el campo filosófico, con el historicismo más chato y el evolucionismo más pávido. La teoría de los mitos revolucionarios, que aplica al movimiento socialista la experiencia de los movimientos religiosos, establece las bases de una filosofía de la revolución...” /9.

De ningún modo se trata para Mariátegui de hacer del socialismo una Iglesia o una secta, sino de hacer resaltar la dimensión espiritual y ética del combate revolucionario: la fe, la solidaridad, la indignación moral, el compromiso total con riesgo y peligro de su propia vida.

Sin embargo, Sorel permanece ante todo como una referencia teórica. Desde el punto de vista de la práctica política, el bolchevismo es el que aporta una “energía romántica” a la lucha del proletariado /10. Descuidando (o ignorando) la crítica de Lenin a Sorel, Mariátegui cree poder descubrir una influencia determinante del pensador francés en el dirigente ruso /11. Sorelismo y bolchevismo le parecen próximos por su espíritu revolucionario, su rechazo al reformismo parlamentario y su voluntarismo romántico. Subrayando la oposición entre el marxismo auténtico de los bolcheviques y el determinismo de la socialdemocracia, escribe en *Defensa del marxismo*:

“A Lenin se le atribuye una frase que enaltece Unamuno en su *La Agonía del Cristianismo*: la que pronunciara una vez, contradiciendo a alguien que le observaba que su esfuerzo iba contra la realidad: ¡Tanto peor para la realidad! El marxismo, donde se ha mostrado revolucionario –vale decir donde ha sido marxismo– no ha obedecido nunca a un determinismo pasivo y rígido” /12.

Resulta impresionante la curiosa analogía entre esta formulación y la que se encuentra en un artículo húngaro de Lukács, publicado en 1919 (que Mariátegui ciertamente no conoció): Lenin y Trotsky en Brest Litovsk se preocupaban muy poco de los susodichos “hechos”. Si los “hechos” se oponen a los procesos revolucionarios, los bolcheviques responden con Fichte: “Tanto peor para los hechos” /13.

El “comunismo incaico”

No obstante, es sobre todo por sus análisis y proposiciones sobre la revolución en el Perú que Mariátegui ha sido criticado como “romántico” por sus censores ideológicos. De una parte, porque él rehúsa ver en una transformación “democrático-burguesa y antifeudal”, es decir, en el progreso capitalista, la

9/ Mariátegui, *Defensa del Marxismo*, Lima, Ed. Amauta, 1976, p. 224.

10/ Mariátegui, *El Alma Matinal*, p. 15.

11/ Por ejemplo, en *Defensa del Marxismo*, p. 21.

12/ Mariátegui, *Defensa del Marxismo*, pp. 66-67.

13/ G. Luckács, “Táctica y Ética”, 1919, en *Fruhschriften II*, Neuwied, Luchterhand, 1969, p. 69. Sobre este tema, véase el artículo de Robert Paris, “El marxismo de Mariátegui”, en J. Aricó (ed.) *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*.

solución a los problemas de las masas populares del Perú, y considera a la revolución socialista como la única alternativa al poder del imperialismo y de los terratenientes /14. Y sobre todo, porque cree que esta solución socialista podrá tener como punto de partida las tradiciones comunitarias del campesinado andino, los vestigios del “comunismo inca”.

En efecto, en la mayor parte de sus escritos, especialmente en su obra más importante, *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), Mariátegui insiste sobre la “vitalidad” del comunismo indígena y sobre la persistencia de hábitos de cooperación y solidaridad que son “la expresión empírica de un espíritu comunista” /15. En las tesis sobre la cuestión indígena que envía en 1929 a la Primera Conferencia Comunista Latinoamericana, afirma su convicción de que estas tradiciones colectivistas de origen precolombino representan “un factor natural de socialización de la tierra” y, más ampliamente, “una de las bases más sólidas de la sociedad colectivista preconizada por el comunismo marxista” /16.

Dicho esto, él se niega a idealizar el comunismo despótico-agrario del Imperio inca, o a confundirlo con el comunismo de nuestra época:

“El comunismo moderno es una cosa distinta del comunismo incaico... Uno y otro comunismo son un producto de diferentes experiencias humanas. Pertenecen a distintas épocas históricas. Constituyen la elaboración de disímiles civilizaciones. La de los incas fue una civilización industrial... La autocracia y el comunismo son incompatibles en nuestra época; pero no lo fueron en sociedades primitivas. Hoy un orden nuevo no puede renunciar a ninguno de los progresos morales de la sociedad moderna. El socialismo contemporáneo —otras épocas han tenido otros tipos de socialismo que la historia designa con diversos nombres— es la antítesis del liberalismo; pero nace de su entraña y se nutre de su experiencia. No desdeña ninguna de sus conquistas intelectuales. No escarnece y vilipendia sino sus limitaciones” /17.

El legado de Mariátegui

Gracias a esta dialéctica concreta entre el presente, el pasado y el futuro, Mariátegui escapa tanto a los dogmas evolucionistas del progresismo como a las ilusiones ingenuas y articuladas de un cierto indigenismo.

Como la mayor parte de los románticos revolucionarios, José Carlos Mariátegui integra, en su utopía socialista, las conquistas humanas de la filosofía de las Luces y de la Revolución Francesa, y los aspectos más positivos del progreso científico y técnico. Rechazando los sueños de restauración del romanticismo retrógrado, escribe en el programa del Partido Socialista Peruano (1928):

“El socialismo encuentra lo mismo en la subsistencia de las comunidades que en las grandes empresas agrícolas, los elementos de una solución socialista de la

14/ Miroshovski, op. cit., p. 70.

15/ Mariátegui, *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, 1928, Lima, Ed. Amauta, 1976, p. 83.

16/ Mariátegui, “El problema de las razas en la América Latina”, *Ideología y Política*, Lima, Ed. Amauta, 1971, pp. 68, 81.

17/ Mariátegui, *Siete Ensayos de interpretación de la realidad peruana*, pp. 78-79.

cuestión agraria... Esto no significa en lo absoluto una romántica y anti-histórica tendencia de reconstrucción o resurrección del socialismo incaico, que correspondió a condiciones históricas completamente superadas, y del cual sólo quedan, como factor aprovechable dentro de una técnica de producción perfectamente científica, los hábitos de cooperación y socialismo de los campesinos indígenas” /18.

Esta posición, calificada de “socialismo pequeño-burgués” por sus críticos, no era otra que aquella adelantada por Marx en su carta a Vera Zasúlich de 1881. En los dos casos se encuentra la profunda intuición –de inspiración romántica– de que el socialismo moderno del futuro debe enraizarse en las tradiciones vernáculas, en la memoria colectiva campesina y popular, en las supervivencias sociales y culturales de la vida comunitaria precapitalista, en las prácticas de ayuda mutua, solidaridad y propiedad colectiva de la *Gemeinschaft* rural.

Así, ya sea en el dominio de la filosofía o de la estrategia política, de la cultura o de la cuestión agraria, de la historia o de la ética, la obra de Mariátegui está enteramente atravesada por un potente soplo romántico-revolucionario, que da a su concepción marxista del mundo su calidad única y su fuerza espiritual visionaria.

18/ Mariátegui, “Principios programáticos del Partido Socialista”, 1928, *Ideología y Política*, p. 161.

La madre feliz: el regreso de un mito

Amparo Moreno y Pilar Soto

“La capacidad de una mujer para crear, dar a luz y criar un niño es la verdadera esencia del hecho de ser mujer, su única y especial capacidad -premiada, envidiada, protegida, y celebrada... Cuando una mujer tiene un hijo, confirma ante ella y ante los demás que es una mujer completa, fértil y capaz de la tarea biológica de crear y perpetuar la vida”.

P. Ashurst y Z. Hall: *Understanding Women in Distress*, Londres, Routledge, 1989, p. 97.

En los últimos tiempos, se viene subrayando la importancia de ser madre en la conformación de la identidad femenina. De hecho, si revisamos los rasgos que constituyen el estereotipo femenino en gran parte de las sociedades –personas afectuosas, cooperativas, amables, conscientes de los sentimientos y necesidades de los otros–, podremos apreciar que éstos se adaptan perfectamente a las tareas de esposa y madre, responsable de criar a los niños y mantener el equilibrio familiar. Ser mujer y ser madre se convierten así en conceptos equivalentes.

En este sentido, convertirse en madre sería el factor fundamental en la vida de las mujeres, encargado de proporcionarles una identidad positiva, un sentido de realización y el estatus definitivo como persona adulta. La identidad femenina se hace depender de la capacidad o voluntad de fertilidad. Y el problema no reside sólo en ser madre sino en representar ese papel de acuerdo con un prototipo determinado. Si nuestra actuación concreta no se adapta a ese guión preestablecido, las consecuencias de nuestros actos caerán sobre nuestros descendientes.

También en los últimos tiempos se está haciendo uso y abuso de la psicología para fundamentar determinadas concepciones sobre la mujer. El objetivo fundamental de este trabajo consiste en analizar someramente las teorías más importantes que subyacen a estas concepciones sobre la mujer y la maternidad y que pueden ser objeto de un tratamiento no especializado.

Maternidad ideal y maternidades reales

Ser madre significa en nuestra cultura adaptarse a un patrón ideal: mujer abnegada, competente, serena. Ya desde el embarazo las mujeres deben adecuarse al estereotipo de mujer feliz que jamás estuvo tan hermosa **1/**.

1/ “La mujer que ha concebido con amor se vuelve más hermosa que nunca. Se abre como una flor. Un brillo extraño flota en sus ojos, y una sonrisa maravillosa se abre en sus labios, la inmortal sonrisa de la Gioconda”. Esta descripción de la mujer embarazada la realiza en el año 1927 un médico en su libro dedicado a proporcionar consejos a las futuras madres (W. Stekel: *Cartas a una madre*. Buenos Aires: Eds. Libera, 1964). A pesar del transcurso de los años, la creencia en la belleza que irradian las embarazadas sigue incólume.

Frente a este retrato, surgen frecuentemente realidades diversas. Tanto el embarazo como la maternidad significan un cambio transcendental que atañe a todas las parcelas de la vida de la mujer: vida profesional, imagen corporal, vida afectiva, es decir a sus relaciones con la pareja, los amigos, la madre, los colegas de trabajo, etc.

Contamos con pruebas de que este cambio de identidad está frecuentemente rodeado de dificultades y preocupaciones que podemos relacionar con expectativas idealizadas sobre el hecho de ser madre. El carácter conflictivo de esta situación sobresale en los libros de psiquiatría dedicados a la mujer. Es frecuente encontrar que la mayor parte de ellos hacen referencia a trastornos asociados a la maternidad (mujeres que no pueden tener hijos, que abortan, depresión posparto, hijos con problemas, muerte de los hijos, etc). El mito de una maternidad feliz sirve así como un espejo que no refleja a la mujer y crea sentimientos de conflicto y desasosiego. Muchas mujeres se reconocerán en testimonios como éstos:

“Vaciada de toda vitalidad, maloliente y con un gusto metálico en mi boca, me pregunté dónde estaba esa tan encomiada luminosidad del embarazo. ¡Me sentía horrible!”.

“Parecía que no era capaz de hacer nada bien: me sentía tan cansada... el niño no dejaba de llorar y yo no dejaba de pensar que aquélla se suponía que era la experiencia más realizadora de toda mi vida. Yo la sentí como la más solitaria y desdichada” /2.

Junto a estas vívidas muestras de sentimientos, contamos además con otros datos que nos hablan de las diferencias entre el mito y la realidad cotidiana de la crianza de los hijos. Así, Boulton encuentra que, para la mitad de las mujeres objeto de su estudio, la maternidad es una tarea llena de significado, pero el cuidado de los niños constituye una experiencia frustrante e irritante. Por su parte, Oakley, en su estudio con madres primíparas, halla que el nacimiento del primer hijo significa a menudo un deterioro de la relación entre la pareja y que la mayoría de las madres sienten que en los primeros momentos de la maternidad, son mayores las pérdidas que las ganancias. En fin, otros trabajos nos hablan de que los tres mejores predictores de depresión en las mujeres son el matrimonio, el nivel socioeconómico bajo y tener la responsabilidad principal de niños menores de cinco años /3.

Por supuesto, el embarazo, el parto y la maternidad no son inevitablemente experiencias negativas o deprimentes. Muchas mujeres pueden sentir y expresar un aumento de bienestar emocional. Para estas mujeres, la expresión de sus sentimientos resulta fácil, ya que no contradice el estereotipo y la sociedad acoge gustosa su alegría como confirmación de la creencia. Sin embargo, el resto encuentra difícil expresar su estado de ánimo opuesto al arquetipo de la jubilosa madonna /4. No se trata, pues, de ofrecer un retrato idílico ni tenebroso de la maternidad, sino de hacer emerger las dificultades que conlleva cualquier cambio transcendental en la vida de una persona. Como todos los procesos psicológicos

2/ J. Ussher: *La psicología del cuerpo femenino*. Madrid: Arias Montano Editores, 1991, pp. 117-8.

3/ Estos datos se recogen en A. Oakley: *Women Confined: Towards a sociology of childbirth*. Oxford: Robertson, 1980 y en B. S. Bradley: *Concepciones de la infancia*. Madrid: Alianza, 1992.

4/ J. Ussher, op. cit., p. 119.

con una importante carga afectiva –relaciones de pareja, de amistad o entre hermanos– la ambivalencia surgiría como sentimiento clave para comprender la maternidad: “(He sentido) el más intenso sufrimiento, el sufrimiento de la ambivalencia: la alternancia asesina entre el más agrio resentimiento y los nervios de punta y la satisfacción dichosa y la ternura” /5.

Los estudios sobre el apego

La conceptualización de la maternidad cobra importancia en psicología a partir de los estudios sobre el apego, un vínculo afectivo que se establece entre el hijo y la madre.

Históricamente, Freud fue el primero en subrayar la importancia de las experiencias infantiles tempranas en el futuro desarrollo emocional de las personas adultas. En ellas, la madre ocupa un papel privilegiado al ser quien cubre las necesidades de los bebés desde los primeros momentos: “La madre es calor, es alimento, la madre es el estado eufórico de satisfacción y seguridad” /6. El establecimiento de lazos afectivos, el aprendizaje del amor, dependen de la sensación de bienestar que proporcionan la alimentación y cuidados de la madre. Es, por tanto, un amor interesado, un amor-despensa, como también ha sido llamado. Esta explicación siguió siendo mantenida por las diferentes escuelas psicoanalíticas y adoptada por la psicología conductista después de haber sido debidamente traducida en términos de condicionamiento. Semejante acuerdo entre posiciones teóricas tan divergentes no podía ser casual, sino fruto de que se había logrado dar con la explicación del proceso evolutivo involucrado.

El ataque teórico vino de la mano de Harry Harlow, un psicólogo y primatólogo que se había dedicado a criar monos rhesus en aislamiento. A partir de una observación casual –que los monillos parecían sentirse realmente desesperados cuando se les cambiaba la pequeña manta que tenían en la jaula–, elaboró una serie de experimentos que le llevaron a concluir que el aislamiento llevaba a producir jóvenes y adultos profundamente incapacitados para mantener relaciones con sus congéneres /7. En uno de sus experimentos más conocidos, introdujo en la jaula dos muñecas parecidas a una mona que debían hacer de madres sustitutas. Únicamente diferían en que el cuerpo de una estaba recubierto de felpa mientras que el de la otra era de alambre y tenía en el centro un biberón. Los monillos trepaban a esta madre de alambre cuando tenían hambre, pero se pasaban el resto

5/ A. Rich: *Of woman born*. Londres: Virago, 1976 (citado en A. Oakley, “Feminism and motherhood”, publicado en M. Richards y P. Light (eds.): *Children of social worlds*. Cambridge: Polity Press, 1986, p. 80).

6/ Dice Erich Fromm en su archiconocido libro *El arte de amar* (Buenos Aires: Paidós, 1939, p.45, cursivas del autor). O con palabras del propio Freud: “El primer objeto erótico del niño es el pecho materno que lo nutre; el amor aparece con la satisfacción de las necesidades nutricias. (...) En estas dos relaciones [alimentación y cuidados] arraiga la singular, incomparable y definitivamente establecida importancia de la madre como primero y más poderoso objeto sexual, como prototipo de todas las vinculaciones amorosas ulteriores, tanto en uno como en el otro sexo”. (S. Freud: *Esquema del psicoanálisis*. En obras completas, vol III, Madrid: Biblioteca Nueva, 1968, pp.425-6).

7/ En castellano pueden verse algunos trabajos de este autor. H. Harlow (1959) *El amor en las crías de los monos*; H. Harlow y M.K. Harlow (1962) *La privación social en los monos*, ambos publicados en Barcelona: Fontanella, 1976. H. Harlow y M.K. Harlow (1966) *Aprendiendo a amar*. En J. Delval (Comp.) *Lecturas de psicología del niño*, vol.I. Madrid: Alianza, 1978.

del tiempo aferrados y mordisqueando la madre de felpa. Si se introducía un objeto extraño que provocaba miedo, los monillos corrían a refugiarse con su madre de felpa. Pasado un tiempo, se tranquilizaban y eran capaces de explorar e incluso enfrentarse al objeto amenazador. Por el contrario, si la madre de felpa no estaba presente, las crías ponían de manifiesto un terror intenso que eran incapaces de superar. La génesis del amor y de la seguridad no estaba, pues, en la alimentación, sino en el contacto corporal y el confort que dicho contacto proporcionaba. Sus datos experimentales fueron importantísimos al explicar lo que sucedía con los niños criados en orfanatos.

Las sucesivas guerras europeas habían dado lugar a que un gran número de niños quedaran sin hogar, bien porque sus padres habían muerto o desaparecido, bien porque éstos habían preferido enviarlos a lugares más seguros, alejados de las zonas conflictivas. Se deseaba salvar a los niños de los horrores de la guerra y prevenir los males futuros que una mala educación podía ocasionar y, por tanto, se crearon numerosos orfanatos. Paradójicamente, se observó que estos niños, bien alimentados y con todas sus necesidades físicas satisfechas, mostraban graves signos de perturbaciones mentales. Tenían de todo, se decía, pero carecían de afecto materno **/8**. Se comprobó que muchos adolescentes delincuentes psicópatas, así como esquizofrénicos, habían estado en dichas instituciones. Alarmada, la Organización Mundial de la Salud encargó a John Bowlby un informe sobre cuidados maternos y salud mental **/9**, que confirmó los resultados anteriores y, en general, los resultados nefastos de cualquier tipo de separación de la madre.

Bowlby era un conocido psicoanalista inglés que había trabajado con delincuentes juveniles, en los que había comprobado los daños que podía ocasionar una crianza deficiente. Todos estos datos, y muy especialmente los estudios de Harlow, le indicaron que, si bien Freud había errado al destacar el papel de la alimentación en la formación de afectos, había dado totalmente en el blanco al señalar la importancia futura de las relaciones tempranas. Se propuso reelaborar la teoría freudiana y contó para ello con una nueva y poderosa herramienta teórica: los trabajos de los etólogos y, muy especialmente, los hallazgos de Lorenz sobre la impronta o troquelado en las aves **/10**.

Así pues, adoptó una perspectiva evolucionista que enfatizaba la importancia

8/ En realidad, carecían de cualquier tipo de afecto y no sólo del materno. Se les separaba de todos sus familiares, incluidos sus hermanos. Esta es la crítica más importante que se ha realizado a los estudios sobre privación materna. Afortunadamente, los niños humanos son capaces de superar las separaciones y entablar nuevos vínculos cuando se les facilita el hacerlo.

9/ Publicado en 1951. Hay traducción castellana en Buenos Aires: Humanitas, 1982.

10/ Se trata de un aprendizaje cuya aparición está genéticamente programada que se produce en un periodo sensible específico que, en el caso de varias especies de aves, sólo dura unas horas del primer día de vida. Los polluelos aprenden rápidamente -quedan "troquelados"- las características del objeto paternal, al que siguen constantemente, lo que asegura su supervivencia. En condiciones naturales, este primer objeto es la madre pero también se puede producir un troquelado a objetos inanimados o animados de otras especies. Así, Lorenz relata en *El anillo del Rey Salomón* (Barcelona: Labor, 1962) su descubrimiento de la impronta, en un capítulo muy divertido sobre los esfuerzos que tuvo que realizar para criar a Martina, una pequeña gansa salvaje a la que vio nacer que le tomó por su madre. Lorenz también subrayó que, en la mayoría de las especies, existen unos rasgos infantiles de las crías (frente abultada, ojos relativamente grandes, barbilla pequeña, etc.) que resultan agradables y predisponen a su cuidado. La industria del juguete y de dibujos animados ha explotado estos rasgos en sus productos.

de la selección natural para modelar el repertorio de conductas de las distintas especies: aquellos patrones de conducta que facilitan la supervivencia tienden a mantenerse y a eliminarse los que no lo hacen. En el caso de la especie humana, es probable que tuviera un valor de supervivencia el que los bebés se mantuvieran próximos a los adultos con el fin de que éstos los pudieran defender de los depredadores. Para ello, se desarrollaron unas conductas que facilitarían la proximidad, que están, por tanto, preprogramadas y se van desarrollando a lo largo del primer año de vida. Así, por ejemplo, el llanto y la sonrisa se encuentran entre las primeras que aparecen y ambas provocan de forma bastante efectiva que el adulto se acerque y mantenga el contacto con el bebé. Por tanto, también debe estar preprogramada de forma paralela la conducta de crianza que “tiene poderosas raíces biológicas, lo que explica las fuertes emociones asociadas a ella; pero la forma detallada que la conducta adopta en cada uno de nosotros depende de nuestras experiencias: de las experiencias durante la infancia, sobre todo (...)” /11.

Además de este sistema de apego, Bowlby propuso otros tres sistemas que actuarían conjuntamente con él. Por una parte, el sistema de conductas de miedo y timidez, cuya función biológica es la de evitar posibles peligros provenientes de objetos o personas desconocidos. Por otra, los sistemas complementarios de conductas de exploración y de afiliación, que se activan al interactuar con objetos o personas respectivamente, una vez que no se consideran peligrosos. Su función adaptativa es similar, puesto que el sistema exploratorio nos permite ir conociendo y dominando el medio físico, mientras que el afiliativo nos permite relacionarnos con personas distintas a nuestra figura de apego, ampliando nuestro mundo afectivo y social.

Aunque la necesidad de proximidad y contacto sea innata, el grado en que lo necesitamos varía de unas ocasiones a otras dependiendo de distintos factores endógenos y exógenos. Por ejemplo, así ocurre (no sólo en los niños, también en los adultos) cuando nos encontramos enfermos, tristes o cansados; cuando sentimos timidez ante extraños o miedo en alguna situación concreta. Por el contrario, no nos es necesario cuando estamos inmersos en una tarea interesante, manipulando algún objeto, jugando, leyendo, etc. El apego, el vínculo afectivo, sigue siendo el mismo en todos los casos, pero las conductas son distintas. Los sistemas de conductas de apego, miedo, exploración y afiliación funcionan de forma coordinada, de modo que la activación de alguno de los sistemas puede impedir la de otros. Así, para que un bebé pueda manipular objetos o jugar con otros niños o adultos debe ser capaz de cierta independencia, no puede estar constantemente aferrado a su madre. Un niño con estas características no manifiesta una conducta de seguridad, sino todo lo contrario. Gracias al vínculo afectivo que se ha establecido, la madre (o su sustituta, la figura materna, en cualquier caso) se convierte en una base segura

11/ J. Bowlby (1988) *Una base segura*. Buenos Aires: Paidós, 1989, p.17. La idea de que las experiencias infantiles son determinantes a la hora de criar a los propios hijos es de gran importancia para Bowlby. Hay que tener en cuenta que la basa en que muchos de los padres que maltratan han sido, a su vez, víctimas de maltrato en la infancia. Los trabajos más importantes de Bowlby están traducidos: *El vínculo afectivo* (1969), *La separación afectiva* (1973), *La pérdida afectiva* (1980), todos ellos en Paidós (1976, 1983, 1986, respectivamente), *Vínculos afectivos: formación, desarrollo y pérdida* (1979) Madrid: Morata, 1986.

para que el hijo pueda explorar el mundo y relacionarse con otras personas, de forma similar a como la madre de felpa lo era para los monillos de Harlow. Pero también nos encontramos que el vínculo de apego se debe inferir a partir de unas conductas que sólo se activan en situaciones de inseguridad, miedo, dolor, etc., lo que obviamente plantea serios problemas a la investigación experimental (recordemos que los datos iniciales se refieren a situaciones de privación).

La "situación extraña"

Para que la teoría gozara del favor de la Academia se precisaba un buen paradigma experimental, que Mary Ainsworth puso en marcha en los años setenta y que es conocido con la denominación de situación extraña. Se trata de activar las conductas de apego, sin que el experimento resulte lesivo para el niño: madre e hijo entran en un laboratorio equipado como una habitación normal, con diferentes juguetes, en el que se van sucediendo una serie de episodios de tres minutos, en los cuales interviene también una persona desconocida. Se estudia al niño (generalmente, de más de un año y menos de tres) en todas las condiciones posibles: solo, con su madre, con la persona extraña, con ambas, y se analizan sus conductas en los distintos episodios de reunión y separación.

Desde los comienzos de esta teoría hasta la actualidad, se ha mantenido su hegemonía en el campo de las relaciones afectivas, aunque han aparecido diferentes enfoques críticos. Mencionaremos sólo algunos de los más relevantes para el tema que nos ocupa.

Bowlby concibió el apego como una relación monotrópica, en la que el bebé está vinculado exclusivamente a una figura, la madre. Posteriormente se demostró que los niños pueden formar varios apegos simultáneamente. El propio Bowlby habla de un apego primario y de la posibilidad de apegos secundarios, pero implícitamente el modelo de vinculación afectiva que persiste es un modelo monotrópico y éste configura, además, los trabajos experimentales sobre el tema. Así, el análisis se centra en la diada madre-hijo y no se tiene en cuenta la existencia de las personas que configuran el entorno familiar del niño **/12**. La maternidad se conceptualiza como un asunto privado y se olvidan las poderosas influencias del contexto cultural y socioeconómico **/13**.

Así, la madre se convierte en el único responsable del bienestar y la salud del hijo, el cual está capacitado para formar apegos incluso en las condiciones más desfavorables (con una madre que lo maltrata), pero la calidad del apego depende fundamentalmente del adulto. A partir de las respuestas que obtiene en distintas

12/ En los últimos años han empezado a producirse un número creciente de investigaciones sobre el papel del padre. En castellano puede verse, entre otros, el libro de R. Parke: *El papel del padre*, Madrid: Morata, 1986

13/ No deja de ser curioso que, mientras como hecho privado se glorifica la maternidad y se la presenta como culmen de la realización femenina, en la práctica y en la esfera de lo público, podemos contemplar a menudo cómo se despoja a la mujer de derechos fundamentales y se abusa de ella y de sus hijos. A las embarazadas y madres se les cede el asiento en el autobús, pero no se les renueva el contrato de trabajo o se les difulta el acceso a puestos de responsabilidad.

situaciones, el bebé se va construyendo un "modelo de funcionamiento" de la relación y de sí mismo que tiende a ser resistente al cambio, por lo que influye en sus relaciones afectivas ulteriores y llega a producir disfunciones más o menos graves (en la persona que desconfía sistemáticamente de su pareja o en aquella que precisa su constante presencia subyace con bastante probabilidad un modelo de relación basado en la inseguridad que la relación con su madre le produjo en la primera infancia).

Los descubrimientos realizados con la situación extraña hacen aún más hincapié en los distintos tipos de calidad del apego. Desde hace veinticinco años se han ido acumulando datos que muestran que los niños normales pueden tener un apego seguro o dos tipos distintos de apego inseguro (evitativo y ansioso). Con la situación extraña se clasifica en la categoría de apego seguro a aquellos niños que protestan, lloran, cuando su madre se marcha, pero rápidamente se consuelan cuando ésta vuelva. Son niños con apego evitativo aquellos que aparentemente no muestran malestar ni protestan por la ausencia de la madre y que tampoco buscan su proximidad cuando ésta regresa. Los niños con apego ansioso protestan intensamente cuando la madre sale y, a su vuelta, se aferran a ella y son difíciles de consolar. De la formación de un buen apego o de un mal apego depende la facilidad de relaciones con otros niños, la entrada satisfactoria en la escuela... En una palabra, el equilibrio psicológico del niño.

Era inevitable que a partir de esta clasificación se estudiara la causa de las diferencias individuales en el tipo de apego. Y quizás no era inevitable, pero así resultó, que cayera de nuevo sobre las madres la responsabilidad de construir un apego seguro. Se precisa para ello la presencia de una madre sensible, permanentemente disponible y que responda de forma pronta y adecuada a las señales del niño (no queremos dejar de señalar lo paradójico que resulta que al hablar de maternidad se mencionen las necesidades de los hijos y no las de las madres; pero así son las cosas). Una madre impaciente, que se irrita cuando el bebé interfiere con sus propios planes o, por el contrario, que interfiere en los planes del bebé cuando éste no lo necesita, provocará un apego evitativo. Una madre que se deja llevar por su propio estado de ánimo en lugar de hacerlo por la conducta de su hijo provocará un apego ansioso. ¿Y qué le puede ocurrir a un hijo que se deja al cuidado de personas extrañas? Al fin y al cabo se trata de una privación parcial de la madre. (No debemos olvidar que detrás de todas las discusiones que se han producido sobre la conveniencia de las guarderías tanto en Europa como en Estados Unidos nos encontraremos con el tema del apego).

Los datos en que se basa esta clasificación se han obtenido en una sociedad concreta (la norteamericana) y, a partir de ellos, se ha generalizado un modelo de relación óptimo. No es de sorprender que aparezcan problemas al iniciarse estudios transculturales. Así, los datos alemanes muestran un porcentaje alto de apego evitativo mientras que los niños israelitas o japoneses presentan porcentajes relativamente elevados de apego ansioso. Estas diferencias pueden explicarse como patrones de crianza distintos, sin cuestionar el prototipo de una relación afectiva con una única figura de apego, modelo que la especie humana habría

elegido como el único posible para adaptarse a su medio. Pero existen otras posibilidades /14.

Los efé son un pueblo pigmeo que vive en la selva Ituri en el nordeste de Zaire, en poblados cuyo número de habitantes oscila entre 6 y 50 personas. Cada poblado está formado por una o más familias amplias, aunque la unidad social básica sea la familia nuclear. Se caracteriza por ser un pueblo cazador y recolector, con una división clara del trabajo en la que los hombres cazan y las mujeres recogen frutas y raíces. Debido a los cambios estacionales, son seminómadas.

Sus pautas y teorías implícitas sobre la crianza de los niños son bastante distintas a las nuestras. Se supone que el contacto inmediato después del parto con la madre es perjudicial para el hijo, razón por la que se impide dicho contacto hasta pasadas varias horas después del nacimiento. A cambio, las restantes mujeres que han acompañado a la madre durante el parto, se pasan unas a otras el niño y le ponen a mamar en su pecho (incluso aunque no tengan leche). Se considera también que el calostro no es alimenticio, por lo que otra mujer se encarga de alimentar al niño, dos o tres veces al día, hasta que la madre puede hacerlo. Incluso entonces, es normal que los niños sean alimentados no sólo por su madre, sino también por otras mujeres.

La incorporación de las mujeres efé al trabajo habitual se produce a los pocos días del nacimiento del bebé. Cuando la madre debe salir a trabajar fuera del poblado tiene varias opciones: o bien se lleva a su hijo, en cuyo caso le acompaña otra persona para ayudarla en la tarea de crianza, o bien lo deja al cargo de otras personas en el poblado. En otras palabras, el cuidado de los niños depende en gran medida de otras personas distintas a la madre. No hay ningún tipo de informe que ponga de manifiesto que los bebés efé presentan problemas.

Lo que estos datos muestran es que esta cultura está perfectamente adaptada a su medio (como, por otra parte, parecen estarlo japoneses, alemanes, etc.) y que no existen formas prototípicas de maternidad que sean mejores que otras. En este sentido, cabe citar las palabras de Robert Hinde: "(...) los etólogos han encontrado que antes que describir la conducta normal de una especie con un grado de variabilidad natural en torno a ella, es preferible describir la variación como algo que involucra diferentes estrategias alternativas para utilizar en diferentes circunstancias; la palabra estrategia no tiene implicaciones de pensamiento consciente" /15.

Los desarrollos de la teoría del apego han eliminado, precisamente, estas estrategias alternativas, lo que es especialmente grave para el caso de una teoría

14/ Cf. E.Z. Tronick, S. Winn, y G. Morelli: "Multiple Caretaking in the Context of Human Evolution: Why don't the Efé Know the Western Prescription for Child Care?". En M. Reite y T. Field (eds.) *The Psychobiology of Attachment and Separation*. N. York: Academic Press, 1985; G. Morelli y E.Z. Tronick: "Efe Multiple Caretaking and Attachment", en J. L. Gewirtz y W.M. Kurtines (eds.) *Intersections with Attachment*. Hillsdale, N.J.: LEA, 1991.

15/ R. Hinde: "Causes of Social Development from the Perspective of an Integrated Developmental Science", en G. Butterworth y P. Bryant (eds.) *Causes of development*. N. York: Harvester, 1990, p.170. 1994.

que pretende tener su fundamento en la etología.

Ciencia e ideología

La sociología de la ciencia actual estudia los intereses sociales que actúan en los cambios de las teorías científicas **/16**. A nuestro modo de ver, la hegemonía de algunas de las ideas comentadas se puede explicar por ciertos tipos de intereses.

En primer lugar, los grupos profesionales invierten tiempo y trabajo en la adquisición de conocimientos, habilidades y destrezas que intentan mantener a toda costa. Ello es lo que parece suceder con la situación extraña. Después de haber dominado esta técnica y después de los múltiples datos producidos con ella, es difícil abandonarla. En este sentido, es irrefrenable citar el último párrafo de un volumen dedicado a analizar los resultados obtenidos tras varias décadas de estudio: "En el pasado, los investigadores han evitado interferir con un procedimiento y enfoque que parecía de tanto éxito. Como nuestra revisión ha mostrado, sin embargo, el éxito se ha exagerado en gran medida. Quizás constatar que el procedimiento de la situación extraña es, al mismo tiempo, informativo y falible provocará esfuerzos renovados por comprender las diferencias individuales en la conducta de apego infantil" **/17**.

En segundo lugar, intereses sociales externos a la ciencia pueden favorecer el desarrollo y, por supuesto, la popularización de determinadas posiciones teóricas, como cremos que ocurre en este caso. Resulta interesante recordar el escenario en que alcanza fama y se desarrolla la teoría del apego **/18**. Bowlby publica su primer libro en 1940 y sus trabajos más influyentes desde el punto de vista social tienen lugar en esta década y la siguiente. En este periodo van a tener lugar una serie de fenómenos que actuarán como escenario propicio para popularizar y refrendar las ideas sobre la importancia de las relaciones materno-filiales en relación con el bienestar individual y social. Entre estos fenómenos, nos interesa resaltar el gran número de niños evacuados, la ausencia de los hogares de la figura paterna, la preocupación por la inestabilidad social y las nuevas relaciones entre el mundo laboral y las mujeres.

Como trasfondo nos encontramos que, desde los principios del siglo XX e influida claramente por las elaboraciones teóricas de Freud sobre la importancia de las experiencias infantiles en la vida adulta, la psicología del niño norteamericana se encontraba estrechamente relacionada con los movimientos filantrópicos, los movimientos de protección infantil y las teorías sobre la salud pública. La psicología del niño se marcaba como objetivo fundamental realizar, tomando como punto de partida la infancia y la familia, una tarea de profilaxis social, de prevención que asegurara la higiene mental de la población.

En la patria de Bowlby, el Reino Unido, la II Guerra Mundial había provocado la evacuación de aproximadamente 700.000 niños. No es, pues, de extrañar que este autor, siguiendo la senda de los movimientos filantrópicos y de protección de los menores, se preocupara por las secuelas posibles de esta experiencia. Sin

16/ Cf. el libro de C. Solís: *Razones e intereses. La historia de la ciencia después de Kuhn*. Barcelona: Paidós,

17/ M. Lamb, R. Thompson, W. Gardner y E. Charnov: *Infant-Mother Attachment*. Hillsdale, N.J.: LEA, 1985.

18/ En este punto seguiremos fundamentalmente los trabajos de D. Riley: *War in the Nursery*, Londres: Virago, 1983 y de E. Singer: *Child-care and the Psychology of Development*, Londres: Routledge, 1992.

embargo, Bowlby no realizó estudios directos sobre los efectos de la evacuación, sino que extrajo de antemano la conclusión de que los niños pequeños podían sufrir gravemente si se les evacuaba de las áreas de peligro sin sus madres /19. Si las separaciones se prolongaban, podría ocurrir lo que había constatado en sus estudios sobre las relaciones entre privación materna y delincuencia juvenil.

En tercer lugar, la limitación en los estudios del ambiente familiar a la diada madre-hijo no sólo encuentra sus razones en el alejamiento secular de los padres de las tareas de cuidado de su prole —o en discursos teóricos elaborados por otros autores sobre los papeles complementarios de madre y padre—, sino que obedece a una realidad del momento: la ausencia de los hombres de los hogares que el conflicto bélico había provocado.

En cuarto lugar, en las poblaciones de los países afectados por la guerra se originó un miedo intenso ante la posibilidad de que se produjera una situación generalizada de caos social. En este contexto, tomó todavía más fuerza la idea de que la crianza de los niños puede ser un factor determinante y, a la vez, la solución a la inestabilidad social de aquellos momentos.

Por último, la guerra significó también el abandono del hogar de un buen número de mujeres para cubrir los puestos de trabajo que habían dejado vacantes los hombres: “Al terminar la confrontación, existió una enorme presión para que las mujeres volvieran a asumir su lugar en la familia. En la industria pesada las mujeres fueron absolutamente reemplazadas por los hombres. Pero, al mismo tiempo se les abrió un nuevo campo laboral, un campo más adecuado para el papel tradicional femenino: como mecanógrafas, vendedoras, administrativas, trabajadoras sociales, etc., /20.

Esta presión tomó cuerpo al desarrollarse una política pronatalista que supuso una reducción de las facilidades que se habían proporcionado anteriormente a las madres que trabajaban fuera del hogar (cierres y reducción del número de guarderías, aumento de la edad de admisión de los niños, disminución del número de horas estancia en las guarderías ...) y la creación de un salario familiar (los famosos “puntos” que también tuvimos aquí con el franquismo).

Recapitulación

Las reflexiones y los datos anteriores no suponen un intento de negar la existencia y conveniencia de la formación de vínculos afectivos, ni en modo alguno tratan de ocultar las contribuciones de la teoría del apego y de otros estudios sobre los lazos afectivos al bienestar infantil: reformas de las instituciones de acogida de menores, atención más individualizada en las escuelas infantiles, adaptación de la asistencia hospitalaria a las necesidades de los niños pequeños, promoción de la adopción, etc. Sin embargo, querríamos subrayar algunas cuestiones que nos parecen también importantes.

En primer lugar, las teorías psicológicas sobre el apego han contribuido a reforzar una imagen de la maternidad que está de acuerdo con ese estereotipo ideal

19/ J. Bowlby expresó esta preocupación en un artículo publicado en el número especial de marzo de 1940, “Emotional Problems of the Evacuation”, de la revista *New Era*.

20/ E. Singer, *Op. cit.*, p.92.

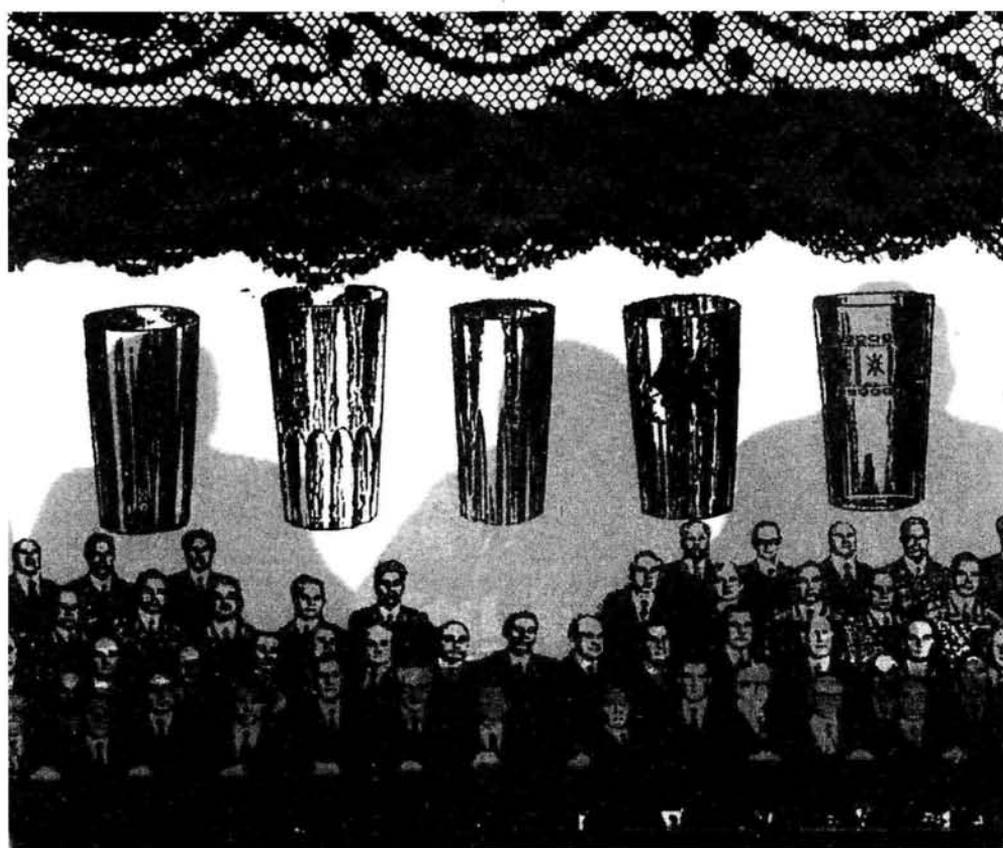
del que hablábamos al principio. Este estereotipo ejerce una fuerte presión sobre las mujeres que las obliga, en primer lugar, a desear ser madres y señala con el dedo a aquéllas que no pueden o no quieren serlo. Por otro lado, el choque entre el retrato mítico del ser madre y las variadas y problemáticas realidades que afrontan diariamente, hace que surja en ellas sentimientos de ansiedad y culpa. El modelo de madre única responsable del bienestar presente y futuro de sus hijos, no hace más que añadir leña al fuego. No sólo tiene que estar siempre disponible para satisfacer las necesidades de sus hijos –olvidándose de las suyas propias– sino que además de no cumplir con esta tarea ahora, con seguridad tendrá problemas en el futuro. No hay escapatoria: cuando los hijos planteen problemas, ella misma se atribuirá la culpabilidad.

En segundo lugar, la divulgación de estas ideas libera a la sociedad de sus responsabilidades. En un momento de la historia en el que imperan modelos neoliberales, estas posiciones individualistas son recibidas con indudable agrado. Cabe recordar que se han anunciado recortes en gastos sociales y reflexionar que, posiblemente, se inicie una política pronatalista en un futuro cercano debido al bajo índice de natalidad en la población española.

Por último, en el momento actual existe un énfasis sin precedentes en el papel maternal de la mujer desde una corriente del movimiento feminista **21**. Algunas propuestas políticas del diferencialismo –salario de las amas de casa, horarios flexibles para desarrollar mejor las tareas de reproducción y domésticas, empleos alternativos más adecuados a las “capacidades femeninas” (enseñante, enfermera, asistente social, etc.)– coinciden de manera asombrosa con las lanzadas por los políticos a finales de la II Guerra Mundial.

La combinación de todos estos factores puede llevar a fomentar aún más la imagen ideal de la mujer-madre con la que iniciábamos este artículo y la necesidad de que vuelva al hogar. No nos parece éste un final feliz, después de tantos años...

21/ L. Cirillo: “Mejor huérfanas”, *Viento Sur*, nº 14, 1994. Compárese el texto de esta autora sobre las propuestas del diferencialismo (p. 61) con el de la cita anterior de Singer.



subrayados

De la ingobernabilidad al antagonismo

La explosión del desorden

Ramón Fernández Durán

Editorial Fundamentos, Madrid, 1994

Siempre resulta complicado comentar un libro en unas pocas líneas, más si se trata de un texto tan interesante, atrevido y oportuno como el de Ramón Fernández Durán. Por ello me permitiré empezar por donde suele acabarse: recomendando encarecidamente su lectura, y su lectura detenida, porque se trata de un texto duro que resulta más llevadero en una segunda ojeada.

Una objetividad militante. Esta fervorosa recomendación se basa en dos aspectos que hacen de él una *rara avis*. En primer lugar es un libro escrito desde el movimiento y el compromiso en la acción por la transformación de la sociedad. Lo que no quiere decir que se trate de un panfleto, al contrario, en él se realiza un notable esfuerzo de recopilación y síntesis sobre los distintos factores de la crisis del sistema, que lo hace útil para gentes interesadas en la ecología, la economía, la

sociología, el urbanismo, la política... Pero sin duda la finalidad que explica el libro es la intervención, y se le nota. En palabras del propio autor: "está principalmente orientado a todas aquellas personas que de una u otra forma procuran realizar una actividad de cambio social". En segundo lugar, cuando la izquierda alternativa se está replanteando las ideas que informaron su acción política, este libro tiene el objetivo de participar en esa discusión. Además, con la virtud añadida de estar escrito en positivo; es decir, no se centra en polemizar con las posiciones existentes —aunque algo de eso hay—, sino en explicar con claridad su propia cosmovisión sobre la práctica totalidad de los problemas puestos hoy sobre el tapete. El resultado, como se pretendía, es que ha resultado una buena herramienta para provocar el debate. Entrando en su contenido, la primera parte del texto expone una visión global de la crisis del sistema, analizando la interdependencia de sus dimensiones económica, socio-política y ambiental desde un punto de vista integrado, mucho más interesante que las explicaciones normalmente al uso. Esta visión parte de caracterizar un modelo mundial cuyo eje central son las relaciones de dominación Centro-Periferia, que la propia esencia del sistema (su finalidad de acumulación y

beneficio) obliga a aumentar en intensidad (abarcando a nuevos sectores) y en extensión (afectando a nuevos territorios y formaciones sociales). Ese modelo presupone en su evolución un crecimiento ilimitado, pero está chocando ya con límites económicos, sociales y ambientales que, junto al aumento de la conflictividad y el desorden producto de una creciente desigualdad, harán estallar crisis tanto en las Periferias Sur y Este como en el mismo Centro. Crisis que tendrán características propias en cada uno de estos ámbitos, y que se acumularán e interrelacionarán hasta adquirir mucha más gravedad de las que hoy conocemos.

A partir de este esquema, en la segunda parte se analiza la peculiar situación del Estado español, que en los últimos tiempos ha afirmado su pertenencia al Centro pero en una situación de subordinación que le hacen especialmente frágil. En efecto, la implantación del Mercado Único europeo y la pertenencia a la Unión Económica y Monetaria significarán la completa apertura del sistema productivo español a la Economía Mundo en condiciones de extrema debilidad económica y ambiental (debida a los condicionantes de nuestro entorno), que hacen de la crisis del modelo de desarrollo español una de las más graves en los llamados "países desarrollados". Crisis que tendrá repercusiones crecientes y no necesariamente positivas en el terreno socio-político.

Desarrollo autocentrado. A desarrollar una alternativa a esta situación se dedica la tercera parte del libro, en la que se perfilan cuales deben ser los ejes estratégicos y las líneas de acción para hacerla frente. A riesgo de caer en la caricatura intentaré sintetizar algunos de sus elementos centrales.

Se parte de considerar que dentro del sistema no existe salida posible, porque ésta es incompatible con mantener el crecimiento cuantitativo, al menos en el Centro, y exige una inmediata

redistribución de la riqueza a escala estatal y planetaria, como precondition para alcanzar una sociedad justa, estable y en equilibrio con la naturaleza. Tal planteamiento requiere, frente al Mercado Mundial y otros mecanismos de dependencia y concentración, una opción por la autonomía y la descentralización que posibilite un desarrollo autocentrado; es decir un sistema económico que sitúe su centro en espacios más reducidos, locales y regionales. Sólo así se podrá: establecer un marco igualitario que en base a criterios de equidad y solidaridad potencie el desarrollo de los países de la Periferia; conseguir una mayor proximidad y control del conjunto de la sociedad sobre las decisiones económicas y políticas; lograr un control del equilibrio ecológico, facilitando una regulación social del consumo de recursos y la emisión de residuos.

Trabajar por esa salida supone enfrentar las medidas que el sistema está obligado a adoptar para mantenerse y desarrollarse. Medidas que van desde la creciente puesta en marcha de mecanismos coercitivos y represivos (aspecto en que se centra el libro), al enorme desarrollo de los sistemas de ocultación, integración y consenso producto de su control sobre las instituciones y unos medios de comunicación cada vez más poderosos y eficaces. En el texto el tratamiento de este último tema es insuficiente, problema parcialmente subsanado en el epílogo a la Tercera Edición.

Para el autor el objetivo previo que puede crear las condiciones para tan desigual enfrentamiento es la transformación de la ingobernabilidad (consecuencia del creciente desorden social) en antagonismo. El sujeto de este proceso sería "lo social", definido como una multiplicidad de sujetos de resistencia y cambio, que se expresan hoy parcialmente en los movimientos y se encuentra fragmentado, presa de intereses contradictorios y "colonizado" por "lo político". Sin embargo, a pesar de esta

situación y de la enorme complejidad de la tarea, se reconoce en "lo social" la potencialidad de aglutinar y elaborar un proyecto alternativo propio. La condición imprescindible para realizar esa transformación es que "lo social" se mantenga estrictamente al margen de "lo político", a veces identificado con las instituciones.

¿Obviar la política? Esta última sería la parte del discurso que no me convence. En el texto se sataniza "lo político"; en ocasiones se reconoce la conveniencia de hacer política desde "lo social", pero entonces parece que se trate de una "política" completamente distinta por su contenido, ámbito, mecanismos de realización... En mi opinión, en la situación actual, esa diferenciación no es posible establecerla, como prueba la práctica de los movimientos sociales que hacen política (por ejemplo, Aedenat, sin ir más lejos).

Ramón utiliza múltiples y variados ejemplos, desde los Verdes a los movimientos de liberación nacional, de proyectos alternativos que aglutinaron grandes energías sociales y se arruinaron a partir de su colonización por lo político, por las instituciones. Pero eso sólo demuestra que ninguna fuerza sociopolítica ha sido capaz de resolver el dilema de hacer política, en el sentido de organizar el funcionamiento de la sociedad, garantizando a la vez un sistema que asegure a largo plazo el control social de las decisiones; demostración por otra parte evidente o no viviríamos en el mundo en que vivimos.

En el texto ese irresuelto problema se niega o se endosa a "lo político", cuando el dilema existe y, en el fondo, afecta sobre todo a "lo social": a los mecanismos de creación constante de nuevas necesidades, no sólo inducidas desde arriba, cuya satisfacción genera desigualdad; al proceso de creación de burocracias, no sólo "políticas"; a la dificultad de establecer criterios para una convivencia solidaria duradera...

Por último, no quisiera acabar sin una referencia a la curiosa mezcla entre un pesimismo "objetivo", cuando se analiza la situación y su previsible evolución o las enormes dificultades para poner en pie un modelo alternativo; y el ilusionado optimismo con que a mi entender se sobrevaloran el contenido y las consecuencias de las luchas en cualquier punto del Planeta. En cualquier caso se agradece, y no podía ser de otra forma tratándose de un autor que lleva años trabajando en aclarar y poner en práctica una Utopía, en el mejor de los sentidos que este término tiene.

José Galante

La buena memoria

Diàlegs a Barcelona.

Wilebaldo Solano y Llibert Ferri
Ediciones del Ayuntamiento de Barcelona, 1994

Petita historia d'Andreu Nin

Ernest Benito (texto) y *Pilarín Bayés* (ilustradora).
Editorial Mediterrània, Barcelona, 1994.

Algo tiene la historia del POUM ya que es una cantera que produce constantemente nuevos libros. Así a bote pronto, tenemos que una editorial italiana prepara una traducción de *Mi guerra de España*, de Mitka Echebéhère, capitana de un regimiento de milicianos, y hace unos pocos meses comentábamos la obra colectiva, *La aventura del militant. Record i anecdotes de la gent del POUM* (Ed. Leartes) que ya lleva una segunda edición. En estos días las librerías reúnen una biografía de Nin pensada para niños, y un librito con la participación de Wilebaldo Solano, el último poumista.

La *Petita historia* se inserta en una colección con textos y hermosísimos dibujos que ya cuenta con un amplio abanico de "catalanes universales" y de personajes como Mozart, García Lorca, etc, por lo que éste, dedicado al "Andreunet" (Pablo Casals), no debería de sorprendernos. Nin fue, aparte de un militante revolucionario, un notable ensayista y seguramente el mejor traductor del ruso al catalán y al castellano que se conoce. Pero en un momento en que la moda del desprestigio del comunismo y del marxismo inunda las páginas de los diarios, no deja de extrañar un trabajo como éste, en el que las revoluciones siguen teniendo colores liberadores, la bandera roja del POUM aparece limpia y hermosa y personajes como Lenin, Trosky y Bujarin, como gigantes que conmovieron al mundo. El texto sigue el curso de la memoria de un abuelo e insiste con pasión en "*Com pot ser que un noi de la teva edat, que fa tan anys que va a 'estudi' no sàpiga qui es l'Andreu Nin*".

Los *Dialects a Barcelona* entre Solano y el periodista Llibert Ferri son uno de los resultados de la apasionante experiencia que significó el documental de investigación de TV3 *Operación Nicolai*, del que Llibert fue coautor, y en el que la memoria de Solano fue esencial. El encuentro tiene diversos apartados, el "*ensorrament de l'URSS*", "*les petges de l'estalinisme a Espanya*", el documental y una reflexión sobre el interrogante que plantea el "*futur de l'esquerra*", y aunque no siempre el interés se mantiene al mismo nivel —sobre todo en la última parte—, resulta verdaderamente apasionante en los primeros, ya que Ferri es un corresponsal muy formado, y está al hilo de unos acontecimientos cuya profundidad y alcance difícilmente podemos comprender con las informaciones diarias, y Solano es un antiguo apasionado de una revolución, la de 1917, que creyó, como su compañero Víctor Serge, era el año 1 de una nueva humanidad. Historia viva, debates que siguen pendientes, una realidad terrible, la

URSS y España, el POUM, Nin y el comunismo español e internacional, el por qué y el cómo de tantas cosas, todo esto y más desgrana en una discusión rica y atractiva que refresca sus puntos de partida en los alrededores de Canaletas.

Al final de todo, siempre está la esperanza.

José Gutiérrez Álvarez

Regreso al infierno

La memoria en donde ardía.

Miguel Bonasso

Editorial Txalaparta, Tafalla, 1992.

La mejor crónica de esta novela la da el mismo Bonasso en su nota introductora cuando afirma: "Así pues esta es la novela de una derrota, pero no es una novela derrotista. Que son cosas distintas. Al cabo, casi todos los héroes latinoamericanos acabaron sus días en la derrota, como Bolívar o el Ché y eso no los condena ni sepulta sus ideas. A lo sumo nos recuerda que continúan irrealizadas, en el territorio fértil de la utopía, que es a lo colectivo, lo que los sueños son al individuo."

Es la crónica de una derrota ubicada en los años de plomo de la dictadura militar surgida del golpe del 76, aquella que causó a Argentina 30.000 desaparecidos.

La memoria en donde ardía es el relato del retorno al país de un militante exiliado durante más de una década, buscando recuperar trozos de su vida destruidos por la represión. Retorno provisional, ya que el protagonista ha rehecho parcialmente su vida en México donde vive con sus hijos, mostrando el desgarramiento irreparable del largo exilio, entre antiguas y nuevas pasiones, entre viejas y nuevas nostalgias, entre amores perdidos y nacientes cariños.

Magistralmente relata Bonasso el choque que implica el encuentro con las viejas señas de identidad desdibujadas por el

tiempo pero afirmadas en la memoria. El pesado lastre de la derrota y el olvido.

Y nos muestra la existencia de antiguos militantes que mantienen la memoria viva de una lucha perdida, así como los oportunistas que se subieron al carro de los vencedores. Como el caso de antiguos dirigentes montoneros que hoy cohabitan con los antiguos torturadores. Y la presencia de la mano de obra desocupada de la represión militar que se mantiene utilizando la antigua infraestructura en exclusivo beneficio personal, a través de secuestros, negociados, etc.

Tampoco se escapan de la pintura los familiares y amigos que quedaron en el país, unos reprochando la militancia y sus consecuencias, otros aprovechando los despojos provocados por el exilio, algunos fieles a los viejos lazos de amistad y solidaridad.

Pero entre tanto sufrimiento la esperanza no es ajena a las páginas de este libro. Y está presente a través de algunos militantes supervivientes y de núcleos juveniles, que no han vivido el pasado trágico pero que lo conservan y asumen como un legado a superar pero sin olvidarlo. Que se plantean nuevos caminos pero con la misma utopía como meta.

El transcurso de la novela permite recrear los duros años de la clandestinidad con todos los comportamientos que generó, la lucha terrible contra un enemigo todopoderoso que apeló a las armas más crueles y despiadadas. Y la siempre viva imagen de los desaparecidos, la más pesada herencia de la dictadura militar.

En cierta medida Bonasso continúa aquí su libro *Recuerdos de la muerte*, donde narra la sobrevida de los desaparecidos en los "chupaderos", los campos clandestinos de reclusión que los militares montaron en dependencias militares y policiales, por los cuales pasaron decenas de miles de argentinos. *Recuerdos de la muerte* es un relato auténtico de esa terrible experiencia a través de la memoria de un superviviente de esos campos. En cambio *La memoria en donde ardía* es una novela que retorna la

figura de una desaparecida y la coloca en el centro del relato, en torno al cual giran los demás personajes, uniendo el pasado y la actualidad. Presente a través de relatos y de recuerdos, ya que la acción transcurre años después de la desaparición, es a través de la memoria como la desaparecida resurge del olvido. Y ésta es la esencia final de la obra, lo que su título predice.

Ante todos los que le aconsejan que olvide, que le reprochan su insistencia en volver a un pasado que molesta a tantos, el protagonista y sus amigos recuperan penosamente fragmentos del pasado, reivindicando la memoria de una militante caída en la desigual pelea contra la dictadura. Y sostiene la obligación de no olvidar jamás, de mantener la memoria viva de las luchas del pasado.

Fiel a sus convicciones, Bonasso rechazó el indulto que le concedió el Gobierno argentino junto con los jefes de la dictadura militar y algunos miembros de la conducción montonera y, en repudio por esa medida, se exilió nuevamente en México en 1989.

Vale la pena leer este libro, por estar bien escrito y porque los valores que rescata son universales.

Daniel Pereira.

¿A quién benefician los FAD?

España y la ayuda oficial al desarrollo: los créditos FAD

Carlos Gómez Gil

Ed. Centro de Investigaciones para la Paz (CIP), Madrid, 1994.

Pocos informes elaborados desde una crítica de izquierdas han tenido mayor fortuna y eficacia práctica en los últimos años que el estudio sobre los créditos FAD de Carlos Gómez Gil, miembro del CIP.

Hay razones de oportunidad evidentes. Después de los festejos del V Centenario, el estallido de la pompa de jabón ha dejado a la luz el fracaso de seis años de Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) española, en medio de graves sospechas no sólo de ineptitud técnica sino también de corrupción política. Y ello cuando la sensibilidad social sobre las cuestiones humanitarias parece crecer de día a día, hasta utilizarse electoralmente (como la candidatura de José María Mendiluce en las listas europeas del PSOE) y la debilidad del Gobierno González no puede ya barrer debajo de la alfombra del secreto oficial la utilización de cantidades que alcanzaron en 1991 los 114.000 millones de pesetas anuales, con una falta de transparencia y una ambigüedad legal que hacen recordar a veces los fondos reservados.

Pero la oportunidad del momento no es suficiente para explicar la eficacia que ha tenido el informe de Carlos Gómez Gil si no se añade la seriedad y cuidado metodológico con que ha sido elaborado, desde una humildad de medios casi total. Y es eso lo que le convierte en un ejemplo de ciencia crítica.

Sólo la verdad. La redacción del informe carece de otras pretensiones que no sean establecer la verdad de los hechos y explicarlos para que sean accesibles a cualquier lector, en 47 resumidas páginas. El Fondo de Ayuda al Desarrollo (FAD) constituye el 49% de toda la AOD española en su momento de mayor volumen (1992) y un 75% de la ayuda bilateral, es decir la gestionada directamente por el Estado español. De acuerdo con los criterios aprobados por la Comisión Interministerial para su gestión en 1984, su principal objetivo es el "interés de la política comercial exterior ... exportando bienes de equipo con un importante valor añadido y un elevado componente tecnológico nacional". Sólo en quinto lugar se citan razones de política exterior, donde se

supone que se incluye la AOD.

Partiendo de este punto, el informe se convierte en una apasionante investigación, digna de una novela policíaca, que descubre, primero, como quienes tienen encomendada la custodia de la ley se la saltan a la torera, en abierta contradicción con el informe elaborado por el Congreso de los Diputados en 1991, el Consenso de la OCDE, al que está adherido el Estado español desde 1978, y las recomendaciones del Comité de Ayuda al Desarrollo (CAD), al que pertenece desde 1991.

Pero la parte más sustanciosa del informe es cuando se pregunta por qué el Estado se salta sus propias leyes y envuelve la gestión de los créditos FAD en una cortina de misterio, confiada al Ministerio de Comercio. Y ahí está la verdadera aportación de Carlos Gómez Gil al descubrir que una cuarta parte de los créditos FAD en el período 1980-1990 (247.996 millones de pesetas) ha sido utilizada para subvencionar la venta de armamento militar a países como Egipto, Marruecos, Somalia, Mozambique, Panamá, Angola, Uganda, Méjico, Santo Tomé, Lesoto y Tailandia y que la irregularidad de estas operaciones es lo que ha provocado el secreto y las ambigüedades del Gobierno no sólo ante la opinión pública, sino ante el propio Parlamento.

Favores políticos. No es de extrañar por lo tanto, que si no se cumplen los criterios geográficos de ayuda a los países más pobres, ni se condiciona esta peculiar AOD a la mejora de la situación humanitaria de las gentes del Sur, tampoco los beneficiarios sean todos iguales. Cinco grandes empresas públicas han absorbido el 46% de todos los créditos FAD: ENASA, FOCOEX, Astilleros Españoles, Dragados y Construcciones y CASA. El resto de la lista no es menos sustancioso como reflejo de la política de subvenciones industriales del Gobierno del PSOE y su relación con multinacionales

extranjeras: ALCATEL, Santana, Elecnor, Foster Wheeler, ATT....En las últimas semanas, después de que el informe de Carlos Gómez Gil levantara la liebre, la prensa ha añadido a esta lista empresas del grupo Polanco, como Eductrade y Sanitrade, insinuando claros favores políticos.

Para los amantes de los escándalos, el informe proporciona su propia lista de "operaciones de naturaleza dudosa", entre las que incluye la operación de compra de azúcar por parte de Venezuela (la prensa de aquel país ya ha señalado la existencia de importantes comisiones millonarias a personas ligadas al círculo de Carlos Andrés Pérez), la venta de cárceles a Perú o el escándalo de la evaporación de 20 vagones ferroviarios del contrato de CAF con Mozambique.

Manipulación humanitaria. Pero ante todo, por lo que hay que leer este informe, es porque es un instrumento esencial para la educación de la opinión pública sobre la utilización de la conciencia humanitaria por los Estados en este umbral de un "nuevo orden mundial". Cuando la ingenuidad puede ser el mayor peligro de las ONGs, la inclusión de este informe entre su material de formación creará sin duda una conciencia crítica inestimable.

En el terreno político, el informe ha desencadenado una avalancha de preguntas parlamentarias de todos los partidos de la oposición que muy probablemente acaben con la utilización indiscriminada de los FAD por parte del Ministerio de Comercio. En este apartado, Carlos Gómez Gil ofrece una serie de recomendaciones para la reforma de los FAD que no por elementales en su sentido más democrático las hace menos imprescindibles. De todas las parcelas de la política exterior, la AOD puede ser la primera que se sitúe con luz y taquígrafos bajo el control del Congreso de los Diputados, de manera que, como ocurre en otros países de la OCDE, sus presupuestos

sean discutidos y aprobados detalladamente por los parlamentarios, y no simplemente aceptados en una partida ambigua de los presupuestos anuales. Muchas de las recomendaciones del informe coinciden plenamente con las emitidas por el CAD en su muy crítico análisis de la AOD española, aprobado el 29 de abril de 1994.

Con el espectáculo de fondo de la crisis humanitaria de Ruanda, lo que están pidiendo las ONGs y el propio CAD de la OCDE es algo tan simple como transparencia y control democrático. Si finalmente se obtienen en esta desigual lucha, una parte no pequeña del mérito habrá que atribuírselo al informe de Carlos Gómez Gil.

G. Buster

El derecho es masculino

Mujeres, Derecho Penal y Criminología

Elena Larrauri, comp.

Editorial Siglo XXI, Madrid, 1994.
195 pp.

Bajo este genérico título, Elena Larrauri recoge siete interesantes artículos de diversas autoras, entre los que figuran dos escritos por ella misma.

Elena Larrauri es profesora de Derecho Penal de la Universidad Autónoma de Barcelona, y entre las varias publicaciones que tiene destacamos el libro publicado en esta misma editorial en 1991 *La herencia de la criminología crítica*, donde hace un repaso y una crítica muy completa a las modernas corrientes de criminología.

El libro que ahora comentamos tiene la ventaja de que, a pesar del título que suena a muy de especialistas, es un libro sencillo, para personas no entendidas ni doctas en Derechos Penales, donde se argumenta con

claridad y contundencia, pero sobre todo con sentido común, sobre el control social informal que se ejerce sobre las mujeres y sobre las difíciles relaciones del movimiento feminista con el Derecho Penal y, en última instancia, la eficacia del sistema penal para conseguir mayores cotas de libertad en la vida de las mujeres. Es por lo tanto muy recomendable para gente que esté interesada en el tema y viene muy a propósito de varios debates que existen en el movimiento feminista, extensivo a otros movimientos sociales, a la vista del nuevo "Código Penal de la democracia", cuyo anteproyecto ya ha sido aprobado por el Gobierno.

Se estructura el libro en dos partes, dedicando la primera al control informal que se ejerce sobre las mujeres y la segunda parte al control formal, es decir, al sistema penal propiamente dicho.

Controles informales. En esta primera parte se recogen artículos que abordan temas de sexismo en el lenguaje, control informal social, el poder patriarcal desde un análisis *foucaultiano* y la reputación sexual y la moral como control social de las jóvenes. Son artículos de la propia Elena Larrauri, y de Sue Lees, Karen L. Adams, Norma C. Ware y Sandra Lee Bartky. Introduce así en la primera parte, artículos sobre el control informal o social que se ejerce sobre las conductas de las mujeres, control no normativizado y que no responde a unas disposiciones legales, pero que conllevan a menudo unas respuestas negativas que pueden ser más duras que las propias señaladas en el Código Penal.

Se analizan, desde diferentes realidades las respuestas negativas que los grupos sociales dan ante determinados comportamientos que vulneran las normas sociales, o que no corresponden con el rol que se espera que cumplan las mujeres en su determinado estatus social, familiar, profesional... El estigma que en determinadas sociedades conlleva el ejercer de prostituta, o ser madre soltera, o llevar una vida social determinada, y la respuesta de exclusión con la que

reacciona la comunidad o el grupo al que se pertenece ante estos comportamientos son ejemplos de lo que supone el control informal que se ejerce sobre las mujeres. Este tipo de control informal puede llevar a conductas y respuestas extremas y gravísimas, como la lapidación de mujeres adúlteras, el linchamiento de mujeres dedicadas a la prostitución, la infibulación que se practica a las niñas, conductas que si bien no están impuestas ni reguladas por ninguna norma legal, a veces se llevan con más contundencia y más eficacia que si de un sistema penal se tratase.

Pero no sólo se trata de una respuesta cuando se dan conductas que se consideran desviadas o no correspondientes a su rol, sino que existe también un control para prevenir estas conductas, para que no se den, para que sean las propias mujeres las que cumplan el papel que de ellas se espera en cada situación, sin tener que recurrir a la represión directa. Se trata de todo el capítulo relativo a la socialización que se hace con las niñas, desde la enseñanza, la familia, los medios de comunicación, para conculcar una moral sexual determinada y unas pautas de conducta.

La palabra. En un artículo muy interesante se analiza el control informal por excelencia que es el lenguaje, mensajes que hacen de nuestra imagen una imagen sexualizada, o trivializada, o secundaria y subordinada respecto al varón, o simplemente se borre nuestra existencia del lenguaje, supone uno de los controles más eficaces para orientar nuestra conducta hacia esa imagen que se construye, y para que los hombres que pronuncian las palabras nos consideren exactamente eso que se expresan con su lenguaje. Se hace un análisis igualmente sobre la transcendencia que tiene el lenguaje en la creación y recreación de la realidad, desechando la consideración del mismo como un mero reflejo de la sociedad sexista o patriarcal en la que vivimos. Se introduce la autora en actuales polémicas sobre la

utilización del masculino como genérico, reivindicado ahora por algunas feministas, y sobre la eficacia que puede tener el imponer reglas de lenguaje que a veces pueden resultar tan forzadas como es el gamoso os/as. Una reivindicación, en fin, de la utilización del lenguaje no sexista que supone una varapalo a esas posturas aparentemente superabiertas del todo vale, la expresión tiene que ser libre y basta de censuras en el lenguaje.

La segunda parte del libro, que consta de otros artículos, se refiere a las relaciones entre el Derecho Penal y las mujeres, es decir, el control formal.

La propia Elena Larrauri introduce este apartado con un artículo en el que analiza los temas más polémicos: la consideración como delitos privados de los delitos que protegen a las mujeres, lo que conlleva la exigencia de denuncia y la existencia del perdón; la consideración de la neutralidad del sujeto activo en los delitos contra la libertad sexual, tan aplaudida por los sectores más igualitaristas y que esconde la realidad de que, en la práctica, son los varones los que agreden a las mujeres; los delitos de pornografía y su alcance; los delitos relativos a la prostitución.

Concluyendo, aborda el debate estrella en este tema: la ampliación de la criminalización reivindicada desde los grupos feministas y las contradicciones que esto conlleva e incluso la nula o escasa eficacia que tiene para la protección de los derechos de las mujeres y la ampliación de sus libertades. Cuestiona de arriba a abajo el que una estructura sexista como es el Derecho Penal, y la aplicación que de él se hace, pueda, ni siquiera en pequeña medida, acoger las reivindicaciones de las mujeres, pues como dice McKinnon "el derecho ve y trata a las mujeres como los hombres ven y tratan a las mujeres".

Los otros tres artículos son de Karlene Faith, Jolande Uit Berjeise y René Kool y Carol Smart y tratan de las mujeres y el Estado y las formas de control social, la

tentación del sistema penal y la mujer en el discurso jurídico, respectivamente.

El artículo de Carol Smart, al estudiar la mujer en el discurso jurídico, explicita y demuestra cómo el Derecho es sexista, cómo es masculino y cómo tiene género. Es más, considera al Derecho como una estrategia creadora de género. El Derecho inventa un sujeto o varios sujetos de mujeres, así se crean varios tipos de mujeres, como la criminal, la prostituta, la madre soltera. Pero además el Derecho crea a la Mujer, en contradicción al Hombre. Este estudio es fundamental y básico para adentrarse luego en los estudios parciales de las diferentes ramas del Derecho y las diferentes categorías creadas por ellas. También me parece iluminador para estudiar las estrategias a llevar de cara a una nueva construcción de los sujetos jurídicos.

Las autoras Beijerse y Kool analizan la regulación penal y la aplicación de la legislación holandesa en el tema de la violencia contra las mujeres. Critican el sistema desde la triple perspectiva de las normas penales, el personal funcionario que las aplica y al procedimiento judicial que se debe seguir en cada caso. Y en la conclusión señalan textualmente: "Por esto, si las mujeres, confiando en las declaraciones políticas, deciden cooperar con el Gobierno y escoger el sistema penal como un aliado en la lucha contra la violencia sexual, se encontrarán al final en un callejón sin salida (...) Las mujeres no deberían desperdiciar el cambio en la conciencia moral ética que se ha producido en los últimos años confiando en el sistema penal, ya que éste ha probado ser una apariencia engañosa". A mí, personalmente, me parece una conclusión interesante y más interesante aún me ha parecido el análisis y el razonamiento que se hace a lo largo de todos los artículos que contiene el libro.

Begoña Zavala

Apellidos Nombre

Calle N° Escalera Piso Puerta

Localidad Provincia C.P.

Otras Indicaciones

SUSCRIPCION NUEVA SUSCRIPCION RENOVADA CODIGO AÑO ANTERIOR

MODALIDAD DE SUSCRIPCION ANUAL

ESTADO ENVIO COMO IMPRESO 2.300 pta EXTRANJERO ENVIO COMO IMPRESO 3.300 pta (25 \$)

ESPAÑOL ENVIO COMO CARTA 3.100 pta ENVIO COMO CARTA 5.500 pta (25 \$)

MODALIDAD DE ENVIO

ENTREGA EN MANO

ENVIO POR CORREO

MODALIDAD DE PAGO

EFFECTIVO

DOMICILIACION BANCARIA

DOMICILIACION BANCARIA - AUTORIZACION DE PAGO

Apellidos Nombre

Calle N° Escalera Piso Puerta

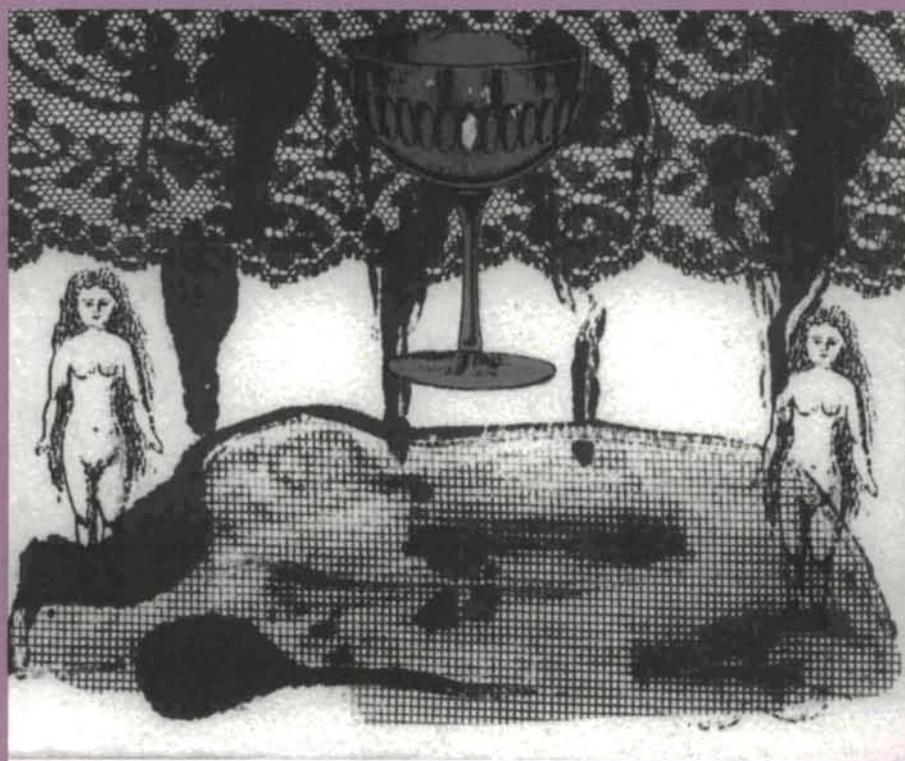
Localidad Provincia C.P.

ENTIDAD				OFICINA				CONTROL		NUM. CUENTA												
<input type="text"/>																						

Fecha:

Firma:





*“... un viento sur que lleva
colmillos, girasoles, alfabetos
y una pila de Volta con avispas ahogadas”*

Federico García Lorca Poeta en Nueva York